LIBROdot.com

Alfred de Vigny

Servidumbre y grandeza militar

Índice

Libro primero
Recuerdos de servidumbre militar

Capítulo I
Por qué he reunido estos recuerdos

Capítulo II
Sobre el carácter general de los ejércitos

Capítulo III
De la servidumbre del soldado y de su carácter individual
Laurita o el sello rojo

Capítulo IV
Del encuentro que tuve un día en el camino real

Capítulo V
Historia del sello rojo

Capítulo VI
Cómo continué mi camino

Libro segundo

Recuerdos de servidumbre militar

Capítulo I
Sobre la responsabilidad
La velada de Vincennes

Capítulo II
Los escrúpulos de honor de un soldado

Capítulo III
Sobre el amor al peligro

Capítulo IV
El concierto de familia
Historia del ayudante

Capítulo V
Los niños de Montreuil y el picapedrero

Capítulo VI
Un suspiro

Capítulo VII
La dama del vestido rosa

Capítulo VIII
La posición en primera línea

Capítulo IX
Una sesión

Capítulo X
Una hermosa velada

Capítulo XI
Fin de la historia del ayudante

Capítulo XII
El despertar

Capítulo XIII
Un dibujo a lápiz

Libro tercero
Recuerdos y grandeza militar

Capítulo I
La vida y la muerte del capitán Renaud o el bastón de junco

Capítulo II
Una noche memorable

Capítulo III
Malta

Capítulo IV
Carta sencilla

Capítulo V
Diálogo desconocido

Capítulo VI
Un hombre de mar

Capítulo VII
Recepción

Capítulo VIII
El cuerpo de guardia ruso

Capítulo IX
Una bolita

Capítulo X
Conclusión

Servidumbre y grandeza militar

Alfred de Vigny

Libro primero

Recuerdos de servidumbre militar

"Ave, Cæsar, morituri te salutant".

Capítulo I

Por qué he reunido estos recuerdos.

Si es verdad, según el poeta católico, que no hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en la miseria, también es cierto que el alma encuentra alguna alegría acordándose, en horas de calma y libertad, de los tiempos de dolor o de esclavitud. Esta melancólica emoción hace volver los ojos con tristeza sobre algunos años de mi vida, aunque estén aquellos años muy cercanos a éstos y aunque mi vida no sea muy larga todavía.

Yo no puedo obligarme a callar cuantos sufrimientos poco conocidos y valerosamente soportados he visto caer sobre una raza de hombres siempre desdeñada o glorificada con exageración, según que las naciones la encuentren útil o necesaria.

Sin embargo, no es sólo este sentimiento el que dicta mi libro, y espero que servirá también para mostrar alguna vez, con detalles de costumbres observadas por mis propios ojos, lo que aun nos queda de atrasado y de bárbaro en la organización modernisísima de nuestros ejércitos permanentes, donde el hombre de guerra está aislado del ciudadano, donde es desdichado y feroz, porque se da cuenta de su mala y absurda condición. Es triste que todo se modifique entre nosotros y que el Ejército sea lo único inmóvil. La ley cristiana ha cambiado una vez las costumbres feroces de la guerra; pero las consecuencias de las nuevas costumbres que introdujo no han sido llevadas bastante lejos respecto a este punto. Antes de ella, el vencido está sacrificado o esclavo de por vida; las ciudades conquistadas, saqueadas; los habitantes, expulsados y dispersos; y así, cada pueblo, aterrado, se mantenía constantemente dispuesto a medidas desesperadas, y la defensa era tan atroz como el ataque.

Hoy las ciudades conquistadas no tienen otro temor que el de pagar las contribuciones. La guerra se ha civilizado; pero los ejércitos, no; porque, además de conservarles cuanto en ellos había de malo, la rutina de nuestras costumbres, la ambición o los terrores de nuestros gobiernos han aumentado el mal, separándolos cada vez más del pueblo y obligándoles a una servidumbre más ociosa y más grosera que nunca. Tengo poca fe en los beneficios de las organizaciones súbitas, pero concibo los que vienen por mejoras sucesivas. Cuando se atrae sobre una herida la atención general, poco falta para curarla. Esta curación es, indudablemente, un problema difícil de resolver para el legislador, pero por eso es más necesario proponerlo. Yo lo hago aquí, y si nuestra época no está destinada a encontrar la solución, por lo menos habré dado forma a un deseo, y acaso las dificultades sean ya menores. Todo será poco para apresurar la época en que los ejércitos se identifiquen con la nación, si
queremos caminar hacia los tiempos en que no existan ejércitos ni guerras y en que no haya sobre el planeta más que una sola nación unánime, al fin, sobre sus formas sociales, acontecimiento que desde hace largo tiempo debería haberse realizado ya.

No tengo el menor propósito de interesar respecto de mí mismo, y estos recuerdos serán más bien las memorias de los otros que las mías; pero las rarezas de la vida de los ejércitos me han herido tan vivamente y por tanto tiempo, que bien puedo hablar de ellas. Sólo por hacer constar ese triste derecho es por lo que digo algunas palabras acerca de mí.

Pertenezco a aquella generación, nacida con el siglo, que, nutrida de boletines por el Emperador, tuvo siempre ante los ojos una espada desnuda, y llegó a cogerla precisamente cuando la Francia de los Borbones la volvía a su vaina. En este modesto cuadro de una parte obscura de mi vida, tampoco quiero aparecer sino lo que fui: espectador más que actor, con gran sentimiento mío. Los acontecimientos que yo esperaba no vinieron tan grandes como yo los hubiera querido. ¡Qué remedio! No siempre somos dueños de representar el papel que preferimos, y no siempre llega el traje en la época en que lo llevaríamos mejor. En los días en que escribo (1), un hombre con veinte años de servicio no ha visto una batalla en campo abierto. Tengo pocas aventuras que contaros, pero en cambio he oído muchas. Haré hablar a los demás, y

no hablaré yo mismo sino cuando me vea obligado a citarme como testigo. Siempre he sentido alguna repugnancia y me ha cohibido cierto pudor en el momento de salir a escena. Cuando esto ocurra, puedo asegurar que, por lo menos, ese pasaje dice la verdad. Cuando se habla de sí mismo, la mejor musa es la franqueza. Yo no sabría adornarme con plumas de pavo real; por bellas que sean, cada cual debe preferir su plumaje. No me siento con bastante modestia, lo declaro, para suponer que gano algo tomando gestos y maneras que no sean míos y "posando" en una actitud grandiosa, escogida con arte y mantenida trabajosamente a expensas de las buenas inclinaciones naturales de la inclinación innata que todos tenemos hacia la verdad. Puede que en nuestros días se haya hecho algún abuso de esta literaria manía de imitación, y me parece que la mueca de Bonaparte y de Byron ha hecho gesticular muchas caras inocentes.

La vida es demasiado corta para que perdamos una parte preciosa en desfigurarnos. Todavía, ¡si nos dirigiéramos a un pueblo grosero y fácil de engañar! Pero el nuestro tiene el olfato tan rápido y tan fino, que reconoce en el acto a qué modelo tomáis aquella palabra o aquel gesto, aquella frase o aquel andar favorito, y aunque sólo sea tal peinado o tal traje. En seguida sopla en las barbas de nuestra careta y menosprecia nuestro verdadero rostro, del cual, acaso, sin el disfraz, hubiera estimado amistosamente los rasgos naturales.

No me presentaré como guerrero, puesto que he visto poco de la guerra; pero tengo derecho a hablar de las viles costumbres del Ejército, donde no me faltaron fatigas ni disgustos, y donde se templó mi ánimo en una paciencia a toda prueba, obligándole a proyectar sus fuerzas en el recogimiento solitario y en el estudio. También podría hacer resaltar lo que hay de atractivo en la vida salvaje de las armas, por penosa que sea, después de permanecer tanto tiempo entre el eco y el ensueño de las batallas. Habrían sido catorce años disipados si no hubiese ejercitado una observación atenta y perseverante que sacaba provecho de todo para lo por venir. Hasta debo a la vida en el Ejército aspectos de la naturaleza humana que nunca hubiera podido encontrar fuera de la milicia. Hay escenas que no se encuentran sino a través de miserias que serían verdaderamente intolerables si el honor no nos obligara a tolerarlas.

Siempre me ha gustado escuchar, y cuando era niño adquirí pronto esa afición en las rodillas heridas de mi anciano padre. Me alimentó desde el principio con la historia de sus campañas, y en sus rodillas, sentada al lado mío, encontré ya a la guerra; me mostró la guerra en sus heridas; la guerra en los pergaminos y blasones de sus padres; la guerra en los grandes retratos, en sus corazas, colgados en la Beocia, en un viejo castillo. Vi en la nobleza una gran familia de soldados hereditarios, y no pensé más que en elevarme a la altura de un soldado.

Refería mi padre sus largas guerras con la observación profunda de un filósofo y la gracia de un cortesano. Por él conocía yo íntimamente a Luis XV y a Federico el Grande, y no me atrevería a afirmar que yo no he vivido en su tiempo: tan familiarizado estaba con ellos por tantos relatos de la guerra de los siete años.

Mi padre tenía por Federico II aquella admiración razonada que sabe ver las altas cualidades sin asombrarse con exageración. Me impresionó, desde luego, el concepto suyo y me hizo ver cómo el exceso de entusiasmo por su ilustre adversario había sido una equivocación de los oficiales de su tiempo, que sólo con eso estaban ya medio vencidos cuando Federico avanzaba hacia ellos, agrandado por la exaltación francesa; que las divisiones sucesivas de las tres potencias entre sí y de los generales franceses, cada cual por su lado, le habían servido en la espléndida suerte de sus armas; pero que su grandeza había consistido, sobre todo, en conocerse perfectamente, en apreciar en su justo valor los factores de su elevación y en hacer los honores de su victoria con la modestia de un hombre prudente. Alguna vez parecía pensar que Europa no había querido destrozarle. Mi padre vio de cerca a este rey filósofo, en el campo de batalla, donde su hermano, el mayor de mis siete tíos, fue muerto por una bala de cañón; con frecuencia fue recibido por el rey bajo la tienda prusiana, con una gracia y una cortesía completamente francesas, y le había oído hablar de Voltaire y tocar la flauta después de ganar una batalla. Me extiendo en detalles, casi a pesar mío, porque éste fue el primer grande hombre cuyo relato del natural me fue trazado así, en familia, y porque mi admiración hacia él fue el primer síntoma de mi inútil amor a las armas, causa primera de una de las más completas decepciones de mi vida. El relato brilla todavía en mi memoria con los más vivos colores, y el retrato físico, tanto como el otro. Su sombrero avanzado sobre la frente espolvoreada, su espalda encorvada a caballo, sus ojos grandes, su boca burlona y severa, su bastón de inválido, que le servía de muleta, nada era para mí desconocido, y al salir de estos relatos yo no podía ver sin mal humor a Bonaparte tomando sombrero, tabaquera y gestos parecidos; entonces me pareció plagiario, y ¿quién sabe si en ese punto el grande hombre no plagió un poco? ¿Quién puede pesar lo que hay de comediante en todo hombre público, siempre en espectáculo? Aquellas eran las primeras ideas

que se agitaban en mi espíritu, y yo asistía a otros tiempos, contados con una verdad llena de sanas lecciones. Todavía oigo a mi padre, irritado contra las diversiones del príncipe Soubisse y de M. de Clermont, oigo todavía sus terribles indignaciones contra las intrigas del Oil-de-Bouf, que hacían a los generales franceses abandonarse mutuamente en el campo de batalla, prefiriendo la derrota del ejército al triunfo de un rival; aun le oigo hablar conmovido de su vieja amistad por M. de Chevert y por M. d'Assas, con quien estuvo en el campo la noche de su muerte. Los ojos que les habían visto miraban su imagen en los míos, juntamente con la de muchos personajes célebres muertos antes de que yo naciera. Esto tienen de bueno los relatos de familia, que se giraban más fuertemente en la memoria que
las relaciones escritas; están vivos como el narrador, y prolongan nuestra vida hacia atrás, como la imaginación que adivina puede prolongarla hacia adelante en lo por venir.

No sé si algún día escribiré para mí mismo todos los detalles íntimos de mi vida; pero no quiero hablar aquí más que de las preocupaciones de mi alma. Alguna vez, el espíritu, atormentado con lo que fue, y esperando muy poco de lo por venir, cede con harta facilidad a las tentaciones de entretener a algunos desocupados con los secretos de familia y los misterios de su corazón. Concibo que algunos escritores se hayan complacido en abrir a todas las miradas el interior de su vida y aun de su conciencia, dejándola de par en par y haciendo que la luz la sorprenda en desorden y como escombrada de los recuerdos familiares y de los defectos más queridos. Hay obras de éstas entre los libros más bellos de nuestra lengua, y que nos quedarán, como aquellos magníficos autorretratos que Rafael no se cansaba de hacer. Pero los que así se han representado, ya con un velo, ya a cara descubierta, tenían derecho a ello, y yo no creo que puedan hacerse confesiones en alta voz antes de ser
bastante viejos, bastante ilustres o bastante arrepentidos para interesar a toda una nación con los propios pecados. Hasta aquí no podremos pretender serle útil más que por las ideas o por las acciones.

Hacia el fin del Imperio era yo un colegial distraído. También en el Liceo estaba la guerra en pie; el tambor resonaba a mis oídos la voz de los maestros, y la voz callada de los libros no nos hablaba más que un lenguaje frío y pedantesco. Los logaritmos y las tropas no eran a nuestros ojos sino grados para subir a la estrella de la Legión de Honor, la estrella más hermosa del cielo para los muchachos.

Ninguna meditación podía encadenar mucho tiempo aquellas cabezas, aturdidas sin cesar por los cañones y las campanas de los Tedéum. Cuando cualquiera de nuestros hermanos, salido del colegio hacía algunos meses, reaparecía con su uniforme de húsar y el brazo en cabestrillo, nos ruborizábamos de nuestros libros y se los tirábamos a la cabeza a los maestros. Los mismos profesores no cesaban de leernos los boletines de la Grande Armée, y nuestros gritos de ¡Viva el Emperador! interrumpían a Tácito y a Platón. Nuestros preceptores parecían heraldos de armas; nuestras salas de estudios, cuarteles; nuestros recreos, maniobras, y nuestros exámenes, revistas.

Entonces me acometió, más desordenado que nunca, el amor a la gloria de las armas; pasión tanto más desdichada cuanto que en aquel tiempo fue, como ya he dicho, cuando Francia comenzó a curarse. Pero la tempestad tronaba todavía, y ni mis estudios severos, rudos, forzados y demasiado precoces, ni el ruido del gran mundo, adonde me llevaron, adolescente todavía, para curarme de esa inclinación, pudieron quitarme aquella idea fija.

Muchas veces he sonreído de piedad por mí mismo viendo con qué fuerza se apodera una idea de nosotros, cómo nos convierte en juguetes suyos y cuánto tiempo hace falta para gastarla. Ocurrió con ésta que ni la misma sociedad pudo destruirla en mí, y sólo llegué a desobedecerla, y el presente libro me prueba que todavía hallo placer en acariciarla, y acaso no estuviera lejos de una recaída. ¡Tan profundas son las impresiones de la infancia y tan grabado quedó en nuestros corazones el sello ardiente del Águila Romana!

Y fue mucho más tarde cuando me enteré de que mis servicios no eran sino una larga equivocación, y que había llevado a una vida en absoluto activa una naturaleza en absoluto contemplativa. Pero seguí la pendiente de esta generación del Imperio, nacida con el siglo, y a la que pertenezco.

La guerra nos parecía el estado natural de nuestro país, tanto que cuando, escapados de las clases, ingresamos en el Ejército, según el curso acostumbrado de nuestro torrente, no pudimos creer en la calma duradera de la paz. Nos pareció que no arriesgábamos nada aparentando reposar y que la inmovilidad en Francia no es dolencia seria. Esta impresión nos duró todo lo que ha durado la Restauración. Cada año traía la esperanza de una guerra, y no nos atrevíamos a dejar la espada ante el temor de que el día de la dimisión fuese la víspera de una campaña. De este modo, arrastramos y perdimos años preciosos soñando con el campo de batalla en el Campo

de Marte y agotando en ejercicios de parada y en querellas particulares una poderosa e inútil energía.

Abrumado por un hastío que yo no esperaba en aquella vida tan vivamente deseada, fue entonces para mí una necesidad hurtarme por las noches al tumulto fatigoso y vano de las jornadas militares; de aquellas noches, en las que fui agrandando silenciosamente el saber que yo había adquirido en nuestros estudios tumultuosos y públicos, salieron mis poesías y mis libros; de aquellas jornadas me quedan estos recuerdos, de los cuales reúno aquí, alrededor de una idea, los rasgos principales.

Porque no contando para la gloria de las armas ni con el presente ni con el porvenir, la busqué en los recuerdos de mis compañeros. Lo poco que a mí me haya ocurrido no servirá sino de marco a estos cuadros de la vida militar y de las costumbres de nuestros ejércitos, cuyos rasgos no son del todo conocidos.

Capítulo II

Sobre el carácter general de los ejércitos.

Es el Ejército una nación en la Nación, y éste es un vicio de nuestros tiempos. En la antigüedad ocurría de otro modo: todo ciudadano era guerrero y todo guerrero era ciudadano; los hombres del Ejército no querían ser distintos de los hombres de la ciudad. El temor de los dioses y de las leyes, la fidelidad a la patria, la austeridad de costumbres y, ¡cosa extraña!, el amor de la paz y del orden se encontraban en los campamentos más que en las ciudades, porque era la flor de la nación la que habitaba en ellos. Para aquellos ejércitos inteligentes la paz tenía trabajos más rudos. Por ellos el suelo de la patria estaba cubierto de monumentos o surcado de anchas rutas, y el cimiento romano de los acueductos, así como la propia Roma, por las manos que la defendían. El reposo de los soldados era fecundo, tanto como el de los nuestros es estéril y nocivo. Los ciudadanos no tenían ni admiración por su valor ni desprecio por su ociosidad, porque sin cesar circulaba la misma sangre
desde las venas de la nación a las del Ejército.

En la Edad Media y más acá, hasta el fin del reinado de Luis XIV, el Ejército se unía a la nación, si no por todos sus soldados, al menos por todos sus jefes, porque el soldado era el hombre del noble, levantado por él sobre su tierra, llevado en su séquito al Ejército y no dependiendo sino de él; entonces un señor era propietario y vivía en las entrañas mismas de la madre patria. Sometido a la influencia, completamente popular, del sacerdote, no hizo otra cosa durante la Edad Media que dedicarse en cuerpo y bienes al país; con frecuencia, en lucha contra la Corona, y sin cesar, rebelde contra una jerarquía de poderes que hubiese traído demasiado relajamiento en la obediencia y, por consiguiente, demasiada humillación a la profesión de las armas. El regimiento pertenece al coronel, la compañía al capitán, y uno y otro solían perfectamente llevarse sus hombres cuando su conciencia de ciudadanos no estaba de acuerdo con las órdenes que recibían como hombres de guerra. Esta
independencia del Ejército duró en Francia hasta el señor de Louvois, que fue el primero en someterle a papeles y oficinas y le entregó atado de pies y manos al albedrío del Poder soberano. No lo hizo sin encontrar gran resistencia, y los últimos defensores de la libertad generosa de los hombres de guerra fueron aquellos ásperos y francos caballeros que no querían llevar al Ejército su familia de soldados más que para ir a la guerra. Aunque no se pasaran el año enseñándoles como autómatas el eterno manejo de las armas, yo veo que ellos y los suyos solían portarse bien en los campos de batalla de Turena. Odiaban especialmente el uniforme que da a todos el mismo aspecto. Se complacían en vestirse de rojo los días de combate, para que los vieran mejor desde lejos los suyos y les apuntara mejor el enemigo; y me gusta recordar, bajo la fe de Mirabeau, aquel viejo marqués de Coëtquen, que, antes que presentarse de uniforme a la revista del rey, prefirió hacerse romper la cabeza por
él al frente de su regimiento:

-Fortuna, Señor, que me quedan los pedazos -dijo después.

Ya era algo responder así a Luis XIV. No ignoro los mil defectos de la organización que imperaba entonces; pero creo que en algo era mejor que la nuestra: en dejar más libremente lucir y flamear el fuego guerrero y nacional de Francia. Aquel género de ejército era una armadura muy fuerte y muy completa, con la que cubría la patria al Poder soberano, pero de la cual podían desprenderse todas las piezas por sí mismas, una detrás de otra, si el Poder quería servirse de ella contra su voluntad.

El destino de un Ejército moderno es muy distinto de aquél y la centralización de poderes lo ha hecho tal como es hoy. Es un cuerpo separado del gran cuerpo de la nación, y que parece el cuerpo de un niño; tan atrás camina su inteligencia y tan prohibido le está desarrollarla. El Ejército moderno, tan pronto como cesa de estar en guerra se convierte en una especie de gendarmería. Se siente avergonzado de sí mismo, y no sabe ni lo que hace ni lo que es; ese cuerpo busca por todas partes su alma y no la encuentra.

El hombre a sueldo, el soldado, es un pobre héroe, víctima y verdugo, cabeza de turco sacrificado, día por día, a su pueblo, que se burla de él; es un mártir feroz y humilde al mismo tiempo, que se arrojan mutuamente el Poder y la Nación, siempre en desacuerdo.

¡Cuántas veces, cuando me fue forzoso tomar una parte obscura, pero activa, en nuestras perturbaciones civiles, he sentido indignarse mi conciencia contra aquella condición inferior y cruel! ¡Cuántas veces he comparado aquella existencia a la del gladiador! El pueblo era el César indiferente, el Claudio burlón, al que los soldados, desfilando, decían sin cesar: ¡Los que van a morir te saludan!

Que algunos obreros, más miserables aún a medida que se agrandan su trabajo y su industria, lleguen a amotinarse contra su jefe de talleres; que un comerciante tenga la humorada de agregar este año varios centenares de miles de francos a su renta, o solamente una buena ciudad, celosa de París, quiera tener también sus tres días de tiros en las calles, ya están gritando socorros de una y de otra parte. El Gobierno, el que fuere, responde, con bastante buen sentido: La ley no me permite juzgar vuestras contiendas; todo el mundo tiene razón; yo no puedo hacer más que enviaros mis gladiadores a que os maten y a que los matéis. En efecto: van, matan y son matados. Vuelve la paz; hay abrazos, cumplimientos, y los cazadores de liebres se felicitan de su destreza en el tiro contra el oficial y contra el soldado. En resumidas cuentas: queda una simple substracción de algunos muertos; pero los soldados no figuran en la lista; ellos no se cuentan. No hay por qué preocuparse. Es cosa
convenida que los muertos de uniforme no tienen padre, ni madre, ni mujer, ni novia que se muera llorándolos. Es una sangre anónima.

Alguna vez (cosa frecuente hoy), los dos partidos separados se unen para execrar con su odio y con su maldición a los infelices condenados a vencerlos.

Así, pues, el sentimiento que dominará en este libro será el que me hizo empezarlo: el deseo de apartar de la cabeza del soldado aquella maldición que el ciudadano está predispuesto a arrojarle y atraer el perdón de la nación para el Ejército. Lo más hermoso que hay, después de la inspiración, es el sacrificio; después del poeta es el soldado; no es culpa suya si se lo condena al estado de ilota.

El Ejército es mudo y ciego. Golpea delante de él allí donde le ponen. No quiere nada por sí y obedece por resorte. Es una cosa grande, que movemos y que mata; pero también es una cosa que sufre.

Por eso es por lo que siempre he hablado de él con involuntaria ternura. Ya estamos lanzados en estos tiempos severos en que las ciudades francesas van convirtiéndose por turno en campos de batalla, y tenemos ahora mucho que perdonar a los hombres que matan.

Mirando de cerca la vida de estas tropas armadas, que, un día tras otro, han de empujar contra nosotros todos los poderes venideros, veremos desde luego que es cierto que, como ya he dicho, la existencia del soldado es (después de la pena de muerte) la huella más dolorosa de barberie que perdura entre los hombres; pero aprenderemos también que nada es tan digno del interés y del amor a la nación como esta familia abnegada, que en ocasiones le proporciona tanta gloria.

Capítulo III

De la servidumbre del soldado y de su carácter individual.

Las palabras de nuestro lenguaje familiar tienen algunas veces perfecta exactitud de sentido. Es servir de verdad, servir en efecto, lo que se hace, obedeciendo como mandando, en un ejército. Hay que lamentarse de tal servidumbre, pero es justo admirar a esos esclavos. Todos han aceptado su destino con todas sus consecuencias y, especialmente en Francia, adquieren con extraordinaria rapidez las cualidades que el estado militar exige. Las actividades que cada cual atesora se funden de repente para dejar sitio a no sé qué especie de melancolía y de consternación.

La vida es triste, monótona, regular. Las horas marcadas por el tambor son tan sordas y tan sombrías como él. El andar y el gesto son uniformes como el traje. La vivacidad juvenil y la

lentitud de la edad madura, acaban por tomar el mismo paso, que viene a ser el aire del arma. El arma en que se sirve es el molde en que se arroja el carácter, y allí se cambia y se refunde hasta tomar una forma genérica, impresa para siempre. El Hombre se borra y queda el Soldado.

La servidumbre militar es pesada e inflexible como la máscara de hierro del prisionero sin nombre, y da a cuantos la sufren un rostro uniforme y frío.

Así, el simple aspecto de un ejército delata que el hastío y el descontento son los rasgos generales del rostro militar. La fatiga agrega sus arrugas; el sol, sus tonos amarillos, y una vejez anticipada surca los rostros de treinta años. Sin embargo, una idea común a todos da con frecuencia a esa reunión de hombres serios un gran carácter de majestad, y esa idea es la Abnegación. La abnegación del guerrero es una cruz más pesada que la del martirio. Es preciso haberla llevado largo tiempo para conocer su grandeza y su peso.

Es preciso que el sacrificio sea lo más hermoso que hay en el mundo para que haya tanta belleza enn la vida de hombres sencillos, que a veces no tienen conciencia de su mérito ni conocen el secreto de su sino. Él es quien de esta vida de molestias y cuidados hace brotar como por milagro un carácter ficticio, pero generoso, cuyos rasgos son grandes y leales, como los de las medallas antiguas.

La abnegación completa de sí mismo, de que acabo de hablar; la espera continua e indiferente de la muerte; la absoluta renuncia a la libertad de pensar y de obrar; las lentitudes impuestas a una ambición limitada, y la imposibilidad de acumular riquezas, producen virtudes que son más raras en las clases libres y activas.

En general, el carácter militar es sencillo, bueno, paciente, y se halla en él algo de infantil, porque la vida de regimiento tiene algo de la vida de colegio. Los rasgos de rudeza y de melancolía que la obscurecen están impresos por el hastío, pero, más que todo, por su posición, siempre falsa, respecto del pueblo, y por la comedia, necesaria, de la autoridad.

La autoridad absoluta que ejerce un hombre le constriñe a perpetua reserva. No puede desarrugar la frente ante sus inferiores sin temor a que adquieran cierta familiaridad que vaya en detrimento de su poder. Se veda todo abandono y toda conversación amistosa por miedo a que levanten acta contra él de cualquier confidencia de su vida o de cualquier debilidad que constituyera un mal ejemplo. He conocido a oficiales que se encerraban en un silencio de trapenses y cuyos labios severos no levantaban el bigote más que para dejar paso a una voz de mando. Bajo el Imperio, casi todos los oficiales superiores y los generales tenían esa misma reserva. Comenzó por dar ejemplo el maestro, conservóse cuidadosamente la costumbre, y con motivo; porque a la consideración necesaria de alejar la familiaridad juntábase entonces la necesidad en que se hallaba su vieja experiencia de conservar la dignidad a los ojos de una juventud más instruída, que llegaba sin cesar de las escuelas militares,
bien atiborrados de cifras y con una suficiencia de alumnos premiados que sólo el silencio podía refrenar.

Nunca me ha gustado esta especie de oficialidad florida, ni aun cuando yo formaba parte de ella. Un secreto instinto de la verdad me advertía que en todas las cosas la teoría no es nada al lado de la práctica, y la sonrisa grave y silenciosa de los viejos capitanes me ponía en guardia contra esa pobre ciencia que se adquiere en unos cuantos días de lectura. En los regimientos en que yo he servido me gustaba oír a esos viejos oficiales cuya espalda encorvada conservaba aún el aspecto de la espalda de un soldado cargado con un saco lleno de ropas y su canana llena de cartuchos... Contábanme viejas historias de Egipto, de Italia y de Rusia, que me enseñaban más sobre la guerra que las ordenanzas de 1789, los reglamentos de servicio y las interminables instrucciones, comenzando por la de Federico el Grande a sus generales. Por el contrario, siempre hallé algo desagradable en la fatuidad confiada, desocupada e ignorante de los jóvenes oficiales de esa época, fumadores y jugadores
sempiternos, atentos solamente a la corrección intachable de su exterior, sabios sobre el corte de sus uniformes, oradores de café y de billar. Su conversación no tenía nada que la distinguiese de la que usaban todos los demás jóvenes de la buena sociedad, sólo que las vulgaridades eran un poco más groseras. Para sacar algún partido de lo que me rodeaba, no perdía ocasión de escuchar, y casi siempre esperaba la hora de los paseos regulares, en que los oficiales antiguos gustan de comunicarse sus recuerdos. Por su parte, no les incomodaba escribir en mi memoria las historias particulares de su vida, y encontrando en mí una paciencia igual a la suya y un silencio igualmente grave, se encontraban siempre dispuestos a confiárseme. De noche caminábamos con frecuencia por los campos o por los bosques que rodean las guarniciones, o a orillas del mar, y la amplia visión de la naturaleza, o el menor accidente del terreno, les traía recuerdos inagotables; era una batalla naval, una

retirada célebre, una emboscada fatal, un combate de infantería, un sitio, y, sobre todo, pesar porque ya pasó aquel tiempo de los peligros, respeto por la memoria de tal general glorioso, admiración ingenua hacia tal nombre obscuro que ellos creían ilustre; y, en medio de esto, una conmovedora sencillez de corazón, que llenaba el mío de respeto y cariño hacia esos caracteres varoniles, forjados en la constante adversidad y en las inquietudes de una posición falsa y dudosa.

Tengo el don, muchas veces fatal, de una memoria que el tiempo no consigue alterar; mi vida entera, con todas sus jornadas, se me aparece como un cuadro imborrable. Los rasgos no se confunden nunca; los colores no palidecen nada. Algunos son negros y no pierden un punto de su aflictiva energía. Hay también flores entre ellos, y veo sus corolas tan frescas como el día en que fueron cortadas, sobre todo si una lágrima involuntaria cae desde mis ojos hasta ellas y les da mayor brillo.

La conversación más inútil de mi vida la vuelvo a reproducir cuando quiero evocarla, y tendría demasiado que decir si fuese a hacer relatos sin otro mérito que el de una ingenua y absoluta verdad; pero, lleno de amistosa compasión por la miseria de los ejércitos, escogeré entre mis recuerdos los que acudan a mí vestidos con un bello decoro y en forma digna de envolver un pensamiento escogido y de enseñar cuantas situaciones contrarias al desarrollo del carácter y de la inteligencia derivan de la servidumbre grosera y de las costumbres atrasadas de los ejércitos permanentes.

Su corona es una corona de espinas, y entre sus puntas no creo que sea la menos dolorosa la obediencia pasiva. Ésta será también la primera cuyo aguijón haga yo sentir. Y hablaré de ella en primer término, porque me suministra el primer ejemplo de las necesidades crueles del Ejército, siguiendo el orden de mis años. Remontándome a los recuerdos más lejanos, encuentro en mi infancia militar una anécdota que está presente en mi memoria, y tal como me la contaron la referiré, sin buscar, pero sin evitar, en ninguno de mis relatos los rasgos minuciosos de la vida o del carácter militar que una y otro, no me canso de repetirlo, están retrasados respecto del espíritu general y la marcha de la nación, y llevan, por consiguiente, todavía, el sello de cierta puerilidad.

Laurita o el sello rojo

Capítulo IV

Del encuentro que tuve un dia en el camino real.

La carretera de Artois y de Flandes es larga y triste. Extiéndese en línea recta, sin árboles, sin barrancos, por campos llanos y en todo tiempo enfangada por un barro amarillo. En el mes de marzo de 1815 pasaba yo por esa carretera y tuve allí un encuentro que no he olvidado nunca.

Estaba solo, iba yo a caballo, tenía mi buena capa blanca, mi traje rojo, un casco negro, pistolas y un magnífico sable; llovió a torrentes cuatro días y cuatro noches enteras de marcha, y me acuerdo de que iba cantando Ioconda a toda voz. ¡Era tan joven! En 1814, la Casa del Rey se había llenado de niños y de viejos. Parecía que el emperador había cogido y matado a los hombres.

Mis compañeros iban camino adelante en el cortejo de Luis XVIII; muy hacia el Norte, en el horizonte, veía yo sus capas blancas y sus trajes rojos. Los lanceros de Bonaparte, que vigilaban y seguían nuestra retirada paso a paso, mostraban de vez en cuando la flámula tricolor de sus lanzas en el otro horizonte. Una herradura perdida había retrasado a mi caballo; era de pocos años y fuerte; le avivé para juntarme a mi escuadrón, y salió al trote largo. Llevé la mano a mi cinturón: estaba bien provisto de oro; oía sonar contra el estribo la vaína de hierro de mi sable, y me sentía orgulloso y absolutamente feliz.

Seguía lloviendo y yo seguía cantando. Sin embargo, pronto me callé, aburrido de no oír a nadie más que a mí mismo, y ya no escuché más que la lluvia y los cascos de mi caballo, que chapoteaba en los relejes. El firme del camino faltó; me hundía, y tuve que ir al paso. Mis botas altas iban ya cubiertas por fuera de una espesa costra de barro amarillo como el ocre, y por dentro se filtraba la lluvia. Miré mis charreteras de oro, nuevecitas; mi felicidad y mi consuelo; estaban erizadas por el agua, y esto me afligió.

Mi caballo bajaba la cabeza; yo hice lo que él. Me puse a pensar, y me pregunté por primera vez adónde iba. Yo no sabia absolutamente nada, pero esto no me preocupó mucho tiempo: estaba seguro de que, estando allí mi escuadrón, allí estaba mi deber. Como sentía en mi corazón

profunda e inalterable calma, rendí gracias a ese sentimiento inefable del deber y traté de explicármelo. Viendo de cerca cuántas fatigas inhabituales eran alegremente soportadas por cabezas tan rubias o tan blancas, cómo arriesgaban caballerosamente su porvenir seguro tantos hombres de vida feliz y mundana, y tomando mi parte de aquella satisfacción milagrosa que da a cualquier hombre el conocimiento de que no puede substraerse a cumplir ninguna de sus deudas de honor, comprendí que la abnegación era cosa más fácil y más corriente de lo que se cree.

Preguntábame yo si la abnegación de sí mismo no era un sentimiento nacido con nosotros; en qué consistía aquella necesidad de obedecer y de poner la propia voluntad en otras manos, como cosa pesada e inoportuna; de dónde venía el secreto placer de desembarazarse de esa carga, y cómo el orgullo humano no se resbalaba jamás. Bien veía cómo ese misterioso instinto ligaba por todas partes a los pueblos en poderosos haces; pero en ninguna hallaba tan completa y tan temible como en el Ejército la renunciación a sus actos, a sus palabras, a sus deseos y casi a sus pensamientos. Por todas partes veía la resistencia posible y ejercitada, ya que en todas el ciudadano tiene una obediencia razonada e inteligente, que examina y puede detenerse. Veía cómo hasta la tierna sumisión de la mujer acaba donde empieza a ordenársela el mal y la ley toma su defensa; ¡pero la obediencia militar, pasiva y activa al mismo tiempo, que recibe órdenes y las ejecuta, que golpea a cierra ojos, como el
Destino antiguo!... Hasta sus últimas consecuencias seguía yo aquella abnegación del soldado, sin compensación, sin condiciones y conduciendo más de una vez a funciones siniestras.

Así pensaba mientras iba caminando al paso de mi caballo, mirando la hora en mi reloj y viendo prolongarse siempre el camino en línea recta, sin un árbol, sin una casa, y cortar la llanura hasta el límite del horizonte, como una gran raya amarilla sobre la tela gris. Alguna vez, la raya líquida se desleía en la tierra líquida que la rodeaba, y cuando un reflejo de luz menos pálida hacía brillar aquella triste extensión de terreno, me veía en medio de un mar cenagoso, siguiendo una corriente de légamo y yeso.

Examinando atentamente la raya amarilla del camino observé que, como a un cuarto de legua, avanzaba un puntito negro. Aquello me agradó, porque ya era alguien. Yo no aparté de él los ojos. Vi que el puntito negro iba, como yo, hacia Sila y que caminaba en zigzag, lo que denotaba una marcha penosa. Apresuré el paso y fui ganándole terreno a aquel objeto, que, a la vista, se alargó un poco y aumentó de tamaño. Volví a emprender el trote sobre suelo algo más firme, y pronto me pareció ver que era una especie de cochecillo negro. Tenía hambre, y esperaba yo que fuese el carro de una cantinera; y considerando a mi pobre caballo como una chalupa, le obligué a hacer fuerza de mar para llegar a aquella isla afortunada, en aquel mar donde se hundía hasta el vientre alguna vez.

Ya a un centenar de pasos, llegué a descubrir claramente un cochecillo de madera blanca, cubierto de tres aros y de una tela encerada negra. Parecía más bien una cunita puesta sobre dos ruedas. Las ruedas se embarraban hasta los ejes; una mulita lo arrastraba fatigosamente y la llevaba de la brida un hombre, que caminaba a pie. Me acerqué a él y le miré atentamente.

Debía de ser hombre de unos cincuenta años, bigote blanco, fuerte, alto, encorvada la espalda como los viejos oficiales de Infantería que han llevado la mochila. Vestía de uniforme, y bajo su capita azul, corta y usada, se entreveía una charretera de jefe de batallón. Tenía un rostro curtido, pero bondadoso, como tantos hay en el Ejército. Me miró de través por debajo de sus espesas cejas negras y sacó rápido de su cochecillo un fusil, que cargó, pasando al otro lado de la mula para servirse de ella como parapeto. Yo, que había visto su escarapela blanca, me limité a enseñarle la manga de mi vestido rojo, y él volvió a colocar su fusil en el cochecillo, diciendo:

-¡Ah! Eso es distinto. Le había tomado por uno de esos bandidos que corren detrás de nosotros. ¿Quiere usted echar un trago?

-Con mucho gusto -dije yo, acercándome-; hace veinticuatro horas que no bebo.

Llevaba al cuello una nuez de coco, muy bien grabada, convertida en frasco, con su gollete de plata, de la que parecía estar muy orgulloso. Me la pasó y bebí en ella con placer un vinillo blanco bastante malo; luego le devolví su coco.

-¡A la salud del Rey! -dijo, y bebió también-; él me ha hecho oficial de la Legión de Honor; justo es que yo le siga hasta la frontera. Ahora, como yo no tengo más que mi charretera para vivir, luego volveré a unirme con mi batallón; es mi deber.

Hablando así, como consigo mismo, volvió a arrear a su mulita, diciendo que no teníamos tiempo que perder; y como yo era de su opinión, me puse también en camino a dos pasos de él. Seguía mirándole sin preguntar, que no ha sido frecuente entre nosotros la charla indiscreta.

Así fuimos, sin decir nada, un cuarto de legua aproximadamente. Como se detuviese entonces para que descansara la pobre mulilla, que daba pena verla, me detuve también y traté de vaciar el

agua que llevaban mis botas de montar, como dos aljibes en los que hubiera zambullido mis piernas.

-Parece que las botas empiezan a agarrarse a los pies -dijo él.

-Hace cuatro noches que no me las quito -dije yo.

-¡Bah! Dentro de ocho días, ya ni se acordará usted de eso. En estos tiempos que vivimos, ser solo, vamos, ya es algo. ¿Sabe usted lo que llevo ahí dentro?

-No -le dije.

-Pues una mujer.

Dije "¡ah!" sin excesivo asombro y volví a ponerme en camino tranquilamente, al paso. Él me siguió.

-Este mal carricoche no me ha costado muy caro -continuó-, ni tampoco la mula; pero es todo lo que necesito, aunque el camino sea una longaniza demasiado larga.

Le invité a subir a mi caballo cuando se cansara, y como sólo le hablaba seriamente y con sencillez de su equipaje, que juzgaba expuesto al ridículo, pronto entró en confianza, y acercándose al estribo me dio una palmada en la rodilla y me dijo:

-¡Bien! ¡Es usted un buen chico! Aunque sea de los rojos.

Comprendí en la amargura de su acento, al designar así las cuatro compañías rojas, cuántos odios y prevenciones despertaban en el Ejército el lujo y los grados de aquellos cuerpos de oficiales.

-Sin embargo -agregó-, no aceptaré el ofrecimiento, en vista de que no sé montar a caballo y de que eso no es de mi incumbencia.

-Pero, comandante, los oficiales superiores como usted están obligados.

-¡Bah! Una vez al año en la inspección, y para eso, sobre un caballo de alquiler. Yo he sido siempre marino; luego, de infanteria, y no sé nada de equitación.

Anduvo veinte pasos, mirándome con. el rabillo del ojo de vez en cuando, como si esperase una pregunta; y como no llegara una palabra, continuó:

-¡Caramba! ¡No es usted muy curioso! Debería asombrarle a usted eso que le he dicho.

-Yo me asombro muy poco -le dije.

-¡Ah! ¡Sin embargo, si le contara cómo he renunciado yo al mar, ya veríamos!

-Vamos a ver -le dije-, ¿por qué no prueba usted? Eso le hará entrar en calor y a mí me hará olvidar que el agua me entra por la espalda y no se para hasta los talones.

El buen jefe del batallón se dispuso solemnemente a hablar con alegría de niño. Ajustó en su cabeza el chacó, cubierto de tela encerada, y dio ese golpe de hombros que nadie puede reproducir si no ha servido en la infantería; ese empujón que da el soldado a la mochila para alzarla y aligerar un momento su peso. Es costumbre de soldado, que cuando llega a oficial se convierte en un tic. Después de ese gesto convulsivo, bebió todavía un poco de vino de su cantimplora, dio un puntapié en el vientre, para animarla, a la pobre mula y empezó.

Capítulo V

Historia del sello rojo.

-Habéis de saber en primer lugar, hijo mío, que yo he nacido en Brest, que empecé por sentar plaza desde los nueve años, porque mi padre era soldado en la Guardia y yo tenía ya media ración y la mitad del haber. Pero como me gustaba el mar, la noche menos pensada, hallándome de licencia en Brest, me oculté en la sentina de un barco mercante que salía para las Indias; no me descubrieron hasta que estábamos en alta mar, y el capitán prefirió hacerme grumete mejor que tirarme al agua. Cuando vino la Revolución, yo había hecho ya carrera y era capitán de un barquito mercante, bastante limpio, que trabajó en corso quince años. Como la ex marina real, ¡vieja y honrada marina, a fe mía!, se encontró de pronto huérfana de oficiales, tuvo que buscar capitanes en la marina mercante. Yo había tenido ya con los filibusteros choques que luego le podré contar, y me dieron el mando de un brick de guerra llamado el Marat.

El 28 fructidor de 1797 recibí orden de aparejar con rumbo a Cayena. Tenía que llevar allí sesenta soldados y un deportado que quedaba de los ciento noventa y tres que la fragata Década había tomado a bordo pocos días antes. Tenía orden de tratar a ese individuo con muchas atenciones, y la primera carta del Directorio encerraba una segunda carta, sellada con tres sellos rojos, en medio de los cuales había otro desmesurado. Me habían prohibido abrirla antes de llegar al primer grado de latitud Norte y al 27 ó 28 de longitud, es decir, antes de pasar la línea.

Tenía aquella carta grande una forma muy especial. Era larga y cerrada tan estrechamente, que no pude leer nada por las esquinas ni a través del sobre. No soy supersticioso, pero me dio miedo aquella carta. La puse en mi cámara, debajo del cristal de un mal reloj de pesas inglés colgado sobre mi cama. Aquella cama era una verdadera cama de marino, y ya sabe usted cómo son. Pero no sé lo que me digo. Con dieciséis años que tiene usted, todo lo más, no habrá podido ver esas cosas.

La cámara de una reina no se puede arreglar con tanta limpieza como la de un marino, y no lo digo por alabarnos. Cada cosa tiene su lugarcito y su clavito. No se mueve nada. El barco puede rodar todo lo que quiera, sin descomponerlo. Los muebles están hechos según la forma del barco y del camarote en que se tienen. Mi cama era un arca. Cuando la abría me acostaba dentro; cuando la cerraba era mi sofá, y me sentaba en él a fumar mi pipa. Alguna vez me servía también de mesa, y entonces había que sentarse en los barrilitos que guardaba en la cámara. Las maderas del piso estaban enceradas y frotadas como caoba y relucían como una joya. ¡Lo mismo que un espejo! ¡Ah! ¡Era un bonito camarote! Y mi bricbarca también merecía premio. Nos divertíamos en ocasiones de una manera terrible, y aquella vez el viaje empezaba bastante bien, si no hubiera sido por... Pero no hay que adelantarse.

Llevábamos magnífico viento nordeste, y estaba yo atareado en poner aquella carta debajo del cristal de mi reloj, cuando entró en mi camarote mi buen deportado. Traía de la mano a una muchachita muy linda, de unos diecisiete años. Me dijo que él tenía diecinueve; buen mozo, aunque un poco pálido y demasiado blanco para hombre. Era un hombre, sin embargo, y un hombre que cuando llegó la ocasión se portó mejor que lo hubieran hecho muchos veteranos; ya lo verá usted. Llevaba del brazo a su mujercita, que era tan fresca y tan alegre como una niña. Parecían dos tortolillos. Crea usted que me daba gusto verlos. Les dije:

-¡Bueno, hijos míos! ¿Venís a visitar al viejo capitán? Sois muy amables. Voy a llevaros un poco lejos, pero tanto mejor; así tendremos tiempo de conocernos; me molesta recibir a la señora sin mi levita, pero es que estoy poniendo allá arriba esta pícara carta. ¡Si quisieran ayudarme un poco!...

Lo escucharon como buenos muchachos. El maridito tomó el martillo y la mujercita los clavos, y fueron dándomelos a medida que yo los pedía. Y ella me decía: ¿A la derecha? ¿A la izquierda, capitán?, siempre riendo, porque el balanceo hacía traquetear el reloj. Desde aquí la oigo aún con su vocecita: ¿A la derecha? ¿A la izquierda, capitán? Se burlaba de mí.

-¡Ah, vamos -le decía yo-, traviesilla! Ya haré que su marido la corrija.

Entonces ella le echó los brazos al cuello y le besó. Eran verdaderamente adorables, y el conocimiento se hizo así. En seguida fuimos buenos amigos.

Fue también una travesía deliciosa. Siempre dediqué a ellos expresamente un rato del día. Como yo no tuve nunca más que caras serias a bordo, hacía venir a mi mesa todos los días a mis dos enamoraditos, cosa que me servía de distracción. Cuando habíamos comido la galleta y el pescado, la mujercita y su marido permanecían mirándose, como si no se hubiesen visto nunca. Entonces yo me echaba a reír con todas mis fuerzas y me burlaba de ellos, y ellos se reían también conmigo. Usted hubiera reído asímismo de vernos como tres tontos, sin saber lo que teníamos. ¡Era verdaderamente gracioso ver cómo se amaban! Se encontraban bien en todas partes, y bueno todo lo que se les daba. Sin embargo, estaban a ración, como nosotros; a la suya añadía yo solamente un poco de aguardiente seco, pero nada más que un vasito, para conservar la dignidad de mi puesto. Se acostaban en una hamaca, donde el barco les hacía rodar como si hubiesen sido esas dos peras que tengo ahí en mi mojado pañuelo.

Estaban alerta y contentos. Yo hacia como usted: no preguntaba. ¡Qué necesidad tenía yo, barquero, de saber su nombre y sus asuntos! Los llevaba al otro lado de la mar como hubiese llevado a dos aves del paraíso.

Había acabado, después de un mes, por mirarlos como a hijos míos. Todos los días, cuando los llamaba, venían a sentarse a mi lado. El joven escribía sobre mi mesa, es decir, sobre mi cama, y cuando yo lo quería me ayudaba a hacer mi punto; muy pronto lo supo hacer tan bien como yo; a veces me asombraba. La mujer se sentaba en un barrilito y se ponía a coser.

Un día que estábamos colocados así, les dije:

-¿Saben ustedes, amiguitos, que tal y conforme estamos formamos un cuadro de familia? No es que yo quiera preguntárselo; pero probablemente no tendrán bastante dinero como es preciso, y los dos son ustedes muy delicados para cavar y manejar el azadón, como hacen los deportados en Cayena. Es un mal país, lo digo con todo mi corazón; pero yo, que soy una vieja piel de lobo disecada al sol, viviré en él como un señor. Si ustedes sintiesen, como me parece -sin que quiera preguntárselo-, un poco de amistad por mí, abandonaría de buena gana mi viejo brick, que en la actualidad no es más que un zueco, y me establecería allí con ustedes, si les conviene. Yo no

tengo más familia que un perro, y esto me aburre; ustedes formarían para mí una pequeña sociedad. Yo les ayudaría a muchas cosas; he amasado una buena pacotilla de contrabando bastante honrado, de la que viviremos, y que les dejaría cuando cerrase el ojo, como cortésmente se dice.

Se quedaron los dos pasmados, mirándose, y parecían no creer que dijese verdad; la pequeña corrió, como hacía siempre, a echarse al cuello de su marido y a sentarse en sus rodillas, muy sofocada y llorando. Él la estrechó fuertemente entre sus brazos y también con lágrimas en los ojos; me tendió la mano y se puso más pálido que de ordinario. Ella le habló en voz baja, y sus largos cabellos rubios le cayeron sobre los hombros; su rodete se había deshecho como un cable que se desenrolla de repente, pues era tan viva como un pescado. ¡Si usted hubiera visto aquellos cabellos!; eran como el oro. Como continuasen hablando bajo, besándola él en la frente de vez en vez, y ella llorando, me impacienté:

-Y bien, ¿les conviene? -les dije al fin.

-Pero..., capitán, usted es muy bueno -dijo el marido-; pero es que... usted no puede vivir con un deportado, y...

Bajó los ojos.

-Yo -dije- no sé lo que ha hecho usted para ser deportado; pero ya me lo dirá un día, o no me lo dirá, si lo prefiere. No tienen ustedes aspecto de tener la conciencia muy pesada, y estoy bien seguro de que yo he hecho más cosas que ustedes en la vida, pobres inocentes. Mientras estén ustedes bajo mi vigilancia, no les soltaré; no tienen ustedes que esperarlo; pero una vez de lado la charretera, no conozco ya ni almirante ni cosa que lo valga.

-Es que -respondió sacudiendo tristemente su cabeza morena, aun un poco empolvada, como se llevaba aún en aquella época-, es que yo creo que sería peligroso para usted, capitán, hacer que nos conocía. Nosotros reímos porque somos jóvenes; parecemos felices porque nos amamos; pero paso malos ratos cuando pienso en el porvenir, y no sé lo que será de mi pobre Laura.

Estrechó de nuevo la cabeza de su mujer contra su pecho y dijo:

-Esto es lo que debía decir al capitán; ¿no es verdad, hija mía, que tú le hubieses dicho lo mismo?

Cogí la pipa y me levanté, porque comenzaba a sentir los ojos húmedos, y eso no me va bien a mí.

-¡Vamos! ¡Vamos! -dije-, eso se aclarará más adelante. Si el tabaco le incomoda, señora, sálgase un momento.

Se levantó con el rostro muy encendido y mojado por las lágrimas, como un niño a quien se ha reñido.

-Por otra parte -me dijo la joven mirando a mi reloj-, ustedes no piensan en esto: ¿y la carta?

Sentía una cosa que me hizo efecto. Tuve como un dolor en los cabellos cuando me dijo aquello.

-¡Pardiez! Por mi parte ya no pensaba en ello -dije-. ¡Ah! ¡Mira por dónde podría haberme venido un disgusto! ¡Si hubiésemos pasado el primer grado de latitud Norte, no me quedaría más que tirarme al agua! ¡Es una suerte que esta niña me haya recordado esa pícara carta!

Miré en seguida mi mapa de marino, y cuando vi que, antes de llegar, teníamos aún para una semana por lo menos, sentí que me descansaba la cabeza, pero no el corazón, sin saber por qué.

-¡Es que el Directorio no gasta bromas con el artículo de la obediencia! -dije-. Vamos; por esta vez estoy todavía al corriente. Se ha pasado tan de prisa el tiempo, que me había olvidado por completo de ello.

Pues bien, amigo mío, nos quedamos los tres con la nariz en el aire, mirando aquella carta como si fuese a hablarnos. Lo que me chocó mucho fue que el sol, que se deslizaba por la claraboya, iluminaba el cristal del reloj y hacía aparecer al sello grande rojo y a los otros pequeños como los rasgos de un rostro en medio del fuego.

-¿No se diría que le salen los ojos de la cabeza? -dije, para distraerlos.

-¡Oh, querido mío! -dijo la joven-. Parecen manchas de sangre.

-¡Bah! ¡Bah! -dijo su marido cogiéndola por debajo del brazo-. Te engañas, Laura; eso separece a un billete de "invitación" a una boda. Ven a sosegarte, ven; ¿por qué te inquieta esa carta?

Escaparon, como si les siguiese un aparecido, y subieron al puente. Yo me quedé solo con aquella carta grande, y recuerdo que, fumando mi pipa, la miraba siempre, como si sus ojos hubiesen atraído a los míos, subyugándolos como hacen los ojos de las serpientes. Su gran cara pálida, su tercer sello, más grande que los ojos, muy abierto, muy abierto, como la boca de un lobo..., me puso de mal humor; cogí mi traje y lo colgué del reloj para no ver más ni la hora ni aquella perra carta.

Salí al puente para acabar allí mi pipa. En él permanecí hasta la noche.

Estábamos entonces a la altura de las islas del cabo Verde. El Marat corría, viento en popa, seis nudos sin molestarse. La noche estaba hermosa, como no he visto otra en mi vida cerca del trópico. La luna se alzaba en el horizonte, grande como un sol; el mar la cortaba en dos, y estaba blanco, blanco como una capa de nieve cubierta de diamantitos. Yo miraba todo aquello fumando sentado en mi banco. El oficial de cuarto y los marineros no decían nada y miraban como yo la sombra que proyectaba el brick en el agua. Estaba contento por no oír nada. Me gustaba el silencio y el orden. Había prohibido todos los ruidos y todos los fuegos. Sin embargo, divisé a medias una pequeña linea roja casi a mis pies. Me hubiese encolerizado en seguida; pero como era en la habitación de mis pequeños deportados, quise asegurarme de lo que hacían antes de enfadarme. Tomándome solamente el trabajo de agacharme, pude ver por la gran escotilla el interior de la habitacioncita, y me puse a mirar.

La joven estaba de rodillas y hacia sus oraciones. Había una lamparita que la iluminaba. Estaba en camisa; yo veía desde arriba sus hombros desnudos, sus piececitos desnudos y sus largos cabellos rubios esparcidos. Pensé en retirarme, pero me dije: "¡Bah! ¿Qué le hace esto a un viejo soldado?" Y continué mirando.

Su marido estaba sentado en una maletita, con la cabeza entre las manos, mirándola orar. Ella levantó en alto la cabeza, como mirando al cielo, y vi sus grandes ojos azules mojados como los de una Magdalena. Mientras ella rezaba, él cogía la punta de sus largos cabellos y los besaba sin hacer ruido. Cuando acabó, la joven hizo la señal de la cruz sonriendo, como si estuviese en la gloria. Vi que él hacia asimismo la señal de la cruz, pero como si le diese vergüenza. En efecto, en un hombre eso es singular.

La joven se puso de pie, le abrazó y se tendió la primera en su hamaca, en donde él la echó sin decir nada, como se acuesta a un niño en un columpio. Hacía un calor sofocante; se sentía mecida con placer por el movimiento del navío, y parecía empezar a dormirse ya. Sus blancos piececitos estaban cruzados y levantados al nivel de la cabeza, y todo su cuerpo envuelto en su larga camisa blanca. ¡Era un amorcillo!

-Querido mío -dijo medio dormida -, ¿no tienes sueño? ¿No sabes que es muy tarde?

Él permanecía siempre con la frente entre las manos, sin responder, cosa que inquietó un poco a la buena niña, que sacó su linda cabeza fuera de la hamaca como un pájaro fuera del nido, y le miró, con la boca entreabierta, sin atreverse a hablar.

Al fin él dijo:

-¡Ah!, mi querida Laura; a medida que avanzamos hacia América no puedo por menos que ponerme más triste. No sé por qué me parece que el tiempo más feliz de nuestra vida habrá sido el de la travesía.

-Eso me parece a mí también -dijo ella-; yo no quisiera llegar nunca.

Él la miró, juntando las manos, con un transporte que usted no se puede figurar.

-Y, sin embargo, ángel mío, tú lloras siempre orando a Dios -dijo-; esto me aflige mucho, porque bien sé yo en quiénes piensas, y creo que sientes lo que has hecho.

-¡Yo sentirlo! -dijo la joven con aire muy apenado-; ¡sentir el haberte seguido, querido mío! ¿Crees que por haberte pertenecido tan poco te haya yo amado menos? ¿Es que no sabe una mujer sus deberes a los diecisiete años? Mi madre y mis hermanas, ¿no me han dicho que mi deber era seguirte a las Guayanas? ¿No han dicho que con ello no hacia nada sorprendente? Me asombro solamente de que esto te haya chocado, amigo mío; todo esto es natural. Y ahora no sé cómo puedes creer que siento el haber hecho nada, cuando estoy contigo para ayudarte a vivir o para morir contigo si tú mueres.

Decía todo esto con una voz tan dulce, que se hubiese creído que era una música. Yo estaba emocionado, y dije: "¡Pobre mujercita, tan buena!"

El joven se puso a suspirar, dando patadas en el suelo y besando una linda mano y un brazo desnudo que ella le tendía.

-¡Oh! ¡Laurita, mi Laurita! -decía-; cuando pienso que si hubiésemos retardado cuatro días nuestra boda me hubieran detenido a mí solo y habría partido solo, no puedo perdonarme.

Entonces la hermosa niña sacó fuera de la hamaca sus dos bellos brazos blancos, desnudos hasta los hombros, y le acarició la frente, los cabellos y los ojos, cogiéndole la cabeza como para llevarla y ocultarla en su pecho. Sonreía como un niño y le decía una cantidad de zalamerías como yo no he oído nunca. Le cerraba la boca con sus dedos para hablar ella sola. Le decía, jugando y cogiendo sus largos cabellos a modo de pañuelo para secarle los ojos:

-¿No es mucho mejor tener contigo una mujer que te ama, di, querido mío? Yo estoy muy contenta por ir a Cayena; veré salvajes y cocoteros como los de Pablo y Virginia, ¿no es eso? Plantaremos cada uno el nuestro. Ya veremos quién será mejor jardinero. Nos haremos una pequeña choza para los dos. Yo trabajaré todo el día y toda la noche si tú quieres. Soy fuerte;

mira, mira mis brazos; casi podría levantarte en alto. No te burles de mí. Por otra parte, sé bordar muy bien; ¿y no hay una ciudad en cualquier parte por allí donde hagan falta bordados? Daré lecciones de dibujo y de música también, si se quiere; y si allí saben leerlo, tú escribirás.

Recuerdo que el pobre muchacho se desesperó tanto, que lanzó un grito cuando su mujer le dijo esto último.

-¡Escribir! -gritaba-, ¡escribir!

Se cogió la mano derecha con la izquierda, apretándola por la muñeca.

-¡Ah!, ¡escribir! ¿Por qué he sabido yo nunca escribir? ¡Escribir!, ¡es el oficio de un loco!... ¡He creído en la libertad de la prensa? ¿Dónde tenía yo el ingenio? ¿Y para hacer qué? ¡Para imprimir cinco o seis pobres ideas bastante mediocres, leídas solamente por aquellos que las aman, tiradas al fuego por aquellos que las odian, sin servir para nada más que para hacer que nos persigan! Todavía yo, pase; pero tú, ángel bello convertido en mujer desde hace cuatro días apenas, tú, ¿qué has hecho? Explícame, te lo ruego; ¿por qué te he permitido ser buena hasta el punto de seguirme aquí? ¿Sabes siquiera dónde estás, pobrecita? ¿Y sabes dónde vas? Pronto, hija mía, estarás a mil seiscientas leguas de tu madre y de tus hermanas... ¡Y por mí! ¡Todo esto por mí!

La joven ocultó la cabeza en la hamaca, y yo, desde arriba, vi que lloraba; pero él, desde abajo, no le veía el rostro, y cuando le sacó fuera de la tela estaba sonriente, para darle alegría.

-En verdad que en la actualidad no somos ricos -dijo riendo a carcajadas-; oye, mira mi bolsa; no tengo más que un luis solito. ¿Y tú?

Él se echó a reír también como un niño.

-A fe mía que aun tenía un escudo, pero se lo di al muchachito que trajo la maleta.

-¡Ah, bah!, ¡qué importa! -dijo ella haciendo sonar sus blancos deditos como castañuelas-; nunca se está más contento que cuando no se tiene nada; ¿y no tengo en reserva las dos sortijas de diamantes que me ha dado mi madre? Eso es bueno en todas partes, ¿no es eso? Cuando tú quieras las venderemos. Además, creo que el buen hombre del capitán no dice todas sus buenas intenciones para con nosotros y que sabe lo que hay en la carta. Seguramente una recomendación para nosotros al gobernador de Cayena.

-Quizá -dijo él-; ¡quién sabe!

-¿No es verdad? -continuó su mujercita-; eres tan bueno, que estoy segura de que el Gobierno te ha desterrado por algún tiempo, pero que no te quiere mal.

Había dicho aquello tan bien, llamándome el buen hombre del capitán, que me estremeció, y hasta se regocijó mi corazón, porque quizás ella habría adivinado con respecto a la carta sellada. Comenzaban otra vez a abrazarse; golpeé con el pie con viveza en el puente para hacer que acabasen.

Les grité:

-¡Eh, amiguitos! Se tiene dada orden de apagar todos los fuegos del buque. Apaguen ustedes la lámpara si les parece.

Apagaron la lámpara y les oí reír, hablando en voz baja, en la sombra, como escolares. Me puse de nuevo a pasearme solo por el combés fumando mi pipa. Todas las estrellas del trópico estaban en su puesto, grandes como pequeñas lunas. Las miraba, respirando un aire que sentía fresco y bueno.

Me decía que seguramente aquellos buenos niños habían adivinado la verdad, y esto me daba ánimo. Se podía apostar a que uno de los cinco directores había cambiado de idea y me los recomendaba; no me explicaba bien el porqué, pues hay negocios de Estado que yo no he comprendido nunca; pero, en fin, lo creía, y sin saber por qué estaba contento.

Bajé a mi habitación y fui a mirar la carta bajo mi viejo uniforme. Tenía otra cara; me pareció que reía y sus sellos eran de color de rosa. Yo no dudaba de su bondad, y le hice un pequeño signo amistoso.

A pesar de eso, volví a poner mi traje encima; su vista me fastidiaba.

No pensamos más en mirarla por espacio de algunos días y estábamos alegres; pero cuando nos aproximábamos al primer grado de latitud comenzamos a no hablarnos ya.

Cierta mañana me desperté bastante asombrado de no sentir ningún movimiento en el buque. A decir verdad, no duermo nunca más que con un ojo, como se suele decir, y al faltarme el balanceo abrí los dos. Habíamos caído en una calma chicha, y aquello era bajo el 1º latitud Norte, al 27º de longitud. Asomé las narices en el puente; el mar estaba liso como una balsa de aceite; todas las velas abiertas caían, pegadas a los palos, como balones vacíos. En seguida dije: "¡Vaya, ya tendré tiempo de leerla!", mirando de soslayo hacia la carta. Esperé hasta la tarde, a la puesta del sol. Sin embargo, era preciso leerla; abrí el reloj y saqué vivamente la orden sellada.

Pues bien, amigo mío, la tenía en la mano desde hacía un cuarto de hora y no podía leerla aún. Al fin me dije:

"¡Esto es demasiado!", y rompí los tres sellos de un tirón, y el sello grande rojo lo hice polvo.

Después de haberla leído, me froté los ojos, creyendo haberme engañado.

Volví a leerla por entero; la leí otra vez; empezaba de nuevo por la última línea, subiendo hasta la primera. No creía lo que decía; sentía ponérseme tirante la piel del rostro; me froté las mejillas con ron y me eché un poco en el hueco de las manos; tenía compasión de mí mismo por ser tan bestia; pero fue cuestión de un momento; subí a tomar el aire.

Laurita estaba aquel día tan bonita, que no quise acercarme a ella; llevaba un vestidito blanco muy sencillo, con los brazos desnudos hasta el cuello, y sus largos cabellos sueltos, como los llevaba siempre. Se divertía mojando en el mar su otro vestido al extremo de una cuerda, y reía tratando de parar las ovas, plantas marinas semejantes a racimos de uvas y que flotan sobre el agua de los trópicos.

-¡Ven a ver los racimos! ¡Ven de prisa! -gritaba.

Y su amigo se apoyaba en ella, y se inclinaba, y no miraba al agua, porque la miraba a ella de un modo muy tierno.

Hice seña al joven de que viniese a hablarme. Ella se volvió. No sé qué cara tendría yo, pero dejó caer la cuerda; cogió violentamente por el brazo a su marido y le dijo:

-¡Oh, no vayas! ¡Está muy pálido!

Bien podía ser; había por qué palidecer. Él vino, sin embargo, a mi lado. Ella nos miraba, apoyada contra el palo mayor. Nos paseamos largo rato en todos sentidos sin decir nada. Yo fumaba un cigarro, que encontraba amargo, y lo tiré al agua. Él me seguía con la vista; le cogí por el brazo; me ahogaba, ¡palabra de honor!, me ahogaba.

-¡Vamos! -le dije al fin-; cuénteme usted, amiguito, cuénteme usted un poco su historia. ¿Qué diablos ha hecho usted a esos perros de abogados que están allí como cinco pedazos de rey? ¡Parece ser que le quieren a usted horriblemente mal! ¡Es gracioso!

Se encogió de hombros, inclinando la cabeza -¡con un aspecto tan dulce el pobre muchacho!-, y me dijo:

-¡Oh, Dios mío! No gran cosa, capitán: tres cuplés de zarzuela sobre el Directorio; eso es todo.

-¡No es posible! -dije.

-¡Oh, Dios mío, sí! Los cuplés no eran ni aun demasiado buenos. Fui requerido el 15 fructidor y conducido a la fuerza, juzgado el 16, condenado a muerte al principio, y después, a la deportación, por benevolencia.

-¡Es gracioso! -dije-. Los directores son compañeros muy susceptibles, pues la carta que usted sabe me da orden de que le fusile.

No respondió, y sonrió con una presencia de ánimo bastante buena para un joven de diecinueve años. Solamente miró a su mujer y se enjugó la frente, de donde caían gotas de sudor. Yo tenía tantas como él en la cara, por lo menos, y otras gotas en los ojos.

Continué:

-Parece ser que esos ciudadanos no han querido resolver este asunto en tierra y han pensado que aquí no parecería tan grave. Pero para mí esto es muy triste, pues es inútil que usted sea un buen muchacho; yo no puedo dejar de obedecer; la sentencia de muerte está en regla; la orden de ejecución, firmada, legalizada, sellada; nada falta.

Me saludó muy cortésmente, poniéndose muy encarnado:

-No pido nada, capitán -dijo con una voz tan dulce como de costumbre-; me desolaría ser causa de que faltase usted a sus deberes. Quisiera hablar un poco con Laura y rogar a usted que la proteja, en el caso de que me sobreviviese, cosa que no creo.-¡Oh! En cuanto a eso, es justo, hijo mío -le dije-; si no le parece a usted mal, la conduciré a su familia a mi regreso a Francia, y no me separaré de ella más que cuando ella no quiera verme. Pero, en mi opinión, puede usted vanagloriarse de que no resistirá a ese golpe, ¡pobre mujercita!

Me cogió las dos manos, me las estrechó y:

-Mi buen capitán -me dijo-, usted sufre más que yo por lo que tiene que hacer, bien lo comprendo; pero ¿qué podemos hacer nosotros? Cuento con usted para que le conserve lo poco que me pertenece, para que la proteja, para que vele porque ella reciba lo que su anciana madre pueda dejarle, ¿no es eso?, para garantizar su vida, su honor, ¿verdad?, y también para que se atienda siempre a su salud. Mire usted -añadió en voz más baja-: tengo que advertirle a usted que está muy delicada; con frecuencia siente atacado el pecho hasta el punto dedesvanecerse varias veces al día; es preciso que se abrigue bien siempre. En fin, usted reemplazará a su padre, a su madre y a mí tanto como sea posible, ¿no es cierto? Si pudiese conservar las sortijas que le ha

dado su madre, sería un placer para mí. Pero si se tiene necesidad de venderlas para ella, estará bien que se haga. ¡Mi pobre Laurita! ¡Mire usted qué hermosa está!

Como aquello comenzaba a ponerse demasiado tierno, me fastidió y comencé a fruncir las cejas; le había hablado en tono alegre para hacerme el fuerte, pero ya no podía más.

-¡En fin, basta! -le dije-. Entre gentes honradas, lo demás está comprendido. ¡Vaya usted a hablarle, y despachemos!

Le estreché la mano amigablemente; y como no soltase la mía, mirándome con un aspecto singular:

-¡Ah! Sí; tengo un consejo que darle -añadí-; es que no le hable usted de esto. Arreglaremos la cosa sin que ella se dé cuenta ni usted tampoco. Esté usted tranquilo; eso corre de mi cuenta.

-¡Ah! Eso es diferente -dijo-. Yo no sabía... Es preferible, en efecto. Por otra parte, ¡los adioses, los adioses hacen perder las fuerzas!

-Sí, sí -le dije-. No sea usted niño; es preferible. No la abrace usted, amigo mío; no la abrace usted, si puede, o está perdido.

Le di otra vez un apretón de manos y le dejé marchar. ¡Oh, qué duro era para mí todo aquello!

A fe mía que me pareció que guardaba bien el secreto, pues se pasearon cogidos del brazo por espacio de un cuarto de hora y se llegaron de nuevo al borde del agua a coger la cuerda y el vestido, que uno de mis grumetes había sacado.

Llegó de repente la noche. Era el momento que yo había escogido. Pero aquel momento ha durado en mí hasta el día en que estamos y le arrastraré toda la vida como una cadena de presidiario.

Aquel viejo comandante se vió forzado a detenerse. Yo me guardé de hablar, por miedo a desviar sus ideas. Empezó de nuevo, golpeándose el pecho:

-Aquel momento, se lo aseguro a usted, no puedo comprenderlo todavía. Sentí que la cólera me subía a la cabeza, y al mismo tiempo un no sé qué me hacía obedecer. Llamé a los oficiales y le dije a uno de ellos:

-¡Vamos! ¡Un bote a la mar..., pues ahora somos verdugos! Metan ustedes en él a aquella mujer y se la llevan lejos, hasta que oigan unos disparos. Entonces vuelven ustedes.

¡Obedecer a unos pedazos de papel, pues al fin no era más que eso! Era preciso que hubiese algo en el aire que me empujase. Vi de lejos a aquel joven... ¡Oh! ¡Era horroroso verle arrodillarse delante de su Laurita y besarle las rodillas y los pies! ¿No le parece a usted que yo era muy desgraciado?

Grité como un loco:

-¡Separadlos!... ¡Somos todos unos malvados! ¡Separadlos! ¡La pobre República es un cuerpo muerto! ¡Directores y directorios son la miseria de la República! ¡Yo abandono el mar! ¡No temo a todos vuestros abogados! ¡Que les cuenten lo que digo! ¿Qué me importa?

¡Ah! ¡Bien poco me preocupaban, en efecto! ¡Hubiese querido tenerles allí! ¡Hubiese hecho fusilar a los cinco, los bribones! ¡Oh! ¡Lo hubiese hecho! Me importaba la vida tanto como el agua que cae ahora, vea usted... ¡Bastante me preocupaba!... ¡Una vida como la mía!... ¡Ah! ¡Bien! ¡Pobre vida!... ¡Bah!...

Y la voz del comandante se apagó poco a poco y se hizo tan incierta como sus palabras; y anduvo mordiéndose los labios y frotándose las cejas en una distracción terrible y huraña. Tenía pequeños movimientos convulsivos y daba a la mula con la vaina de la espada, como si hubiese querido matarla. Lo que me asombró fue ver que la pobre piel amarilla de su cara se ponía de un rojo obscuro. Se desabrochó y entreabrió violentamente el uniforme, descubriéndose el pecho al viento y a la lluvia. Continuamos andando así, en un gran silencio. Comprendí que no hablaría más por su cuenta, y me resolví a preguntar:

-Bien comprendo -le dije, como si hubiese acabado su historia- que después de una aventura tan cruel se toma horror al oficio.

-¡Oh!, el oficio; ¿está usted loco? -me dijo bruscamente-. ¡Ése no es el oficio! Jamás el capitán de un barco estará obligado a ser un verdugo, sino cuando vengan gobiernos de asesinos y de ladrones que se aprovechen de la costumbre que tiene un pobre hombre de obedecer ciegamente, de obedecer siempre, de obedecer como un desgraciado mecánico, contra su corazón.

Al mismo tiempo sacó del bolsillo un pañuelo rojo, sobre el que se puso a llorar como un niño. Me detuve un momento, como para arreglar mi estribo, y, quedándome detrás de la carreta, anduve algún tiempo tras ella, comprendiendo que se sentiría humillado sí yo veía claramente sus abundantes lágrimas.

Lo había adivinado, pues al cabo de un cuarto de hora, poco más o menos, vino también detrás de su pobre equipaje y me preguntó si llevaba navaja de afeitar en el portamantas; a lo que le respondí sencillamente que, no teniendo aún barba, aquello me era muy inútil. Pero no le

interesaba, era por hablar de otra cosa. Sin embargo, noté con placer que volvía a su historia, pues me dijo de repente:

-Usted no ha visto nunca barcos en su vida, ¿verdad?

-No los he visto -dije- más que en el Panorama de París, y no me fío mucho de la ciencia marítima que haya sacado de allí.

-Por consecuencia, ¿no conoce usted los nombres técnicos?

-No, señor -le dije.

-Pues hay en los barcos una especie de terraza de vigas, que sale de la parte de delante del navío y desde donde se echa el ancla al mar. Cuando se fusila a un hombre, se le hace colocar allí por lo regular -añadió más bajo.

-¡Ah!, ya comprendo, para que caiga al mar.

No respondió y se puso a describir todas las clases de botes que puede llevar un brick y su posición en el barco; y después, sin orden en las ideas, continuó su relato con ese aire afectado de indiferencia que infaliblemente proporciona un largo servicio, porque es preciso mostrar a los inferiores el desprecio al peligro, el desprecio a los hombres, el desprecio a la vida, el desprecio a la muerte y el desprecio a sí mismo; y todo esto oculta bajo una seca envoltura casi siempre una sensibilidad profunda. La dureza de un hombre de guerra es como una máscara de hierro sobre un noble rostro, como un calabozo de piedra que encierra un prisionero real.

-Esas embarcaciones tienen seis hombres -continuó-. Cogieron a Laura y se la llevaron con ellos, sin que tuviese tiempo de gritar ni de hablar. ¡Oh!, ésa es una cosa de la que ningún hombre honrado puede consolarse cuando es causante de ella. Es Inútil decirlo; ¡no se olvida una cosa semejante!... ¡Ah! ¡Qué tiempo hace!... ¿Qué diablo me ha impulsado a contar esto? Cuando lo cuento no puedo detenerme, se acabó. Es una historia que me embriaga como el vino de Jurançon. ¡Ah! ¡Qué tiempo hace! Llevo calada la ropa... ¡Creo que le hablaba a usted de la pequeña Laurita! ¡Pobre mujer! ¡Qué gentes tan torpes hay en el mundo! El oficial fue lo bastante tonto para conducir el bote delante del brick. Además, es cierto que no se puede prever todo. Yo contaba con la noche para ocultar el negocio y no pensé en la luz de los doce fusiles haciendo fuego a la vez. Y ¡a fe mía! vio desde el bote caer al mar a su marido, fusilado.

Si hay un Dios allá arriba, él sabe cómo sucedió lo que voy a contarle; yo no lo sé; pero lo vieron y lo oyeron como yo le veo y le oigo a usted. En el momento que hicieron fuego se llevó Laurita la mano a la cabeza, como si una bala la hubiese herido en la frente, y se sentó en el bote, sin desvanecerse, sin gritar, sin hablar, y volvió al brick cuando quisieron y como quisieron. Fui a ella, le hablé largo rato y lo mejor que pude. Ella parecía escucharme y me miraba el rostro frotándose la frente. No comprendía; tenía la frente roja y el resto de la cara muy pálido. Temblaba convulsivamente, como si tuviese miedo de todo el mundo. Así se quedó. Todavía está lo mismo, ¡pobrecilla!; idiota o como imbécil o loca; como usted quiera.

Nunca se le ha sacado una palabra, a no ser cuando dice que le quiten lo que tiene en la cabeza.

Desde aquel momento yo me quedé tan triste como ella y sentí en mí algo que me decía:

-Permanece con ella hasta el fin de tus días y guárdala; y lo he hecho. Cuando volví a Francia, pedí pasar con mi guarnición a las tropas de tierra. Había tomado odio al mar, porque en él había derramado sangre inocente. Busqué a la familia de Laura. La madre había muerto. Sus hermanas, a quienes se la llevaba loca, no la quisieron y me ofrecieron meterla en Charenton. Les volví la espalda y me la llevé conmigo. ¡Ah, Dios mío! Si quiere usted verla, compañero, en usted consiste.

-¿Estará ahí dentro? -le dije.

-¡Ciertamente! ¡Verá usted! Espere. ¡Oooh..., oooh..., mula!...

Capítulo VI

Cómo continué mi camino.

Y paró a la pobre mula, que pareció encantada de que yo hubiese hecho aquella pregunta. Al mismo tiempo levantó la tela encerada del cochecito, como para arreglar la paja que casi lo llenaba, y vi algo muy doloroso. Vi dos ojos azules, desmesuradamente grandes, admirables de forma, saliendo de una cabeza pálida, delgada y larga, inundada de cabellos rubios muy lisos. No vi, en verdad, más que aquellos dos ojos, que eran todo en aquella pobre mujer, pues el resto estaba muerto. Su frente estaba roja; sus mejillas, hundidas y blancas, tenían pómulos azulados; estaba acurrucada en medio de la paja tan bien, que apenas se veían salir sus dos rodillas, sobre las que jugaba al dominó ella sola. Nos miró un momento, tembló, me sonrió un poco y se puso

de nuevo a jugar. Me pareció que se aplicaba a comprender cómo su mano derecha derrotaba a su mano izquierda.

-Vea usted: hace un mes que juega esa partida -me dijo el jefe del batallón-; mañana será quizás otro juego que dure mucho tiempo. Es curioso, ¿eh?

Al mismo tiempo se puso a reponer la tela encerada de su chacó, que la lluvia había estropeado un poco.

-¡Pobre Laurita! -dije-. ¡Has perdido para siempre!

Aproximé mi caballo al cochecito y tendí la mano a la joven; ella me dió la suya maquinalmente y sonriendo con mucha dulzura. Noté con asombro que en sus largos dedos tenía dos sortijas de diamantes; pensé que serían aún las sortijas de su madre, y me pregunté cómo las había dejado allí la miseria. Por nada del mundo hubiese hecho esta observación al viejo comandante; pero como me seguía con la vista y veía que la mía se había detenido en los dedos de Laura, me dijo con cierto orgullo:

-Son diamantes bastante gordos, ¿verdad? Podrían tener un precio en las ocasiones, pero no he querido que la pobre niña se separase de ellos. Cuando se toca las sortijas, llora; no las deja. Por lo demás, no se queja nunca, y de vez en cuando puede coser. Le di palabra a su pobre maridito, y en verdad la cumplo. No la he abandonado nunca y he dicho en todas partes que era mi hija, que estaba loca. Han respetado eso. En el ejército todo se arregla mejor de lo que se cree en París, ya ve usted. Ha hecho todas las guerras del Emperador conmigo y siempre la he sacado bien del asunto. La tenía siempre abrigada, cosa que no es imposible con la paja y un cochecito. Tenía sus ropas bastante cuidadas, y siendo yo jefe del batallón, con una buena paga, mi pensión de la Legión de Honor y el mes Napoleón, que en aquel tiempo era doble, marchaba completamente al corriente y no me molestaba. Al contrario, sus niñerías hacían reír a veces a los oficiales del séptimo de ligeros.

Entonces se aproximó a ella y le dio unos golpecitos en el hombro, como hubiese hecho con su mulita.

-¡Y bien, hija mía! Di algo, habla un poco a este teniente; vamos, una pequeña inclinación de cabeza.

La joven se puso de nuevo a sus dominós.

-¡Oh! -dijo el comandante-. Es que está un poco huraña hoy porque llueve. Sin embargo, no se resfría nunca. Los locos no están nunca enfermos; por esa parte, es cómodo. En el Beresina y en todas las retiradas de Moscú iba con la cabeza desnuda. Vamos, hija mía, juega siempre; no te inquietes por nosotros; haz tu voluntad, Laurita.

La joven le cogió la mano, que tenía apoyada en su hombro, una mano gruesa, negra y arrugada; se la llevó tímidamente a los labios y la besó como un pobre esclavo. Sentí el corazón oprimido por aquel beso y volví la brida violentamente.

-¿Quiere usted que continuemos nuestro camino, comandante? -le dije-. Se hará de noche antes de que estemos en Bethune.

El comandante raspó cuidadosamente con la punta de su sable el barro amarillo que cargaba sus botas; en seguida se subió en el estribo del cochecito y cubrió la cabeza de Laura con el capuchón de paño de una capita que llevaba. Se quitó la corbata de seda negra y la rodeó al cuello de su hija adoptiva; después dio una patada a la mula, hizo un movimiento con un hombro y dijo:

-¡En marcha, mala tropa!

Y nos pusimos de nuevo en camino.

La lluvia caía siempre tristemente; el cielo gris y la tierra gris se extendían sin fin; una especie de luz opaca, un sol pálido, todo mojado, bajaba detrás de grandes molinos que no daban vueltas. Nuevamente caímos en un gran silencio.

Yo miraba a mi viejo comandante; andaba a grandes pasos, con un vigor siempre sostenido, mientras que su mula no podía ya más, y hasta mi caballo comenzaba a bajar la cabeza. Aquel buen hombre se quitaba de vez en cuando el chacó para enjugar su frente calva y algunos cabellos grises de su cabeza, sus tupidas cejas o sus blancos bigotes, de donde caía la lluvia. No se inquietaba por el efecto que hubiese podido producir en mí su relato. Él no se había mostrado ni mejor ni peor de lo que era. No se había dignado hacerse resaltar. No pensaba en sí mismo, y al cabo de un cuarto de hora empezó en el mismo tono una historia mucho más larga sobre una campaña del mariscal Massena, en la que él había formado en cuadro su batallón contra no sé qué caballería. Yo no le escuchaba, a pesar de que se acaloraba para mostrarme la superioridad de la infantería sobre la caballería.

Llegó la noche y nosotros no caminábamos de prisa. El barro era cada vez más espeso y más profundo. Nada en la carretera y nada al final. Nos detuvimos al pie de un árbol muerto, el único

árbol del camino. Prestó primeramente sus cuidados a la mula, como yo a mi caballo. En seguida miró al interior del cochecito, como una madre a la cuna de su hijo. Le oí que decía: "Vamos, hija mía, échate esta levita sobre los pies y trata de dormir. ¡Ah! ¡Esto está bien! No tiene ni una gota de lluvia. ¡Ah, diablo! ¡Me ha roto el reloj que le había dejado al cuello! ¡Oh! ¡Mi pobre reloj de plata! Bueno; es lo mismo; trata de dormir, hija mía. Dentro de poco va a venir buen tiempo. ¡Es curioso! Tiene siempre fiebre; las locas son así. Toma; mira: chocolate para ti, hija mía".

Apoyó el cochecito contra el árbol y nos sentamos bajo las ruedas, al abrigo del eterno aguacero, dividiendo un pedacito de pan entre los dos. ¡Mala cena!

-Me disgusta que no tengamos más que esto -dijo-; pero vale más que caballo cocido bajo la ceniza con la pólvora encima a modo de sal, como se comía en Rusia. A la pobre mujercita es muy justo que le dé lo mejor que tenga. Ya ve usted que la pongo siempre aparte. No puede sufrir la vecindad de un hombre después del asunto de la carta. Yo soy viejo y parece ser que cree que soy su padre; a pesar de eso, me estrangularía si quisiera besarla tan sólo en la frente. La educación deja siempre algo, según parece; jamás he visto que se olvide ocultarse como una religiosa. Es magnífico, ¿eh?

Mientras hablaba de este modo oímos suspirar y decir: ¡Quitad este plomo! ¡Quitadme este plomo! Me levanté, pero él me hizo volverme a sentar.

-Estése usted quieto, estése usted quieto -me dijo-. No es nada; eso lo dice toda la vida, porque cree sentir siempre una bala en la cabeza. Pero no le impide hacer lo que se le dice, y con mucha dulzura.

Me callé, escuchándole con tristeza. Me puse a calcular que de 1797 a 1815, en que estábamos, habían pasado diez y ocho años así para aquel hombre. Permanecí mucho tiempo en silencio a su lado, tratando de darme cuenta de aquel carácter y de aquel destino. En seguida, a propósito de nada, le di un apretón de manos lleno de entusiasmo. Él se asombró.

-¡Es usted un hombre digno! -le dije.

-¡Ah! ¿Y por qué? -me respondió-. ¿Lo dice usted por lo de esta pobre mujer? Bien comprende usted, hijo mío, que era un deber. Hace mucho tiempo que me he resignado.

Y me habló otra vez de Massena.

A la mañana siguiente, al ser de día, llegamos a Bethune, pequeña ciudad, fea y fortificada, de la que se diría que las murallas, estrechando su círculo, han oprimido a las casas una sobre otra. Todo estaba allí en confusión; era el momento de una alerta. Los habitantes comenzaban a retirar las banderas blancas de las ventanas y a coser los tres colores en sus casas. Los tambores y las cornetas dejaban oír el toque de generala por orden del señor duque de Berry; las largas carretas picardas llevaban los Cientos Suizos y sus equipajes; los cañones de los Gardes-du-Corps corrían a las murallas; los coches de los príncipes, los escuadrones de las compañías rojas, formándose, llenaban la ciudad. La vista de los gendarmes del rey y de los mosqueteros me hizo olvidar a mi viejo compañero de camino. Me uní a mi compañía y perdí entre la muchedumbre al cochecito y a sus pobres habitantes. Y los perdía para siempre, con gran sentimiento por mi parte.

Aquella fue la primera vez en mi vida que leí en el fondo de un verdadero corazón de soldado. Aquel encuentro me reveló una naturaleza de hombre que me era desconocida, y que el país conoce mal y no trata bien; desde luego, la coloqué muy alta en mi estimación. Después he buscado con frecuencia a mi alrededor algún hombre semejante a aquél y capaz de aquella abnegación completa e insignificante de sí mismo. Pues bien; por espacio de catorce años que he vivido en el Ejército, solamente en él, y sobre todo en las filas desdeñadas y pobres de la infantería, he encontrado esos hombres de carácter antiguo que llevan el sentimiento del deber hasta sus últimas consecuencias, sin tener remordimientos por la obediencia ni vergüenza por la pobreza, sencillos de costumbres y de lenguaje, orgullosos de la gloria del país y despreocupados de la suya propia, encerrándose con placer en la obscuridad y partiendo con los desgraciados el pan negro que pagan con su sangre.

Ignoré mucho tiempo lo que había sido de aquel pobre jefe de batallón; tanto más, cuanto que no me había dicho su nombre, ni yo se lo había preguntado. Un día, sin embargo, en el café, creo que en 1825, un viejo capitán de infantería, a quien se lo describí mientras esperábamos la parada, me dijo:

-¡Ah, pardiez, amigo mío; he conocido a ese pobre diablo! Una bala le quitó de en medio en Waterloo. Dejó, en efecto, entre sus equipajes una especie de hija loca, que llevamos al hospital de Amiéns, cuando íbamos a incorporarnos al ejército del Loira, y que murió allí furiosa al cabo de tres días.

-Lo creo -le dije-; ¡ya no tenía a su padre protector!

-¡Ah! ¡Bah! ¿"Padre"? ¿Qué es lo que dice usted? -añadió con un tono que quería hacer fino y licencioso.

-Digo que tocan llamada -respondí saliendo.

Yo me había resignado también.

Libro segundo

Recuerdos de servidumbre militar

Capítulo I

Sobre la responsabilidad.

Me acuerdo aún de la consternación que esta historia puso en mi alma; fue quizá el principio de mi lenta curación para esta enfermedad del entusiasmo militar. Me sentí de repente humillado por correr aventuras criminales y por encontrarme en la mano un sable de esclavo en lugar de una espada de caballero. Otros muchos hechos semejantes llegaron a mi conocimiento, que rebajaban a mis ojos esa noble especie de hombres que no hubiera querido ver consagrada más que a la defensa de la patria. Así, en la época del Terror, sucedió que otro capitán de barco recibió, como toda la Marina, la orden monstruosa del Comité de Salud Pública de fusilar a los prisioneros de guerra; tuvo la desgracia de apoderarse de un barco inglés, y la desgracia mayor de obedecer la orden del Gobierno. Vuelto a tierra, dio cuentas de su vergonzosa ejecución, se retiró del servicio y murió de pena en poco tiempo. Este capitán mandaba la Boudeuse, fragata que dió la primera vuelta al mundo bajo las órdenes
de M. de Bougainville, pariente mío. Aquel gran marino lloró por el honor de su viejo barco.

¿No vendrá jamás la ley que en tales circunstancias ponga de acuerdo el deber y la conciencia? La voz pública hace mal cuando se eleva de siglo en siglo para absolver y para honrar la desobediencia del vizconde del Orte, que respondió a Carlos IX cuando le ordenó extender a Dax el San Bartolomé parisiense:

-Señor, he comunicado la orden devuestra majestad a sus fieles habitantes y hombres de armas; no he encontrado más que buenos ciudadanos y bravos soldados, pero ni un verdugo.

Y si él tuvo razón en negarse a la obediencia, ¿cómo vivimos nosotros bajo leyes por las que encontramos razonable dar la muerte a quien se negase a esa misma obediencia ciega? Admiramos el libre albedrío, y lo matamos. Lo absurdo no puede reinar tanto tiempo. Será preciso que se llegue a reglamentar las condiciones por las que le será permitida la deliberación al hombre armado, y hasta qué punto se le dejará libre la inteligencia, y con ella el ejercicio de la conciencia y de la justicia... Será preciso hacer un día todo eso.

No se me oculta que ésa es una cuestión de extrema dificultad y que toca a la base misma de toda disciplina. Lejos de querer debilitar esa disciplina, pienso que tiene necesidad de ser corroborada en muchos puntos entre nosotros, y que, ante el enemigo, las leyes nunca son demasiado draconianas. Cuando el Ejército vuelve su pecho de hierro contra el extraño, anda y obra como un solo hombre, así debe ser; pero cuando ha regresado y no tiene delante de sí más que a la madre patria, es bueno que entonces, por lo menos, encuentre leyes previsoras que le permitan tener entrañas filiales. Es de desear también que, de una vez para siempre, se fijen límites inmutables a esas órdenes absurdas dadas a los ejércitos por el soberano poder, caído en manos indignas con tanta frecuencia en nuestra historia. ¡Que no les sea jamás posible a algunos aventureros llegados a la dictadura el transformar en asesinos a cuatrocientos mil hombres de honor por una ley de un día, como su reinado!

Es verdad que a menudo vi en las costumbres del servicio que, gracias a la incuria francesa y a la fácil hombría de bien de nuestro carácter, como compensación y siempre al lado de esa miseria de la servidumbre militar, reinaba en los ejércitos una especie de libertad de espíritu que endulzaba la humillación de la obediencia pasiva; y, notando en todo hombre de guerra algo de abierto y noblemente despreocupado, pensé que provenía de un alma tranquila y aliviada del peso enorme de la responsabilidad. Yo era muy niño entonces y experimentaba poco a poco que ese sentimiento aligeraba mi conciencia; me parecía ver en cada general en jefe una especie de Moisés, que debía él solo rendir sus terribles cuentas a Dios, después de haber dicho a los hijos de Leví:"Pasad y repasad a través del campo; que cada uno mate a su hermano, a su hijo, a su amigo y a aquel que tenga más próximo". Y hubo veintitrés mil hombres muertos, dice el Éxodo, capítulo XXXII, versículo 27, pues me sabía la

Biblia de memoria; y ese libro y yo éramos de tal modo inseparables, que en las más largas maniobras me seguía siempre. Ya se ve cuál fue el primer consuelo que me prestó. Pensé que sería precisa muy mala suerte por mi parte para que uno de mis Moisés galoneados de oro me ordenase matar a toda mi familia; y, en efecto, esto no llegó, como lo había muy sabiamente conjeturado. Pensaba también que, aun cuando reinase en la tierra la impracticable paz del abad de San Pedro, y aun cuando él mismo estuviera encargado de regularizar aquella libertad y aquella igualdad universales, le serían precisos para aquella obra algunos regimientos de levitas a quienes pudiese decir que ciñesen la espada y a quienes su sumisión atraería la bendición del Señor. Trataba así de capitular con las monstruosas resignaciones de la obediencia pasiva, considerando a qué origen se remontaba y cómo todo orden social parecía apoyado en la obediencia; pero me hicieron falta muchos razonamientos y paradojas
para poder llegar a hacerla ocupar algún lugar en mi alma. Me gustaba mucho infringirla, pero poco sufrirla; la encontraba admirablemente sabia sobre mis pies, pero absurda sobre mi cabeza. Después he visto razonar lo mismo a muchos hombres que no tenían la excusa que tenía yo entonces: que era un levita de dieciséis años.

No había extendido entonces la mirada sobre la patria entera de nuestra Francia y sobre esa otra patria que la rodea, Europa, y desde allí, sobre la patria de la humanidad, el globo, que felizmente se hace más pequeño cada día, oprimido por la mano de la civilización. No pensaba cuánto más ligero estaría aún en su pecho el corazón del hombre de guerra si sintiese en sí dos hombres, de los que el uno obedecería al otro; si supiese que después de su papel completamente riguroso en la guerra tenía derecho a un papel completamente bienhechor y no menos glorioso en la paz; si a un grado determinado tuviese derechos de elección; si después de haber estado largo tiempo callado en los campos tuviese su voz en la ciudad; si fuese ejecutor en la una de las leyes que hubiese hecho en la otra, y si para velar la sangre de la espada tuviese la toga. Pues bien; no es imposible que todo esto llegue un día.

No tenemos verdaderamente piedad al querer que un hombre sea bastante fuerte para responder él solo de esa nación armada que se le pone en la mano. Es una cosa perjudicial a los gobiernos mismos, pues la organización actual, que suspende así, de un solo dedo, toda esa cadena eléctrica de la obediencia pasiva, puede, dado tal caso, ocasionar, por demasiado sencilla, la inversión total de un Estado. Tal revolución, medio formada y reclutada, no tendría más que ganar un ministro de la Guerra para completarse enteramente. Todo el resto seguiría necesariamente con arreglo a nuestras leyes, sin que ningún eslabón pudiese substraerse a la conmoción producida en lo alto.

No; yo atestiguo las agitaciones de conciencia de todo hombre que ha visto correr o hecho correr la sangre de sus conciudadanos; no es bastante una sola cabeza para llevar un peso tan grande como el de tantos crímenes; no serían demasiadas tantas cabezas como combatientes hubiese. Para ser responsables de la ley de sangre que ejecutaban sería justo que, por lo menos, la hubiesen comprendido bien. Pero las mejores instituciones, reclamadas aquí, no serán ellas mismas sino muy pasajeras, pues, una vez más, los ejércitos y la guerra no tendrán más que un tiempo; a pesar de las palabras de un sofista que he combatido en otra parte, no es verdad que, ni aun contra el extranjero, la guerra sea divina; no es verdad que la tierra esté ávida de sangre. La guerra es maldita de Dios y de los mismos hombres que la hacen, y que le tienen un secreto horror, y la tierra no grita al cielo sino para pedir el agua fresca de sus ríos y el rocío puro de sus nubes.

No hubiera sido, por lo demás, en la primera juventud, entregada por completo a la acción, cuando hubiese podido preguntarme si no había países modernos en los que el hombre de la guerra fuese el mismo que el hombre de la paz, y no un hombre separado de la familia y colocado como un enemigo. No examinaba lo que nos vendría bien tomar de los antiguos sobre ese punto; muchos proyectos de una organización más sensata de los ejércitos han sido creados inútilmente. Lejos de poner ninguno de ellos en ejecución, o de darlo solamente a conocer, es probable que el Poder, sea cual fuere, se aleje de ellos cada vez más, teniendo interés en rodearse de gladiadores en la lucha sin tregua, amenazadora; sin embargo, la idea se hará luz y tomará forma, como hace tarde o temprano toda idea necesaria.

En el estado actual, ¡qué de buenos sentimientos a conservar que podrían elevarse aún por el sentimiento de una alta dignidad personal! De ello he cogido muchos ejemplos en mis memorias; tenía a mi alrededor, prestos a suministrármelos, innumerables amigos íntimos, tan alegremente resignados a su indiferente sumisión, tan libres de espíritu en la esclavitud de sus cuerpos, que esta indiferencia me subyugó un momento como a ellos, y con ella, esa calma perfecta del soldado y del oficial, calma que es precisamente la del caballo midiendo noblemente el paso entre la brida y la espuela y orgulloso de no ser responsable de nada. Permítaseme, pues, dar, en

la sencilla historia de un buen hombre y de una familia de soldado que no hice más que entrever, un ejemplo, más dulce que el primero, de esas largas resignaciones de toda la vida, llenas de honradez, de pudor y de bondad, muy comunes en nuestro Ejército, y cuya vista reposa el alma, cuando se vive al mismo tiempo, como yo
vivía, en un mundo elegante, de donde se desciende con placer para estudiar costumbres más ingenuas, aun cuando más atrasadas.

Tal y conforme es, el Ejército es un buen libro a abrir para conocer la humanidad; en él se aprende a poner la mano en todo, en las cosas más bajas como en las más elevadas; los más delicados y los más ricos están forzados a ver vivir de cerca la pobreza y a vivir con ella, a medirle su tosco pan y a pesarle su carne. Sin el Ejército, tal hijo de gran señor no sospecharía cómo un soldado vive, crece y engorda todo el año con cuarenta y cinco céntimos al día y un cántaro de agua fresca, llevando a la espalda una mochila cuyo continente y contenido cuesta cuarenta francos a su patria.

Esa sencillez de costumbres; esa pobreza indiferente y jovial de tanta gente joven; esa vigorosa y sana existencia, sin falsa cortesía ni falsa sensibilidad; ese giro enérgico dado a todo; esa uniformidad de sentimientos impresa por la disciplina, son lazos de costumbres groseras, pero difíciles de romper y que no están faltos de un cierto encanto desconocido en las demás profesiones. He visto oficiales honrar esa existencia con pasión, hasta el punto de no poderla abandonar algún tiempo sin fastidio, aun cuando haya sido para recobrar las más elegantes y las más queridas costumbres de su vida. Los regimientos son conventos de hombres, pero conventos nómadas; por todas partes llevan sus usos impresos de gravedad, de silencio, de moderación. Con ellos se llenan bien los votos de pobreza y de obediencia.

El carácter de esos reclutas es indeleble como el de los monjes, y jamás he vuelto a ver el uniforme de uno de mis regimientos sin que me palpitase aceleradamente el corazón.

La velada de Vincennes

Capítulo II

Los escrúpulos de honor de un soldado.

Una noche del verano de 1819 me paseaba en Vincennes por el interior de la fortaleza, donde estaba de guarnición, con Timoleón de Arc, teniente de la Guardia como yo; habíamos dado, según costumbre, la vuelta al polígono, asistido al estudio del tiro de rebote, escuchado y referido apaciblemente las historias de guerra, discutido sobre la Escuela Politécnica, sobre su formación, su utilidad, sus defectos y sobre los hombres de tez amarilla que había hecho retroceder aquel terruño geométrico. El color pálido de la escuela lo tenía también Timoleón en la frente. Los que le conocieron recordarán como yo su cara regular y un poco delgada, sus grandes ojos negros y las cejas arqueadas que los cubrían y la seriedad tan dulce y raramente turbada de su rostro espartano. Estaba muy preocupado aquella noche por nuestra conversación, muy larga, sobre el sistema de las probabilidades de Laplace. Recuerdo que llevaba bajo el brazo aquel libro, que teníamos en gran estima, y por el que
era con frecuencia atormentado.

La noche caía o, más bien, se desplegaba; una bella noche de agosto. Yo miraba con placer la capilla construida por San Luis y aquella corona de torres musgosas y medio derruidas que servía entonces de adorno a Vincennes; el torreón se elevaba por encima de ellas como un rey en medio de sus guardias. Los pequeños crecientes de la capilla brillaban entre las primeras estrellas al extremo de sus largas flechas. El olor fresco y suave del bosque llegaba a nosotros por encima de las murallas, y todo, hasta el césped de las baterías, despedía un hálito de noche de verano. Nos sentamos en un gran cañón de Luis XIV y mirábamos en silencio a algunos jóvenes soldados que probaban su fuerza levantando alternativamente una bomba en el extremo del brazo, mientras que los otros volvían lentamente y pasaban el puente levadizo dos a dos, o cuatro a cuatro, con toda la pereza de la ociosidad militar. Los patios estaban llenos de furgones de artillería abiertos y cargados de pólvora,
preparados para la revista del día siguiente. A nuestro lado, cerca de la puerta del bosque, un viejo ayudante de Artillería abría y cerraba a menudo con inquietud la puerta muy ligera de una torrecita, polvorín y arsenal, perteneciente a la artillería de a pie y llena de barriles de pólvora, de armas y de municiones de guerra. Al pasar nos saludó. Era un hombre de alta estatura, pero un poco encorvado. Sus cabellos eran escasos y blancos; su bigote, blanco y espeso; su aspecto,

comunicativo; robusto y fresco aún, feliz, dulce y prudente. Tenía tres grandes registros en la mano y en ellos anotaba largas columnas de cifras. Le preguntamos por qué trabajaba tan tarde, contra su costumbre. Nos contestó con el tono de respeto y de tranquilidad de los viejos soldados: que el día siguiente era de inspección general a las cinco de la mañana; que él era responsable de la pólvora y no cesaba de examinarla y de echar veinte veces sus cuentas para estar al abrigo del más ligero reproche
de negligencia; que había querido también aprovechar las últimas luces del día, porque la consigna era severa y prohibía entrar por la noche en el polvorín con una antorcha y hasta con una linterna opaca; que estaba desolado por no haber tenido tiempo de verlo todo, y que le quedaban aún algunos obuses por examinar; que bien quisiera poder volver dentro de la noche, y miraba con un poco de impaciencia al granadero que, apostado en facción a la puerta, debía impedirle entrar.

Después de habernos dado estos detalles se puso de rodillas y miró por debajo de la puerta para ver si quedaba un reguero de pólvora. Tenía miedo que las espuelas o los hierros de las botas de los oficiales prendiesen fuego allí a la mañana siguiente:

-No es esto lo que más me preocupa -dijo levantándose-, sino mis registros. Y los miraba con pena.

-Es usted demasiado escrupuloso -dijo Timoleón.

-¡Ah!, mi teniente, cuando se está en la Guardia nunca se es demasiado escrupuloso en materia de honor. Uno de nuestros sargentos de Caballería se levantó la tapa de los sesos el lunes último por haber sido metido en el calabozo. Yo debo dar el ejemplo a los suboficiales. Desde que sirvo en la Guardia no he merecido un reproche de mis jefes, y un castigo me haría muy desgraciado.

Es cierto que aquellos buenos soldados, escogidos en el Ejército entre lo mejor de lo mejor, se creían deshonrados por la más ligera falta.

-Vamos, todos ustedes son puritanos del honor -le dije dándole unos golpecitos en el hombro.

Saludó y se retiró hacia el cuartel, donde estaba su alojamiento; después, con una inocencia de costumbres particular en la honrada raza de los soldados, volvió llevando cañamones en los huecos de las manos a una gallina que criaba sus doce polluelos bajo el viejo cañón de bronce en que estábamos sentados.

Era en verdad la gallina más encantadora que he conocido en mis días; toda blanca, sin una sola mancha; y aquel buen hombre, con sus gruesos dedos mutilados en Marengo y en Austerlitz, le había pegado en la cabeza un pequeño penacho rojo y en el pecho un collarcito de plata con una chapa con sus iniciales. La buena gallina estaba por ello orgullosa y reconocida a la vez. Sabía que los centinelas hacían que se la respetase siempre, y no tenía miedo de nadie, ni aun de un cochinillo y de un mochuelo que se habían alojado cerca de ella, en el cañón vecino. La hermosa gallina era la felicidad de los artilleros; recibía de todos nosotros miguitas de pan y de azúcar mientras estábamos de uniforme; pero tenía horror al traje de paisano, y no reconociéndonos con ese disfraz, huía con su familia bajo el cañón de Luis XIV. Magnífico cañón, sobre el que estaba grabado el eterno Sol con su Nec pluribus impar y el Ultimo ratio Regum. ¡Y alojaba debajo una gallina!

El buen ayudante nos habló de ella en muy buenos términos. Le suministraba huevos a él y a su hija con una generosidad sin rival, y la quería tanto, que no había tenido el valor de matar uno solo de sus polluelos, por miedo a afligirla. Cuando estaba refiriendo sus buenas costumbres, los tambores y las trompetas repicaron y tocaron a la vez retreta. Se iban a levantar los puentes, y los porteros hacían resonar sus cadenas. Nosotros no estábamos de servicio y salimos por la puerta del Bosque. Timoleón, que no había cesado de hacer ángulos en la arena con la punta de la espada, se había levantado del cañón, dejando con pena sus triángulos, del mismo modo que yo dejaba mi gallina blanca y el ayudante.

Volvimos a la izquierda siguiendo las murallas, y pasando así ante el otero de césped levantado al duque de Enghien sobre su cuerpo fusilado y su cabeza aplastada por una piedra, costeamos las zanjas, mirando en ellas el caminito blanco que había tomado él para llegar a aquel foso.

Hay dos clases de hombres que pueden muy bien pasearse juntos cinco horas seguidas sin hablarse: los prisioneros y los oficiales. Condenados a verse siempre, cuando están todos reunidos está solo cada uno. Ibamos en silencio, con los brazos a la espalda. Noté que Timoleón daba vueltas y más vueltas sin cesar a una carta al claro de luna; era una carta pequeñita y alargada; yo conocía la forma y el autor femenino, y estaba acostumbrado a verle soñar todo un día sobre aquella pequeña escritura, fina y elegante. Habíamos llegado a la aldea, frente al castillo; habíamos subido la escalera de nuestra casita, íbamos a separarnos en el descansillo de nuestras habitaciones vecinas, y yo no había dicho una sola palabra. Solamente allí me dijo él de repente:

-Quiere absolutamente que presente la dimisión. ¿Qué piensa usted de ello?

-Pienso -dije- que es bella como un ángel, porque la he visto; pienso que usted la ama como un loco, porque le veo desde hace dos años tal y conforme está esta noche; pienso que tiene usted una regular fortuna, a juzgar por sus caballos y su boato; pienso que ya ha hecho usted bastantes pruebas para retirarse, y que en tiempo de paz eso no es un sacrificio; pero pienso además una sola cosa...

-¿Cuál? -dijo sonriendo con amargura, porque adivinaba.

-Que ella está casada -dije más gravemente-; usted lo sabe mejor que yo, mi buen amigo.

-Es verdad -dijo.

-Y el servicio sirve para hacérselo olvidar algunas veces -añadí.

-Puede ser -dijo-, pero no es probable que mi estrella cambie en el Ejército. Fíjese usted en que todo el bien que he hecho en mi vida ha quedado desconocido o mal interpretado.

-Lea usted a Laplace todas las noches -dije-, pero no piense en encontrar remedio a eso.

Y me encerré en mi cuarto para escribir un poema sobre la Máscara de hierro, poema que titulé La prisión.

Capítulo III

Sobre el amor al peligro.

El aislamiento nunca es bastante completo para los hombres a los que una especie de demonio persigue con ilusiones de poesía. El silencio era profundo y la sombra densa sobre las torres del viejo Vincennes. La guarnición dormía desde las nueve de la noche. Todos los fuegos se habían apagado a las seis, al redoble de los tambores. No se oía más que la voz de los centinelas, colocados sobre la muralla, enviándose y repitiéndose, uno tras otro, su grito largo y melancólico: "Centinela, ¡alerta!". Los cuervos de las torres respondían más tristemente aún, y, no creyéndose ya allí seguros, tomaban el vuelo hasta el torreón. Nada podía turbarme ya, y, sin embargo, me turbaba algo que no era ni ruido ni luz. Quería escribir y no podía. Sentía algo en mi pensamiento como una mancha en una esmeralda; era la idea de que alguien, cerca de mí, velaba también, y velaba sin consuelo, profundamente atormentado. Esto me inquietaba. Estaba seguro de que tenía necesidad de confiarse a alguien,
y yo había huido bruscamente de su confidencia por el deseo de entregarme a mis ideas favoritas. Y ahora sufría el castigo por la turbación de esas mismas ideas. No volaban libremente y con amplitud, y me parecía que sus alas pesadas estaban mojadas quizá por una lágrima secreta de mi amigo abandonado.

Me levanté del sillón. Abrí la ventana y me puse a respirar el aire embalsamado de la noche. Un perfume selvático venía a mí por encima de los muros, mezclado con un débil olor a pólvora; esto me hizo recordar aquel volcán sobre el cual vivían y dormían tres mil hombres en una seguridad perfecta. Divisé en la gran muralla del fuerte, separada de la aldea por un camino de cuarenta pasos todo lo más, el resplandor de una luz proyectado por la lámpara de mi joven vecino; su sombra pasaba y repasaba sobre el muro, y vi, por sus charreteras, que no había ni aun pensado en acostarse. Eran las doce. Salí bruscamente de mi habitación y entré en la suya. No se asombró de verme, y dijo en seguida que si aun estaba de pie era por acabar una lectura de Jenofonte que le interesaba mucho. Pero como no hubiese un solo libro abierto en la habitación y tuviese aún en la mano su esquelita de mujer, no me engañó. Sin embargo, fingí creerle. Nos pusimos a la ventana y le dije, tratando de
aproximar mis ideas a las suyas:

-Yo trabajaba por mi parte y trataba de darme cuenta de esa especie de imán que tiene para nosotros el acero de una espada. Es una atracción irresistible que nos tiene en el servicio contra nuestro deseo y hace que esperemos siempre un acontecimiento o una guerra. Yo no sé -y de ello venía a hablarle a usted- si no será verdad decir o escribir que hay en los ejércitos una pasión que les es particular y que les da la vida; una pasión que no tiene ni amor, ni gloria, ni ambición; es una especie de combate cuerpo a cuerpo contra el destino, una lucha que es el origen de mil voluptuosidades desconocidas al resto de los hombres, y cuyos triunfos interiores están llenos de magnificencia; es, en fin, ¡el AMOR AL PELIGRO!

-Es verdad -me dijo Timoleón.

Yo continué:

-¿Qué sostendría si no al marino en el mar? ¿Qué le consolaría en ese fastidio de un hombre que no ve más que hombres? Marcha y dice adiós a la tierra; adiós a la sonrisa de las mujeres;

adiós a su amor; adiós a las amistades escogidas y a las tiernas costumbres de la vida; adiós a los buenos y ancianos padres; adiós a la bella Naturaleza de los campos, a los árboles, al césped, a las flores que huelen bien, a las rocas sombrías, a los bosques melancólicos llenos de animales salvajes; adiós a las grandes ciudades; adiós al trabajo perfecto de las artes, a la agitación sublime de todos los pensamientos en la ociosidad de la vida, a las relaciones elegantes, misteriosas y apasionadas del mundo; dice adiós a todo y marcha. Va a encontrar tres amigos: el agua, el aire y el hombre; y todos los minutos de su vida van a tener que combatir con uno de ellos. Esta magnífica inquietud le libra del fastidio. Vive en una perpetua victoria; victoria es sólo el pasar por encima del océano
sin sumirse en él zozobrando; victoria, el ir adonde quiere e introducirse en los brazos del viento contrario; victoria, el correr delante de la tormenta y hacerse seguir por ella como por un criado; victoria, en fin, el dormir allí, y allí establecer su gabinete de estudio. Se acuesta con el sentimiento de su dignidad real sobre la espalda del océano, como San Jerónimo sobre su león, y goza de la soledad, que es también su esposa.

-Eso es grande -dijo Timoleón. Y noté que dejaba la carta encima de la mesa.

-Y es el amor al peligro lo que le sustenta, lo que hace que jamás esté un momento desocupado, que se sienta en lucha y que tenga un fin. La lucha nos es precisa siempre; si estuviésemos en campaña no sufriría usted tanto.

-¿Quién sabe? -dijo.

-Usted es tan feliz como puede serlo; no puede usted avanzar en su felicidad. Esa felicidad es un verdadero obstáculo.

-¡Es demasiado cierto! ¡Es demasiado cierto! -le oí murmurar.

-Usted no puede impedir que ella tenga un marido joven y un hijo, y no puede usted conquistar más libertad de la que tiene; ¡ahí está su suplicio!

Me estrechó la mano. "¡Y siempre mentir" -dijo-. ¿Cree usted que tendremos guerra?

-Referente a eso no creo una palabra -respondí.

-¡Si pudiese saber solamente si está en el baile esta noche! Yo le había prohibido mucho que fuese.

-Me hubiese dado cuenta sin que usted me hubiese dicho eso de que es media noche -le dije-; no tiene usted necesidad de Austerlitz, amigo mío; está usted bastante ocupado; puede usted disimular y mentir aún por espacio de varios años. Buenas noches.

Capítulo IV

El concierto de familia.

Cuando iba a retirarme, me detuve, con la mano en la llave de la puerta, escuchando con asombro una música bastante próxima y que venía del mismo castillo. Oída desde la ventana, nos pareció formada por dos voces de hombre, una voz de mujer y un piano. Esto era para mí una dulce sorpresa a aquella hora de la noche. Propuse a mi camarada ir a escuchar más de cerca. El pequeño puente levadizo, paralelo al grande y destinado a dejar pasar al gobernador y a los oficiales durante una parte de la noche, estaba abierto aún. Volvimos a entrar en el fuerte, y, rondando por los patios, el sonido mismo nos guió hasta debajo de las ventanas abiertas, que reconocí por las del buen viejo ayudante de Artillería.

Aquellas grandes ventanas estaban en el entresuelo, y, parándonos enfrente, descubrimos, hasta el fondo de la habitación, a la sencilla familia de aquel honrado soldado.

Había en el fondo de la habitación un pianito de madera de caoba, guarnecido de viejos ornamentos de cobre. El ayudante -aun cuando nos había parecido primeramente tan avanzado en edad y tan modesto- estaba sentado ante el teclado y tocaba una sucesión de acordes, de acompañamientos y de modulaciones sencillas, pero armoniosamente unidas entre sí. Tenía los ojos levantados al cielo, y no había ningún papel con música delante de él; tenía la boca entreabierta con delicia, bajo el espesor de sus largos bigotes blancos. Su hija, de pie a su derecha, iba a cantar o acababa de interrumpirse, pues le miraba con inquietud, con la boca entreabierta aún, como él. A su izquierda, un joven suboficial de artillería ligera de la Guardia, vestido con el uniforme severo de aquel cuerpo, miraba a la joven, como si no hubiese cesado de escucharla.

Nada tan tranquilo como su actitud, nada tan decente como sus posturas, nada tan dichoso como sus rostros. El rayo que caía desde lo alto sobre aquellas tres frentes no iluminaba una expresión inquieta, y el dedo de Dios no había escrito en ellas más que bondad, amor y pudor.

El frotamiento de nuestras espadas contra la pared les advirtió que estábamos allí. El buen hombre nos vio, y su frente calva enrojeció de sorpresa, y creo también que de satisfacción. Se levantó apresuradamente y, tomando uno de los tres candeleros que iluminaban la habitación, vino a abrirnos y nos hizo sentar. Les rogamos que continuasen su concierto de familia, y con una sencillez noble, sin excusarse y sin pedir indulgencia, dijo a aquellos niños:

-¿Dónde estábamos?

Y las tres voces se elevaron a coro con indecible armonía.

Timoleón escuchaba sin moverse; yo, por mi parte, ocultando la cabeza y los ojos, me puse a soñar con un enternecimiento que no sé por qué era doloroso. Lo que cantaban elevaba mi alma a regiones de lágrimas y de melancólicas felicidades, y, perseguido quizá por la importuna idea de mis trabajos de por la noche, cambiaba en móviles imágenes las móviles ondulaciones de la voz. Lo que cantaban era uno de esos coros escoceses, una de las antiguas melodías de los bardos, que canta aún el eco sonoro de las Orcadas. Para mí, aquel coro melancólico se elevaba lentamente y se evaporaba de repente, como las nieblas de las montañas de Ossian, esas nieblas que se forman sobre la espuma musgosa de los torrentes del Arven, se espesan lentamente y parecen hincharse y engrosar, subiendo, como una multitud innumerable de fantasmas atormentados y retorcidos por los vientos. Son guerreros que sueñan siempre con el casco apoyado en la mano, y cuyas lágrimas y sangre caen gota a gota en las
negras aguas de las rocas; son bellezas pálidas, cuyos cabellos se prolongan hacia atrás, como los rayos de un cometa lejano, y se funden en el seno húmedo de la luna; pasan de prisa, y sus pies se desvanecen envueltos en los pliegues vaporosos de sus faldas blancas; no tienen alas, y vuelan. Vuelan llevando arpas, vuelan con los ojos bajos y la boca entreabierta con inocencia; lanzan un grito al pasar, y se pierden, subiendo en la dulce luz que las llama. Son navíos aéreos que parecen chocar contra riberas sombrías y sumergirse en espesas olas; las montañas se inclinan para llorarles, y los dogos negros levantan sus cabezas disformes y aúllan mucho tiempo, mirando el disco que tiembla en el cielo, mientras que el mar sacude las columnas blancas de las Orcadas que están en hilera, como los tubos de un órgano inmenso, y derraman sobre el océano una armonía desgarradora y mil veces prolongada en la caverna donde están encerradas las olas.

De este modo, se traducía la música en sombrías imágenes en mi alma, muy joven aún, abierta a todas las simpatías y como enamorada de sus dolores ficticios.

Era, por otra parte, trasladarse al pensamiento de aquel que había inventado aquellos cantos tristes y poderosos el sentirlos de aquella manera. La misma familia feliz experimentaba la fuerte emoción que producían, y una profunda vibración hacía a veces temblar las tres voces.

El canto cesó y le sucedió un largo silencio. La joven, como si estuviese cansada, se había apoyado en el hombro de su padre; era de alta estatura y un poco encorvada, como por debilidad; estaba delgada y parecía haber crecido demasiado de prisa, y su pecho, un poco enjuto, sufría las consecuencias.

Besaba la frente calva, ancha y rugosa de su padre y abandonaba su mano al joven oficial, que la oprimía contra sus labios.

Como me hubiese guardado muy bien, por amor propio, de confesar en alta voz mis sueños interiores, me contenté con decir fríamente:

-¡Que el cielo conceda largos días y toda clase de beneficios a los que tienen el don de traducir la música literalmente! Yo no puedo admirar demasiado a un hombre que encuentra a una sinfonía el defecto de ser demasiado cartesiana, y a otra el de inclinarse hacia el sistema de Spinosa; que pondera el panteísmo de un trío y la utilidad de una obertura para la mejora de la clase más numerosa. Si yo tuviese la dicha de saber como un bemol más en la clave puede volver a un cuarteto de flautas o de fagotes más partidarios del Directorio que del Consulado y del Imperio, no hablaría eternamente, pisotearía palabras y frase son buenas todo lo más para un centenar de departamentos, mientras que tendría la dicha de decir mis ideas muy claramente a todo el universo con mis siete notas. Pero, desprovisto, como lo estoy, de esta ciencia, mi conversación musical sería tan limitada, que el único partido que puedo tomar es el de decirle a usted en lengua vulgar la satisfacción que me causa
sobre todo el cuadro que forman ustedes y el acuerdo lleno de sencillez y de bondad que reina en su familia, hasta el punto de que lo que más me agrada en este pequeño concierto es el placer que encuentran ustedes en él; sus almas me parecen más bellas aún que la más bella música que el cielo haya oído jamás subir a él de nuestra miserable tierra, siempre dolorida.

Tendí la mano con efusión a aquel buen padre, y él la estrechó con la expresión de un reconocimiento grave. No era más que un viejo soldado, pero había en su lenguaje y en sus manos yo no sé qué del antiguo buen tono del mundo. Lo que sigue me lo explicó.

-Vea usted, mi teniente -me dijo-, la vida que llevamos aquí. Descansamos cantando mi hija, mi futuro yerno y yo.

Y al mismo tiempo miraba a aquellos bellos jóvenes con una ternura toda radiante de felicidad.

-Vean ustedes -añadió con un aire más grave, mostrando un retratito-, la madre de mi hija.

Miramos a la pared, blanqueada con yeso, de la modesta habitación, y vimos en ella, en efecto, una miniatura que representaba la más graciosa y la más fresca aldeanita a quien jamás Greuz haya dado grandes ojos azules y boca en forma de cereza.

-Fue una muy gran señora quien tuvo en otro tiempo la bondad de hacer este retrato -me dijo el ayudante-, y es una historia curiosa la de la dote de mi pobre mujercita.

Y a nuestros primeros ruegos de que refiriese su matrimonio, nos habló así, alrededor de los tres vasos de ajenjo verde que tuvo el cuidado de ofrecernos primero ceremoniosamente.

Historia del ayudante

Capítulo V

Los niños de Montreuil y el picapedrero.

-Usted sabe, mi teniente, que yo he sido educado en Montreuil por el mismo señor cura párroco del pueblo. Me había hecho aprender algunas notas del canto llano en el tiempo más feliz de mi vida: el tiempo en que yo era niño de coro, en el que yo tenía abultadas mejillas, frescas y rollizas, que todo el mundo golpeaba con dulzura al pasar; una voz clara, cabellos rubios empolvados, una blusa y unos zuecos. Yo no me miro con frecuencia, pero me imagino que no me parezco nada a este diseño que acabo de hacer. Así estaba hecho, sin embargo, y no podía resolverme a abandonar una especie de clavicordio agrio y discorde que el viejo cura tenía en su casa. Yo lo templaba con bastante buen oído, y el buen padre, que en otro tiempo había sido renombrado en Nuestra Señora por cantar y enseñar el contrapunto, me hacía aprender un viejo cuaderno de solfeo. Cuando estaba contento me pellizcaba las mejillas hasta ponérmelas azules y me decía: "Mira, Mathurín, tú no eres más que el hijo de
un aldeano y de una aldeana; pero si sabes bien tu catecismo y tu solfeo y renuncias a jugar con el fusil enmohecido de la casa, se podrá hacer de ti un maestro de música. Ya ves tú". Con esto me animaba, y golpeaba con todos mis puños los dos pobres teclados, cuyos sostenidos estaban casi todos mudos.

Había horas en las que me estaba permitido pasear y correr; pero el recreo más dulce era ir a sentarme en el extremo del parque de Montreuil y comer mi pan con los albañiles y los obreros que construían en la avenida de Versalles, a cien pasos de la barrera, un pequeño pabellón para la música, por orden de la reina.

Aquel era un lugar encantador, que pueden ustedes ver al llegar a la derecha de la carretera de Versalles. Si al extremo del parque de Montreuil, en medio de un prado de césped rodeado de grandes árboles, distingue usted un pabellón que se asemeja a una mezquita y a una bombonera; eso es lo que yo iba a ver construir.

Cogía de la mano a una niña de mi edad, que se llamaba Petrita, a quien el señor cura hacía cantar también porque tenía bonita voz. Llevaba una gran rebanada de pan con manteca, que le daba la criada del cura, que era su madre, e íbamos a ver construir la casita que hacía edificar la reina para dársela a Madame.

Petrita y yo teníamos alrededor de trece años. La niña era ya tan bella, que la paraban en su camino para hacerle cumplidos, y yo he visto a señoras muy bellas bajarse de la carroza para hablarle y abrazarla. Cuando llevaba una bata roja, realzada en los bolsillos y bien ceñida a la cintura, se veía bien lo que sería un día su belleza. Ella no pensaba en eso y me amaba como si fuera su hermano.

Salíamos siempre llevándonos cogidos de la mano desde nuestra pequeña infancia, y teníamos tan arraigada esta costumbre, que en mi vida le di el brazo. Nuestra costumbre de ir a visitar a los obreros nos hizo adquirir conocimiento con un joven picapedrero ocho o diez años mayor que nosotros. Nos hacía sentar en un morrillo o en el suelo, a su lado, y cuando tenía que aserrar una gran piedra, Petrita echaba agua a la sierra y yo cogía uno de sus extremos para ayudarle; así, él fue mi mejor amigo en este mundo. Era de un carácter muy apacible, muy dulce, y a veces un poco alegre, pero no a menudo. Había compuesto una cancioncita sobre las piedras que tallaba y sobre que eran más duras que el corazón de Petrita, y jugaba de cien maneras con las palabras piedra, Petrita, pedrería, pedrero y pierrot, y eso nos hacía reír a los tres. Era un muchacho

grande, creciendo aún, muy pálido y desmadejado, con largos brazos y grandes piernas, y que a veces tenía el aspecto de no pensar en
lo que hacía. Amaba su oficio -decía- porque podía ganar un jornal a conciencia, no habiendo pensado en otra cosa hasta la puesta del sol. Su padre, arquitecto, se había arruinado de tal manera, yo no sé cómo, que a su hijo le fue preciso labrarse su porvenir desde el principio, y él se había resignado muy apaciblemente. Cuando tallaba un gran bloque o le aserraba a lo largo, comenzaba siempre una cancioncita, en la que había toda una historieta, que construía a medida que trabajaba, en veinte o treinta coplas, poco más o menos.

A veces, me decía que me pasease por delante de él con Petrita, y nos hacía cantar juntos, enseñándonos a cantar por partes; en seguida se divertía haciéndome poner de rodillas delante de Petrita, con la mano en el corazón, y decía las palabras de una pequeña escena que nos hacía repetir después. Esto no le impedía conocer bien su oficio, pues no tardó un año en convertirse en maestro albañil. Tenía que alimentar con su escuadra y su martillo a su pobre madre y a sus dos hermanitos, que iban a verle trabajar con nosotros. Cuando veía a su alrededor a todo su pequeño mundo, renacía en él el valor y la alegría. Le llamábamos Miguel, pero, para decir a ustedes en seguida la verdad, se llamaba Miguel Juan Sedaine.

Capítulo VI

Un suspiro.

-¡Ay! -dije-. He ahí un poeta muy en su lugar.

La joven y el suboficial se miraron, como afligidos, por ver que interrumpían a su buen padre; pero el digno ayudante continuó su historia, después de haber alzado por ambos lados la corbata negra que llevaba, forrada con otra corbata blanca, atada militarmente.

Capítulo VII

La dama del vestido rosa.

-Creo firmemente, mis queridos hijos -dijo volviéndose a su hija-, que la Providencia se ha dignado disponer todos los acontecimientos de mi vida tal y conforme se han realizado. Frente a toda la tierra puedo decir que en las innumerables tormentas que han agitado mi existencia jamás he dejado de confiar en Dios y de esperar su auxilio, después de haberme ayudado yo mismo con todas mis fuerzas. Así, aseguro a ustedes que al andar sobre las agitadas olas no he merecido nunca que me llamasen hombre de poca fe, como lo fue el apóstol, y cuando un pie se hundía levantaba los ojos al cielo y me encontraba de nuevo a flote.

Aquí miré a Timoleón.

-Es mejor que nosotros -le dije en voz baja.

-El señor cura de Montreuil -continuó el ayudante -me quería mucho y me trataba con una amistad tan paternal, que llegué a olvidarme por completo de que había nacido, como él me recordaba sin cesar, de un pobre aldeano y de una pobre aldeana, arrebatados casi a la vez por la viruela, antes de que yo los hubiese visto siquiera. A los dieciséis años era un salvaje y un tonto; pero sabía un poco de latín, mucha música, y en toda clase de trabajos de jardinería me encontraban bastante diestro. Mi vida era muy dulce y muy feliz, porque Petrita estaba siempre allí y yo la miraba a menudo, mientras trabajaba, sin hablarle mucho, sin embargo. Un día que estaba podando las ramas de una de las hayas del parque y liando un pequeño hacecillo, Petrita me dijo: "¡Oh! Mathurín, tengo miedo. Mira esas dos hermosas damas que vienen hacia nosotros por el extremo de la avenida. ¿Qué hacemos?" Miré y vi, en efecto, a dos mujeres jóvenes que andaban de prisa sobre las hojas secas, sin darse el
brazo. Una de ellas era un poco más alta que la otra y vestía una faldita de seda rosa; corría casi al andar. La otra, siempre acompañándola, iba un poco detrás. Instintivamente me sentí lleno de espanto, como un pobre aldeano que era en realidad, y dije a Petrita: "¡Salvémonos!" Pero, ¡bah!, no tuvimos tiempo, y lo que aumentó mi miedo fue el ver que la dama del vestido rosa hacía señas a Petrita, que se puso toda sofocada, sin atreverse a dar un paso, y me cogió en seguida de la mano para darse ánimos. Yo, por mi parte, me quité la gorra y me recosté contra el árbol, completamente asustado. Cuando la dama llegó hasta nosotros se fue derecha a Petrita y la cogió por la barbilla para enseñársela a la otra dama, diciendo: "¡Ah! Bien os lo decía yo; éste es mi

traje de lechera para el jueves. ¡Qué muchachita más linda! Hija mía, darás el vestidito que tienes puesto a las personas que vengan a pedírtelo de mi parte, ¿no es eso? Yo te enviaré otro mío en cambio". "¡Oh, señora!"
-dijo Petrita retrocediendo. La otra joven dama se sonrió con aire fino, tierno y melancólico, cuya afectuosa expresión no se borrará de mi memoria. Se adelantó con la cabeza inclinada, y, cogiendo dulcemente el desnudo brazo de Petrita, le dijo que se aproximase y que era preciso que todo el mundo hiciese la voluntad de aquella señora.

-No se te vaya a ocurrir cambiar nada del traje, mi bella niña -advirtió la dama de rosa, amenazándola con un bastoncillo de junco con puño de oro que llevaba en la mano. Luego dijo:

-Mira un guapo muchacho, que será soldado, y os casaré.

Era tan bella, que me acuerdo de la tentación increíble que tuve de ponerme de rodillas; se reirán ustedes de este dato, y yo mismo he reído después muchas veces; pero si la hubiesen ustedes visto, lo comprenderían. Parecía un hada buena.

Hablaba de prisa y alegremente, y, dándole a Petrita un cachetito en las mejillas, nos dejó allí a los dos, sorprendidos y atontados, sin saber qué hacer. Y vimos que las dos damas se seguían la avenida del lado de Montreuil y se internaban en la parte de atrás del bosquecito.

Entonces nos miramos los dos, y, llevándonos siempre cogidos de la mano, volvimos a casa del señor cura; no dijimos nada, pero estábamos muy contentos. Petrita estaba toda sofocada, y yo tenía la cabeza baja. El señor cura nos preguntó qué era lo que teníamos, y yo le respondí con un tono muy serio:

-Señor cura, yo quiero ser soldado.

Pensó caerse de espaldas. ¡Él, que me había enseñado el solfeo!

-¡Cómo, hijo mío! -me dijo-. ¿Quieres abandonarme? ¡Ah, Dios mío! ¿Qué es lo que le han hecho, Petrita, para que quiera ser soldado? ¿Es que ya no me quieres, Mathurín? ¿Es que tampoco quieres ya a Petrita? ¿Qué es lo que te hemos hecho, di? ¿Y qué vas a hacer de la buena educación que te he dado? Será tiempo perdido, a buen seguro. ¡Pero responde ya, mal sujeto! -añadió, sacudíendome por el brazo.

Yo me rascaba la cabeza y decía siempre, mirándome a los zuecos:

-Yo quiero ser soldado.

La madre de Petrita trajo un gran vaso de agua fría al señor cura, porque se había puesto muy encarnado, y se echó a llorar.

Petrita lloraba también y no se atrevía a decir nada; pero no estaba enfadada conmigo, pues sabía muy bien que si quería marcharme era por casarme con ella.

En aquel momento, dos elegantes lacayos empolvados entraron con una doncella, que tenía el aspecto de una señora, y preguntaron si había preparado la joven las prendas que le habían pedido la reina y la señora princesa de Lamballe.

El pobre cura se levantó tan turbado que no pudo estarse de pie un minuto, y Petrita y su madre se echaron a temblar con tal fuerza, que no se atrevieron a abrir un cofrecito que les enviaban a cambio del vestido y de la papalina, y se fueron a que la niña se desnudase, poco más o menos como va uno a que lo fusilen.

Una vez solo conmigo, el cura me preguntó qué era lo que había pasado, y le conté lo que acabo de referir, pero de una manera algo más breve.

-¿Y es por eso por lo que quieres marcharte, hijo mío? -me dijo, cogiéndome las manos-; pues hazte cargo de que la dama más grande de Europa no ha hablado así a un aldeanito como tú sino por distracción y sin saber siquiera lo que te decía. Si le contasen que has tomado lo que te ha dicho por una orden o por un horóscopo, diría que eres un bendito que podías ser jardinero toda la vida, puesto que a ella le da igual. Lo que ganes trabajando el jardín y lo que ganarás enseñando la música vocal, te pertenecerá, amigo mío, mientras que lo que ganes en un regimiento no te pertenecerá y tendrás mil ocasiones de malgastarlo en placeres prohibidos por la religión y la moral; perderás todos los buenos principios que te he dado y harás que me avergüence de ti. Volverás -si es que vuelves- con otro carácter distinto al que recibiste al nacer. Tú eres dulce, modesto y dócil, y te harás brusco, imprudente y alborotador. La pequeña Petrita no se someterá por cierto a ser la mujer de un
calavera, y aun cuando ella lo quisiera, su madre se opondría a ello; y yo, ¿qué podré hacer por ti si llegas a olvidarte de la Providencia? Y te olvidarás de la Providencia; te aseguro que acabarás por eso.

Yo permanecí con los ojos fijos en los zuecos y las cejas fruncidas, poniendo hocico, y dije, rascándome la cabeza:

-Es lo mismo: yo quiero ser soldado.

El buen cura no insistió más, y, abriendo la puerta de par en par, me señaló el camino con tristeza.

Comprendí la pantomima y salí. Yo, en su lugar, hubiese hecho otro tanto, seguramente. Pero lo pienso ahora, pues aquel día no pensé nada. Me puse mi gorro de algodón tirado hacia la oreja derecha, me levanté el cuello de la blusa, cogí mi bastón y me marché derecho a un pequeño cabaret que había en la avenida de Versalles, sin decir adiós a nadie.

Capítulo VIII

La posición en primera línea.

En aquel pequeño cabaret encontré tres valientes cuyos sombreros estaban galoneados de oro. Llevaban uniforme blanco con solapas rosa, los bigotes encerados de negro, el cabello empolvado, y hablaban como charlatanes. Aquellos valientes eran tres honrados reclutadores. Me dijeron que no tenía más que sentarme a la mesa con ellos para darme una idea justa de la dicha perfecta que se gozaba eternamente en el Royal Auvergne. Me hicieron comer pollo, corzo y perdices, y beber vino de Burdeos y de Champaña y excelente café; me juraron por su honor que en el Royal Auvergne no tendría nunca otro cuido.

Después vi, en efecto, que habían dicho verdad.

Me juraron también, pues juraban con mucha frecuencia, que en el Royal Auvergne se gozaba de la más dulce libertad; que allí los soldados eran infinitamente más felices que los capitanes de los demás cuerpos; que se gozaba de una sociedad muy agradable, tanto de hombres como de bellas damas; que gustaban mucho de la música, y, sobre todo, que se apreciaba grandemente a los que tocaban el piano. Esta última circunstancia me decidió.

Así, pues, al día siguiente tenía el honor de ser soldado en el Royal Auvergne. Era un cuerpo bastante bueno, es cierto; pero yo no veía a Petrita ni al señor cura. Pedí pollo al comer y me dieron esa agradable mezcla de patatas, cordero y pan que se llamaba, se llama y se llamará rancho. Me hicieron aprender la posición del soldado, sin armas, con una perfección tan grande, que después serví de modelo al dibujante que hizo las planchas de la ordenanza de 1791, que, como usted sabe, mi teniente, es una obra maestra de precisión. Me enseñaron la escuela del soldado y la escuela del pelotón, de manera que supiese ejecutar la carga en doce tiempos, las cargas precipitadas y las cargas a voluntad tan perfectamente como el más rígido de los cabos del rey de Prusia, Federico el Grande, del que los viejos se acordaban aún con el enternecimiento de las gentes que aman a los que les golpean. Me hicieron el honor de prometerme que si me portaba bien acabaría por ser admitido en la primera compañía de granaderos. Pronto tuve un mechón de cabellos empolvados, que caía sobre mi chaqueta blanca con bastante nobleza; pero ya no veía nunca ni a Petrita, ni a su madre, ni al señor cura de Montreuil, y no ejercitaba la música.

Cierto día, estando alojado en el mismo cuartel en que estamos ahora, por haber cometido tres faltas en el manejo de las armas, me colocaron en la posición de fuego de la primera línea, con una rodilla en tierra y teniendo frente a mí un sol deslumbrador y soberbio, que me veía obligado a mirar de frente con una inmovilidad perfecta, hasta que la fatiga me hizo doblar los brazos por la sangría. Me daba ánimos para sostener el arma la presencia de un honrado cabo que de vez en cuando levantaba mi bayoneta con la culata de la suya, cuando aquélla se iba bajando. Era un pequeño castigo de la invención de M. de Saint-Germain.

Hacía veinte minutos que me aplicaba a esperar el más alto grado de petrificación posible en aquella actitud, cuando vi al extremo de mi fusil la cara dulce y apacible de mi buen amigo Miguel, el picapedrero.

-Vienes muy a tiempo, amigo mío -le dije-, y me harás un gran favor si quieres poner un momento, sin que nadie se dé cuenta, tu bastón debajo de mi bayoneta. Mis brazos se encontrarán mejor y el bastón no se encontrará muy mal.

-¡Ah, Mathurín, amigo mío! -me dijo-. Ya estás bien castigado por haber abandonado a Montreuil; ya no tienes las lecturas ni los consejos del buen cura, y vas a olvidar en seguida esa música que tanto te gustaba, y que por cierto valdría mucho más que la de la parada.

-No importa -dije levantando la punta del cañón del fusil y desviándolo del bastón por orgullo-, cada uno tiene sus ideas.

-Ya no cultivarás más los espaldares ni los bellos melocotones de Montreuil con tu Petrita, que es tan fresca como ellos y, como ellos, tiene también en su piel una fina pelusilla.

-No importa -dije otra vez-; yo tengo mis ideas.

-Pasarás mucho tiempo de rodillas, tirando al aire con una bala de madera, antes de ser solamente cabo.

-No importa -dije de nuevo- si asciendo con lentitud; por lo menos, es seguro que ascenderé. Todo llega en este mundo para el que sabe esperar, como es costumbre decir; y cuando sea sargento ya seré alguien y me casaré con Petrita. Un sargento es un señor, y a gran señor, gran honor.

Miguel suspiró.

-¡Ah, Mathurín, Mathurín! -me dijo-. Tú no eres prudente y tienes demasiado orgullo y ambición, amigo mío. ¿No preferirías que te reemplazasen, si alguien pagase por ti, e ir a casarte con tu pequeña Petrita?

-¡Miguel, Miguel! -le dije-. Tú te has echado a perder mucho en el mundo; no sé lo que te haces, y no me parece que tienes el aspecto de ser albañil, pues en lugar de blusa llevas un traje negro de terciopelo; pero no me hubieras dicho lo mismo en los tiempos en que repetías sin cesar: "Es preciso que cada uno se haga su suerte". Yo no quiero casarme con el dinero de los demás, y me hago yo mismo mi suerte, como tú ves. Por otra parte, la reina es quien me ha metido esto en la cabeza, y la reina no puede engañarse juzgando lo que se debe hacer. Ella misma me ha dicho: "Serás soldado y os casaré"; pero no ha dicho: "Volverá después de haber sido soldado".

-Pero -dijo Miguel- si por casualidad la reina quisiese darte dinero para que te casases, ¿lo tomarías?

-No, Miguel; no lo tomaría si, cosa que es imposible, me lo ofreciesen.

-¿Y si Petrita ganase ella misma su dote?

-Sí, Miguel; en ese caso me casaría en seguida -le respondí.

Aquel buen muchacho estaba enternecido.

-¡Pues bien! Se lo diré a la reina.

-¿Es que estás loco -le dije-, o es que estás de criado en su casa?

-Ni lo uno ni lo otro, Mathurín; es que ya no labro piedra.

-¿Pues qué labras entonces? -le dije.

-¡Ah!, pues labro obras, papel y pluma.

-¡Bah! -le dije-, ¿es posible?

-Sí, amigo mío; hago piececitas muy sencillas y muy fáciles de comprender. Ya te las enseñaré.

-En efecto -dijo Timoleón, interrumpiendo al ayudante-; las obras del buen Sedaine no están construidas sobre cuestiones muy difíciles; no se encuentra en ellas ninguna síntesis acerca de lo finito y lo infinito, acerca de las causas finales, la asociación de las ideas y de la identidad personal; en ellas no se mata ni a reyes ni a reinas mediante el veneno o el cadalso; no llevan nombres sonoros rodeados de sus traducciones filosóficas: se llaman Blas, El cordero perdido, El desertor o El jardinero y su señor, La apuesta imprevista; son gentes muy sencillas, que dicen la verdad y que son filósofos sin saberlo, como el mismo Sedaine, a quien tengo por el filósofo más grande que ha existido.

-¡Mejor que mejor! -le dije-; tanto me gusta verte trabajar en eso como en las piedras.

-¡Ah! Lo que edificaba entonces valía más que lo que construyo ahora. Aquello no pasaba de moda y permanecía mucho tiempo en pie. Pero al caer podía aplastar a alguien, mientras que, aun cuando caiga, lo de ahora no aplasta a nadie.

-Es lo mismo; de todos modos, estoy muy contento -dije.

Es decir, hubiese dicho, pues el cabo vino a dar un culatazo, tan horrible en el bastón de mi amigo Miguel, que lo envió allí, vean ustedes; allí cerca del polvorín.

Al mismo tiempo dio orden de que sufriese dos días de calabozo el centinela que había dejado entrar a un paisano.

Sedaine comprendió que era preciso marcharse; recogió apaciblemente su bastón y al salir por el lado del bosque me dijo:

-Te aseguro, Mathurín, que contaré todo esto a la reina.

Capítulo IX

Una sesión.

Mi pequeña Petrita era una bella niña de carácter decidido, tranquilo y honrado. No se desconcertaba fácilmente, y desde que había hablado con la reina no se dejaba ya amonestar así como así; sabía muy bien decir al señor cura y a su criada que quería casarse con Mathurín, y se

levantaba de noche para trabajar en su trousseau como si no me hubiesen despedido para mucho tiempo, quizá para toda la vida. Un día -era lunes de Pascua, siempre lo recordaba la pobre Petrita y me lo contaba muchas veces- estaba sentada a la puerta del señor cura trabajando y cantando como si tal cosa, cuando vio llegar de prisa, de prisa, una bella carroza cuyos seis caballos trotaban por la avenida con un lujo maravilloso, montados por dos pequeños postillones empolvados y vestidos de rosa, muy lindos y tan pequeños, que desde lejos no se les veía más que sus grandes botas de montar. Llevaban ramitos de flores en la chorrera, y los caballos los llevaban también encima de las orejas.

Y mira por dónde el caballerizo que corría delante se puso precisamente ante la puerta del señor cura, en donde el coche tuvo la bondad de pararse también y se dignó abrirse de par en par.

No había nadie dentro. Como Petrita mirase con ojos de asombro, el caballerizo se quitó el sombrero muy cortésmente y le rogó que tuviese la amabilidad de montar en la carroza.

¿Creerán ustedes quizá que Petrita se excusó? Nada de eso; tenía demasiado buen sentido para hacerlo. Se quitó simplemente los zuecos, que dejó a la entrada de la puerta, se puso sus zapatos con hebillas de plata, dobló cuidadosamente la labor y montó en la carroza apoyándose en el brazo del lacayo, como si no hubiese hecho otra cosa en la vida, pues desde que había cambiado de vestido con la reina no vacilaba ante nada.

Me dijo muchas veces que en el coche se había llevado dos grandes sustos: el primero, porque iba tan de prisa que los árboles de la avenida de Montreuil le parecían correr como locos uno tras otro; el segundo, porque creía que sentándose en los grandes cojines de la carroza dejaría en ellos una mancha azul y amarilla del color de su refajo. Se lo levantó hasta el talle y se mantuvo muy derecha en el borde del cojín, sin atormentarse por la aventura y comprendiendo bien que en circunstancias semejantes se debe hacer lo que piden de uno con franqueza y sin titubear.

Como consecuencia de este sentimiento justo de su posición, que le daba una naturaleza feliz, dulce y dispuesta al bien y a la verdad en todas las cosas, se dejó perfectamente dar el brazo por el caballerizo y conducir en el Trianón por las doradas habitaciones, donde solamente tuvo el cuidado de andar de puntillas en atención a los entarimados de limoncillo y de madera de las Indias, que temía rayar con los clavos de sus zapatos.

Cuando entró en la última habitación oyó una risita jovial, compuesta de dos voces muy dulces, que la intimidó un poco e hizo que su corazón latiese con mucha viveza; pero al entrar se tranquilizó en seguida: no era otra que su amiga la reina.

Madame de Lamballe estaba con ella, pero sentada en el alféizar de una ventana e instalada ante un pupitre de pintar en miniatura. Sobre el verde tapete del pupitre había un trozo de marfil muy preparado; al lado del marfil, pinceles; al lado de los pinceles, un vaso de agua.

-¡Ah! ¡Ya está aquí! -dijo la reina con aire de fiesta, y corrió a cogerle ambas manos.

-¡Qué fresca y bonita es! ¡Qué lindo modelo para vos! ¡Vamos, no perdáis detalle, madame Lamballe! Ponte ahí, hija mía.

Y la bella María Antonieta le hizo sentarse en una silla a la fuerza. Petrita estaba toda sorprendida, y su silla era tan alta, que los piececitos le quedaban en vilo y se balanceaban.

-Pero mirad qué bien está -continuó la reina-; no se hace repetir dos veces las cosas; apuesto a que tiene ingenio. Tente derecha, hija mía, y escúchame. Van a venir aquí dos señores. Que los conozcas o no, no le hace, y no te interesa. Harás todo lo que te manden hacer. Yo sé que tú cantas, y cantarás. Cuando te digan que entres y que salgas, que vayas y vengas, entrarás y saldrás, irás y vendrás con mucha exactitud. ¿Oyes? Todo es por tu bien. Madame Lamballe y yo les ayudaremos a enseñarte algo que tengo pensado, y no pedimos por nuestro trabajo sino que estés quieta todos los días una hora delante de la señora; esto no te aflige mucho, ¿verdad?

Petrilla no respondía más que poniéndose encarnada y pálida a cada palabra; pero estaba tan contenta, que hubiese querido abrazar a la reina como a una compañera.

Como estaba colocada con los ojos vueltos hacia la puerta, vio entrar a dos hombres, uno grueso y otro alto. Cuando vio a este último no pudo menos de gritar:

-¡Anda, si es...!

Pero se mordió un dedo para hacerse callar.

-Y bien: ¿cómo la encuentran ustedes, señores? dijo la reina-. ¿Me he equivocado?

-¿No es la misma Rosa? -dijo Sedaine.

-Una sola nota, señora -dijo el más grueso de los dos-, y sabré si es la Rosa de Monsigny del mismo modo que es la de Sedaine.

-Vamos, hija mía, repita usted esta escala -dijo Grétry, cantando do, re, mi, fa, sol.

Petrita la repitió.

-Tiene una voz divina, señora -dijo Grétry.

La reina palmoteó y saltó diciendo:

-Ganará su dote.

Capítulo X

Una hermosa velada.

Dicho esto, el honrado ayudante tomó un sorbo de su vasito de ajenjo, invitándonos a imitarle, y después de haberse limpiado el blanco bigote con un pañuelo rojo y de haberle dado vueltas un instante entre sus toscos dedos, prosiguió así:

-Si yo supiese, mi teniente, dar sorpresas como se dan en los libros, y hacer esperar el final de la historia teniendo la gragea lejos de los oyentes, y después hacérsela gustar con la punta de los labios, levantarla nuevamente, y luego dársela por entero a comer, encontraría un modo nuevo de decirles la continuación de esta historia; pero yo voy derecho al grano, sencillamente, como ha transcurrido mi vida día por día, y diré a ustedes que, desde aquél en que mi pobre Miguel había ido a verme a Vincennes, y me había encontrado en la posición de primera línea, adelgacé de un modo ridículo, porque no volví a oír hablar de nuestra pequeña familia de Montreuil, y llegué a pensar que Petrita me había olvidado por completo. El regimiento de Auvergne estaba en Orleáns desde hacía tres meses, y el mal del país comenzaba a apoderarse de mí. Me ponía amarillo a ojos vistas y ya no podía sostener el fusil. Mis camaradas empezaban a sentir por mí un gran desprecio, como ustedes saben
que sucede a todos los enfermos de aquí.

Había algunos que me desdeñaban porque me creían muy enfermo, y otros porque sostenían que fingía estarlo, y en este último caso no me quedaba otro partido que morirme, para probar que decía verdad, no pudiendo restablecerme por completo, ni estar lo bastante mal para acostarme: fastidiosa situación.

Un día, un oficial de mi compañía salió a mi encuentro y me dijo:

-Mathurín, tú, que sabes leer, lee esto.

Y me condujo a la plaza de Juana de Arco; Plaza que me es querida, y en la que leí un gran cartel de espectáculos donde se había impreso lo siguiente:

El lunes próximo, representación extraordinaria de Irene, pieza nueva de M. de Voltaire, y de Rosa y Colás, de M. Sedaine, música de M. Monsigny, a beneficio de madamoiselle Colombe, célebre cantante de la Comedia Italiana, quien aparecerá en la segunda pieza. Su majestad la reina se ha dignado prometer que honrará el espectáculo con su presencia.

-Y bien, mi capitán -dije-, ¿qué puede importarme esto?

-Tú eres un buen sujeto -me dijo- y un guapo muchacho; haré que te empolven y te ricen, para darte un poco mejor aspecto, y serás colocado en facción a la puerta del palco de la reina.

Como lo dijo lo hizo. Llegada la hora del espectáculo, me encontré en el corredor, con el uniforme de gala del regimiento de Auvergne, sobre una alfombra azul, en medio de las guirnaldas de flores formando festones que se habían dispuesto por todas partes, y de los lirios esparcidos por todos los peldaños de las escaleras del teatro. El director corría por todos lados con aspecto muy jovial y agitado. Era un hombrecillo grueso y colorado, vestido con un traje de seda azul cielo, con una chorrera floreciente en forma de rueda. Se agitaba en todos sentidos y no cesaba de ponerse en la ventana, diciendo:

-Éstos son los lacayos de la señora duquesa de Montmorency; aquél, el del señor duque de Lauzun; su alteza el príncipe de Guéménée acaba de llegar; el señor Lambesc viene detrás. ¿Han visto ustedes? ¿Se han enterado? ¡Qué buena es la reina! ¡Qué buena es!

Pasaba y repasaba aturdido, buscando a Grétry, y se dio de narices con él en el comedor, precisamente frente a mí.

-Dígame usted, señor Grétry, dígame usted, se lo suplico, si me es posible hablar a esa célebre cantante que me trae usted. Ciertamente no está permitido a un ignorante iletrado como yo alimentar la más ligera duda sobre su talento; pero aun así y todo quisiera que me asegurase usted que no hay temor de que la reina quede descontenta. No se ha ensayado.

-¡Ah! ¡Ah! -respondió Grétry con aire de guasa-. Me es imposible responder a usted acerca de eso, mi querido amigo; lo que puedo asegurarle es que no la verá usted. Una actriz como ésa, amigo mío, es un niño mimado. Pero ya la verá usted cuando entre en escena. Por otra parte, aunque fuese otra que mademoiselle Colombe, ¿qué le importaría a usted?

-¿Cómo, amigo mío? Yo, el director del teatro de Orleáns, ¿no tendría derecho?... -exclamó inflando las mejillas.

-Ningún derecho, mi buen director -dijo Grétry-. ¡Ah! ¿Cómo puede creerse que dude de un talento del que hemos respondido Sedaine y yo? -prosiguió con tono más serio.

Me alegró el oír citar con autoridad aquel nombre y puse más atención.

El director, como hombre que sabía su oficio, quiso aprovechar la circunstancia.

-Pero, entonces, ¿no se cuenta conmigo para nada? -decía- ¿Por quién se me toma? He prestado mi teatro con un placer infinito, muy dichoso de ver que la augusta princesa...

-A propósito -dijo Grétry-: sepa usted que estoy encargado de anunciarle que esta tarde la reina hará que se le entregue a usted una suma igual a la mitad del ingreso general.

El director saludó con una profunda reverencia, retrocediendo siempre, cosa que probaba el placer que le proporcionaba esta nueva.

-¡Quite allá, amigo mío! ¡Quite allá! No hablo de eso, a pesar del respeto con que recibo ese favor; pero usted no me ha hecho esperar nada que viniese de su genio, y...

-¿Sabe también que en usted consiste el que dirija usted o no la Comedia Italiana de París?

-¡Oh! Señor Grétry...

-No se habla más que de su mérito en la corte; allí le quiere a usted mucho todo el mundo, y por eso la reina ha querido ver su teatro. Un director es el alma de todo; de él dependen decoradores, dibujantes, faroleros y barrenderos; es el principio y el fin de todo; la reina lo sabe bien. Espero que habrá triplicado usted el precio de las localidades.

-Mejor que eso, señor Grétry; cuestan un luís; yo no podía faltar el respeto a la Corte hasta el punto de ponerlas a menos.

En aquel mismo momento, todo resonó, por un gran ruido de caballos y por grandes gritos de alegría, y la reina entró tan de prisa, que apenas tuve tiempo de presentar las armas, lo mismo que pasó al centinela colocado delante de mí. La siguieron unos señores elegantes y perfumados y una mujer joven, a quien reconocí por aquella que la acompañaba en Montreuil.

El espectáculo comenzó en seguida. El Kain y otros cinco actores de la Comedia Francesa habían ido a representar la tragedia Irene, y me di cuenta de que aquella tragedia seguía siempre su curso porque la reina hablaba y reía todo el tiempo que duró. No aplaudía nadie, por respeto a ella, como, según creo, es costumbre aún en la Corte. Pero cuando comenzó la ópera cómica, ya no dijo ni una palabra, y nadie respiró en su palco.

De repente oí una gran voz de mujer que se elevaba de la escena y me estremeció las entrañas; temblé y me vi obligado a apoyarme en el fusil. No había más que una voz como aquella en el mundo, una voz que salía del corazón y resonaba en el pecho como un arpa, una voz de pasión.

Escucho aplicando el oído a la puerta, y a través de la cortina de gasa del pequeño respiradero del palco pude ver a medias los comediantes y la pieza que se representaba; había una persona pequeña que cantaba:

Él era un pájaro gris,
como un ratón,
que hizo para sus pequeños
un pequeño nido.
Y decía a su amante:
Amadme, amadme, mi pequeño rey.

Y como estaba sentado sobre la ventana, ella tenía miedo de que su padre, dormido, se despertase y viese a Colás; y cantaba el refrán de su canción diciendo:

¡Ah! Subid vuestras piernas, porque se ven.

Un escalofrío extraordinario recorrió todo mi cuerpo cuando vi hasta qué punto se parecía aquella Rosa a Petrita; era su estatura, su mismo traje, su vestido rojo y azul, su enagua blanca, su airecito resuelto e ingenuo, su pierna tan bien hecha y sus zapatos de hebillas de plata, con sus medias encarnadas y azules.

-¡Dios mío! -me decía a mí mismo-, ¡qué hábiles tienen que ser estas actrices para adoptar así, en seguida, el aspecto de otras mujeres! ¡Hay que ver esta famosa madamoiselle Colombe, que habita en un hermoso hotel, que ha venido aquí en posta, que tiene muchos lacayos, que va en París vestida como una duquesa y que se parece tanto a Petrita!; pero bien se ve en seguida que no es ella. Mi pobre Petrita no cantaba tan bien, aun cuando su voz sea, por lo menos, tan bonita como ésta.

Sin embargo, no podía dejar de mirar a través del cristal, y así permanecí hasta el momento en que me dieron bruscamente con la puerta en las narices. La reina tenía demasiado calor y quería que estuviese el palco abierto. Oí su voz; hablando alto y de prisa.

-Estoy muy contenta; el rey se divertirá mucho con nuestra aventura. El primer gentilhombre de cámara puede decir a mademoiselle Colombe que no se arrepentirá de haberme dejado hacer los honores en su nombre. ¡Oh! ¡Cómo me divierte esto!

-Mi querida princesa -decía a madame de Lamballe-, hemos atrapado aquí a todo el mundo... Todos los que están aquí hacen una buena acción sin sospecharlo. Ved ahí a los de la buena villa de Orleáns encantados de la gran cantante, y toda la Corte, que querrá aplaudirla. Sí, sí; aplaudamos.

Al mismo tiempo dio la señal de los aplausos, y toda la sala, al tener las manos desencadenadas, no dejó ya pasar una palabra de Rosa sin aplaudirla estrepitosamente. La encantadora reina estaba entusiasmadísima.

-Aquí hay -dijo a monsieur de Biron- tres mil enamorados; pero esta vez lo están de Rosa y no de mí.

La representación acababa y las mujeres se apresuraban a echar a Rosa sus ramilletes.

-Y el verdadero enamorado, ¿dónde está? -dijo la reina al señor duque de Lauzun, quien salió del palco e hizo señas a mi capitán, que rondaba por el corredor.

El temblor se apoderó nuevamente de mí; comprendía que iba a ocurrirme algo, sin atreverme a preverlo o a comprender o a pensar en ello solamente.

Mi capitán saludó profundamente y habló bajo a monsieur de Lauzun. La reina me miró; me apoyé en la pared para no caer. Por la escalera subía alguien, y vi a Miguel Sedaine, seguido de Grétry y del importante y necio director, que conducían a Petrita, a la verdadera Petrita, a la Petrita mía, a mihermana, a mi mujer, a mi Petrita de Montreuil.

El director gritó desde lejos: "¡He aquí una hermosa velada de dieciocho mil francos!"

La reina se volvió, y hablando fuera de la habitación con un tono a la vez lleno de franca alegría y de benévola fineza, cogió una mano de Petrita.

-Ven, hija mía -dijo-. No hay otra manera de ganar la dote en el término de una hora sin pecado. Mañana conduciré a mi discípula al señor cura de Montreuil, quien espero nos absolverá a las dos. Te perdonará el haber representado comedias una vez en tu vida; es lo menos que podría hacer una mujer honrada.

En seguida me saludó. ¡Saludarme a mí, que estaba medio muerto! ¡Qué crueldad!

-Espero -dijo- que el señor Mathurín querrá aceptar ahora la fortuna de Petrita. Yo no le añado nada; ella misma la ha ganado.

Capítulo XI

Fin de la historia del ayudante.

Aquí el buen ayudante se levantó para coger el retrato e hizo que pasase una vez más de mano en mano.

-Véanla ustedes -decía-, con el mismo vestido, la papalina y el pañuelo al cuello; véanla tal y como quiso pintarla la señora princesa de Lamballe. Ésta es tu madre, hija mía -decía a la bella joven, que estaba sentada en sus rodillas-; no volvió a representar otra comedia, pues no pudo saber nunca más que el papel de Rosa y Colás que le enseñó la reina.

Estaba emocionado. Su viejo bigote blanco temblaba un poco y tenía una lágrima encima.

-He aquí una niña que mató a su pobre madre al nacer -añadió-; es preciso amarla mucho para perdonárselo; pero, en fin, todo no podemos poseerlo a la vez. Al parecer, hubiese sido demasiado para mí, puesto que la Providencia no lo ha querido. He rodado después con los cañones de la República y del Imperio, y puedo decir que de Marengo a Moscowa he visto cosas muy bellas; pero no he tenido en mi vida día más hermoso que el que acabo de referir a ustedes. El día en que entré en la Guardia Real fue también uno de los mejores que he tenido. ¡Tomé nuevamente con tanta alegría la escarapela blanca que llevaba en el Royal Auvergne! Y por eso, mi teniente, procuro cumplir con mi deber como han visto ustedes. Creo que me moriría de vergüenza si mañana, en la inspección, me faltase un cartucho solamente, y creo que han cogido un barril, en el último ejercicio de tiro, para los cartuchos de la infantería. Tendría casi ganas de ir a verlo, si no estuviese prohibido entrar con luces.

Le rogamos que se tranquilizase y permaneciese con sus hijos, quienes le hicieron desistir de su propósito, y, acabando su vasito, nos contó aún algunos rasgos indiferentes de su vida: no había tenido ascensos porque le habían gustado siempre demasiado los cuerpos escogidos y se había ligado excesivamente a su regimiento. Artillero en la Guardia de los cónsules, sargento en la Guardia Imperial, le habían parecido siempre más altos grados que oficial de línea. Yo he visto muchos veteranos semejantes. Por lo demás, cuantas dignidades puede tener un soldado las tenía él: fusil de honor con abrazaderas de plata; cruz de honor pensionada, y, sobre todo, hermosas y

nobles hojas de servicio, en las que la columna de las acciones estaba llena. Aquello era lo que no refería nunca.

Eran las dos de la mañana. Pusimos término a la velada levantándonos y estrechando cordialmente la mano de aquel buen hombre, y les dejamos felices por las emociones de su vida, que acababa de renovar en su alma honrada y buena.

-¡Cuánto más vale ese viejo soldado, con su resignación -dije-, que nosotros, jóvenes oficiales, con muchas ambiciones locas!

Esto nos dió motivo para pensar.

-Sí, creo -continué, pasando el puentecito, que levantaron cuando hubimos pasado-, creo que lo más puro que hay en nuestros tiempos es el alma de un soldado semejante, escrupuloso de su honor y creyéndole mancillado por la menor falta de disciplina o la menor negligencia; sin ambición, sin vanidad, sin lujo, siempre esclavo y siempre orgulloso y contento con su servidumbre, sin tener en su vida otra cosa querida que un recuerdo de reconocimiento.

-¡Y creyendo que la Providencia tiene puestos en él sus ojos! -me dijo Timoleón, profundamente afectado, y dejándome para retirarse a su cuarto.

Capítulo XII

El despertar.

Hacía una hora que dormía; eran las cuatro de la mañana; fue el 17 de agosto, no lo he olvidado. De repente, mis dos ventanas se abrieron a la vez, y todos sus vidrios rotos cayeron a mi habitación, con un ruido argentino muy agradable al oído. Abrí los ojos y vi una humareda blanca, que entraba dulcemente en mi cuarto y llegaba hasta mi cama, formando mil coronas. Me puse a mirarla con ojos un tanto sorprendidos y la reconocí en seguida, tanto en el color como en el olor. Corrí a la ventana. El día comenzaba a clarear e iluminaba con tiernos resplandores todo aquel viejo castillo, inmóvil y silencioso aún, y que parecía presa del estupor del primer golpe que acababa de recibir. No vi moverse nada en él. Solamente el viejo granadero, colocado sobre la muralla y encerrado allí con cerrojo, según la costumbre, se paseaba muy de prisa con el arma al brazo, mirando hacia el lado de los patios. Andaba como un león en su jaula.

Todo callaba aún: yo empezaba a creer que la causa de aquella conmoción había sido una prueba de armas en los fosos, cuando se dejó oír una explosión más violenta. Al mismo tiempo vi nacer un sol que no era el del cielo y que se extendía sobre la última torre del lado del bosque. Sus rayos eran rojos, y al extremo de cada uno de ellos había un obús que estallaba; delante de ellos, una niebla de pólvora. Esta vez, el torreón, los cuarteles, las torres, las murallas, las sillas y los bosques temblaron, y pareció que se deslizaban de izquierda a derecha y que volvían a su lugar, como un cajón que se abre y se cierra inmediatamente. En aquel momento comprendí los temblores de tierra. Un estrépito semejante al que producirían todas las porcelanas de Sèvres tiradas por la ventana me hizo comprender perfectamente que de todas las vidrieras de la capilla, de todos los cristales del castillo, de todos los vidrios de los cuarteles y de la villa no quedaba ni un pedazo de cristal unido
al mástique. La humareda se disipó en pequeñas coronas.

-La pólvora es muy buena cuando forma coronas como ésas -me dijo Timoleón entrando en mi cuarto vestido y armado por completo.

-Me parece que volamos -le dije.

-No digo yo lo contrario -me respondió fríamente-. Hasta ahora no hay nada que hacer.

En tres minutos estuve como él, vestido y armado, y miramos en silencio el silencioso castillo.

Veinte tambores dejaron oír el toque de generala a un mismo tiempo; las murallas salían de su estupor y de su impasibilidad y llamaban en su socorro. Los brazos del puente levadizo comenzaron a descender lentamente y bajaron sus pesadas cadenas sobre la otra orilla del foso, para hacer entrar a los oficiales y hacer salir a los habitantes. Corrimos a la barrera, que se abría para recibir a los fuertes y despedir a los débiles.

Un singular espectáculo nos impresionó: todas las mujeres se agolpaban a la puerta, y al mismo tiempo todos los caballos de la guarnición, por un justo instinto del peligro, habían roto sus cabestros en la cuadra o derribado sus jinetes, y esperaban piafando a que se les abriese el campo. Corrían por los patios a través de los rebaños de mujeres, relinchando con espanto, con las crines erizadas, las narices abiertas, los ojos enrojecidos, poniéndose de pie contra las paredes, respirando la pólvora y ocultando entre la arena sus narices quemadas.

Una mujer joven y bella, envuelta en las sábanas de su lecho, seguida de su madre, medio vestida y llevada por un soldado, salió la primera, y toda la muchedumbre la siguió. En aquel momento aquella precaución era inútil, pues la tierra no estaba segura sino a seis leguas de allí.

Entramos corriendo, lo mismo que todos los oficiales alojados en la ciudad. Lo primero que me impresionófué la actitud tranquila de nuestros viejos granaderos de la Guardia, colocados en el puesto de entrada. Con el arma en tierra, apoyados en ella, miraban hacia el polvorín como quien sabe lo que pasa, pero sin decir una palabra, sin abandonar la actitud prescrita, con la mano en el tirante del fusil. Mi amigo Ernesto d'Hanache los mandaba; nos saludó con la sonrisa a lo Enrique IV que le era natural; yo le di la mano. Él no estaba destinado a perder la vida sino en la última Vendée, donde acaba de morir noblemente. Todos los que nombro en estos recuerdos, todavía recientes, han muerto ya.

Corriendo, tropecé con algo que estuvo a punto de hacerme caer; era un pie humano. No pude menos de detenerme a mirarlo.

-Vea usted cómo estará su pie dentro de un momento -me dijo un oficial al pasar, riendo con toda su alma.

Nada indicaba que aquel pie hubiese estado calzado jamás. Estaba como embalsamado y conservado a la manera de las momias; roto dos pulgadas más arriba del tobillo, como los pies de estatuas en estudio en los talleres; pulido, veteado como mármol negro y sin tener de rosa más que las uñas. No tenía tiempo para dibujarlo; continué mi camino hasta el último patio, delante de los cuarteles.

Allí nos esperaban nuestros soldados. En su primera sorpresa habían creído atacado el castillo; se habían lanzado de la cama al armero y se habían reunido en el patio, la mayor parte en camisa, con el fusil al brazo. Casi todos tenían los pies ensangrentados y llenos de cortaduras, ocasionadas por los vidrios rotos. Permanecían mudos y sin acción ante un enemigo que no era humano y vieron con alegría llegar a sus oficiales.

Nosotros, por nuestra parte, corrimos al mismo cráter del volcán. Todavía humeaba y una tercera erupción era inminente.

La torrecilla del polvorín estaba agrietada y por sus costados abiertos se veía elevarse dando vueltas una lenta humareda.

¿Se había quemado toda la pólvora de la torrecilla? ¿Quedaba aún lo bastante para hacernos desaparecer a todos? Ésa era la cuestión. Pero había otra que no ofrecía duda, y era que todos los camiones de artillería cargados y abiertos en el patio vecino estallarían si llegaba allí una chispa, y que el torreón, que encerraba cuatrocientos millares de balas de cañón, Vincennes, su bosque, su ciudad, su campo, y una parte del arrabal de San Antonio harían saltar al mismo tiempo las piedras, las ramas, la tierra, los techos y las cabezas humanas mejor afirmadas.

El mejor auxiliar que puede encontrarla disciplina es el peligro. Cuando todos están expuestos a él, callan y se unen ciegamente al primer hombre que da una orden o ejemplo provechoso.

El primero que se lanzó sobre los camiones fue Timoleón. Su aspecto serio y contenido no abandonaba su rostro; pero con una agilidad que me sorprendió, se precipitó sobre una rueda próxima a inflamarse. A defecto de agua, la apagó sofocando el fuego con el uniforme, las manos y el pecho, que apoyaba contra la rueda. Primeramente se le creyó perdido; pero, ayudándole, encontramos la rueda ennegrecida y apagada, su uniforme quemado, su mano izquierda tiznada un poco de negro; por lo demás, toda su persona intacta y tranquila. En un momento, todos los camiones fueron arrancados del patio peligroso y conducidos fuera del fuerte, a la explanada del polígono. Cada artillero, cada soldado, cada oficial, se enganchaba, tiraba, los hacía rodar, empujaba a los temibles carretones con las manos, con los pies, con los hombros y con la frente.

Las bombas inundaron el pequeño polvorín por la negra abertura de su pecho; estaba hendido por todos lados; se balanceó dos veces, atrás y adelante; después se abrieron sus costados como la corteza de un gran árbol, y cayendo de espaldas descubrió una especie de horno negro y humeante, donde no había una forma que se pudiese conocer, en donde toda arma, todo proyectil se había reducido a polvo rojizo y desleído en agua hirviente; especie de lava, donde la sangre, el hierro y el fuego se habían confundido en mortero viviente y que se esparció por los patios arrasando la hierba a su paso. Aquello era el final del peligro; quedaba reconocerse y contarse.

-Esto ha debido de oírse en París -me dijo Timoleón estrechándome la mano-; voy a escribir para tranquilizarla. Ya no hay nada que hacer aquí.

No habló más con nadie y se volvió a nuestra casita blanca, de persianas verdes, como si volviese de casa.

Capítulo XIII

Un dibujo a lápiz.

Cuando han pasado los peligros se los mide y se los encuentra grandes. Se asombra uno de su suerte; palidece por el miedo que hubiera podido tener; se aplaude por no haberse dejado sorprender por ninguna debilidad y siente una especie de terror, reflexionado calculado, que no le había acometido estando en acción

La pólvora hace prodigios incalculables, como los del rayo.

La explosión había hecho milagros, no de fuerza, sino de habilidad.

Parecía haber medido sus golpes y escogido su fin. Había jugado con nosotros; nos había dicho: "Destruiré esto, pero no aquello que está a su lado". Había arrancado de la tierra una arcada de piedra de sillería y la había llevado toda entera, sin perder su forma, a los campos, sobre el césped, a tumbarse como una ruina ennegrecida por el tiempo. Había hundido tres bombas a seis pies bajo tierra, triturado piedras, roto por la mitad un cañón de bronce, derribado en todas las habitaciones las ventanas y las puertas, arrebatado y echado encima de los tejados todas las contraventanas del polvorín grande, sin llevarse un grano de pólvora; había echado a rodar diez gruesos mojones de piedra como peones de un tablero de ajedrez que se hace oscilar con viveza; había roto las cadenas de hierro que los sujetaban como se rompen los hilos de seda, y había retorcido sus eslabones como se retuerce el cáñamo; había labrado el patio en que estaba el polvorín, con los afustes rotos, e
incrustado en las piedras las pirámides de balas, y bajo el cañón más próximo al polvorín destruido había dejado vivir a la gallina blanca que habíamos visto la víspera. Cuando esta gallina salió apaciblemente, con sus pequeñuelos, los gritos de alegría de nuestros buenos soldados la acogieron como a una antigua amiga y se pusieron a acariciarla con la despreocupación de los niños.

Daba vueltas coqueteando, reuniendo a sus pequeñuelos y llevando siempre su penacho rojo y su collar de plata. Parecía esperar al dueño que le daba de comer y corría toda asustada entre nuestras piernas, rodeada de sus polluelos. Siguiéndola, llegamos ante una cosa horrible.

Al pie de la capilla estaban en tierra la cabeza y el pecho del pobre ayudante, sin cuerpo y sin brazos. El pie que yo había tropezado con el mío al llegar era el suyo. Aquel desgraciado no había resistido, sin duda, al deseo de visitar otra vez sus barriles de pólvora y de contar sus obuses, y bien el hierro de sus botas, o bien un guijarro que hiciese rodar, cualquier cosa, cualquier movimiento, lo había inflamado todo.

Como la piedra de una honda, su cabeza había sido lanzada, con el pecho, contra el muro de la iglesia, a sesenta pies de altura, y la pólvora de que estaba impregnado aquel busto horrible había grabado su forma con trazos duraderos sobre el muro, al pie del cual volvió a caer. Le contemplamos largo tiempo y nadie dijo una palabra de conmiseración. Quizá porque el quejarse hubiera sido tener piedad de sí mismo por haber corrido el mismo peligro. Solamente el médico mayor dijo:

-No ha sufrido.

Por mi parte, me parecía que sufría aún; pero a pesar de eso, mitad por una curiosidad invencible, mitad por bravata de oficial, le dibujé.

Las cosas pasan así en una sociedad donde la sensibilidad está suprimida. Uno de los lados malos del oficio de las armas es ese exceso de fuerzas en donde se pretende siempre guindar el carácter. Se ejercita uno endureciendo su corazón; huye de la piedad por miedo a que parezca debilidad; hace esfuerzos para disimular el sentimiento divino de la compasión, sin pensar que a fuerza de encerrar un buen sentimiento se ahoga al prisionero.

Yo me sentí en aquel momento odioso. Mi joven razón desbordaba de la pena que le causaba aquella muerte, y yo continuaba, sin embargo, con una obstinada tranquilidad el dibujo, que he conservado, y que unas veces me ha causado remordimientos por haberlo hecho y otras me ha hecho recordar el relato que acabo de escribir y la vida modesta de aquel buen soldado.

Aquella noble cabeza no era más que un objeto horroroso, una especie de cabeza de Medusa; tenía el color del mármol negro, los cabellos erizados, la boca abierta, como lanzando un grito. Se veía esculpido en aquel busto negro el terror de las llamas saliendo súbitamente de la tierra. Se comprendía que había tenido tiempo para sentir aquel horror, tan rápido como la pólvora, y quizá también para soportar un incalculable sufrimiento.

-¿Habrá tenido tiempo de pensar en la Providencia? -me dijo la voz apacible de Timoleón de Arc, que por encima de mi hombro miraba con una lente mi dibujo.

Al mismo tiempo, un alegre soldado, fresco, sonrosado y rubio, se inclinó para coger de aquel tronco ahumado la corbata de seda negra.

-Todavía está muy buena -dijo.

Era un honrado mozo de mi compañía, llamado Miguel, que tenía dos cabríos en el brazo y ni pizca de escrúpulo ni de melancolía, siendo, por lo demás, el mejor muchacho del mundo. Aquello cortó el hilo de nuestras ideas.

Un gran estrépito de caballos vino, en fin, a distraernos. Era el rey Luis XVIII, que venía a dar las gracias a la Guardia por haberle conservado sus viejos soldados y su viejo castillo. Miró por largo tiempo la extraña litografía de la muralla. Todas las tropas estaban en batalla. Levantó su voz, fuerte y clara, para preguntar al jefe del batallón qué oficiales o qué soldados se habían distinguido.

-¡Todo el mundo ha cumplido con su deber, señor! -respondió simplemente monsieur de Fontanges, el más caballeresco y el más amable oficial que he conocido, el hombre de mundo que me ha dado mejor la idea de lo que podían ser en sus maneras el duque de Lauzun y el caballero de Grammont.

Después de esto, en lugar de cruces de honor, el rey sacó de la calesa paquetes de oro, que dio para que lo distribuyesen entre los soldados, y atravesando Vincennes salió por la puerta del Bosque.

Las filas se rompieron; la explosión estaba olvidada; nadie pensó en estar descontento y no creyó tener más mérito que cualquier otro. En realidad, todo se había reducido a una tripulación salvando el navío para salvarse ella misma. Sin embargo, después he visto hacerse valer más menores valentías.

-Yo pensé en la familia del pobre ayudante. Pero sólo yo pensaba en ella. En general, cuando los príncipes pasan por alguna parte, pasan demasiado de prisa.

Libro tercero

Recuerdos y grandeza militar

Capítulo I

¡Cuántas veces vimos acabar así, en accidentes obscuros, modestas existencias que hubiesen sido sostenidas y alimentadas por la gloria colectiva del Imperio! Nuestro Ejército había recogido los inválidos del gran ejército, y morían en nuestros brazos, dejándonos el recuerdo de sus caracteres primitivos y singulares. Aquellos hombres nos parecían los restos de una raza gigantesca que se agotaba hombre por hombre y para siempre. Amábamos lo que había de bueno y honrado en sus costumbres; pero nuestra generación, más estudiosa, no podía por menos de sorprender a veces en ello algo de pueril y un tanto atrasado que la ociosidad de la paz hacia resaltar a nuestros ojos. El Ejército nos parecía un cuerpo sin movimiento. Nos ahogábamos encerrados en el vientre de aquel caballo de madera, que jamás se abría en ninguna Troya. Vosotros, compañeros, lo recordáis; no cesábamos de estudiar los Comentarios de César, Turena y Federico II, y leíamos sin cesar la vida de aquellos generales
de la República, tan puramente prendados de la gloria; aquellos héroes pobres y cándidos como Marceau, Dexais y Kléber, jóvenes de virtud antigua; y después de haber examinado sus maniobras de guerra y sus campañas, caíamos en una amarga tristeza, midiendo nuestro destino con el suyo y calculando que su encumbramiento era debido a que habían puesto el pie desde luego, y a los veinte años, en la cima de aquella escala de grados que a nosotros nos costaba ocho años por escalón. Para vosotros, a quienes he visto sufrir tanto la pesadez y el disgusto de la servidumbre militar, escribo sobre todo este libro. Además, junto a esos recuerdos donde doy a conocer algunos rasgos de lo bueno y honrado que hay en los ejércitos, pero en los que detallo algunas pequeñeces penosas de esa vida, quiero poner aquellos otros que nos permiten levantar la frente ante el espectáculo de sus grandezas.

La grandeza guerrera o la belleza de la vida de las armas es, a mi parecer, de dos clases: la del mando y la de la obediencia. La una, exterior, activa, brillante, orgullosa, egoísta, caprichosa, será de día en día menos común y menos deseada, a medida que la civilización se haga más pacífica; la otra, interior, pasiva, obscura, modesta, abnegada, perseverante, será más honrada cada día; pues hoy, que languidece el espíritu de conquista, todo lo que un carácter elevado puede llevar de grande al oficio de las armas me parece que está menos en la gloria de combatir que en el honor de sufrir en silencio y de cumplir con constancia deberes con frecuencia odiosos.

Si el mes de julio de 1830 tuvo sus héroes, también tuvo en vosotros sus mártires, ¡oh valientes compañeros míos! Ya estáis todos ahora separados y dispersos. Muchos entre vosotros se han retirado en silencio, después de la tormenta, bajo el techo familiar; por pobre que fuese, le han preferido a la sombra de otra bandera. Otros han querido buscar sus flores de lis en los matorrales de la Vendée, y los han regado una vez más con su sangre; otros han ido a morir por reyes extranjeros; otros, sangrando aún de las heridas de los tres días, no han podido resistir a la tentación de la espada; la han vuelto a coger en nombre de Francia y aun han conquistado para ella ciudadelas. En todos, la misma costumbre de darse en cuerpo y alma, la misma necesidad de sacrificarse, el mismo deseo de llevar y ejercer en cualquier lado el arte de sufrir bien y de bien morir.

Pero en todo lugar se ha escuchado la queja de aquellos que no han tenido que combatir allí donde los había lanzado la suerte. El combate es la vida del Ejército. Donde comienza, el sueño se convierte en realidad, la ciencia en gloria y la servidumbre en servicio. La guerra consuela por su esplendor de las penas inauditas que el letargo de la paz causa a los esclavos del Ejército; pero, lo repito, no es en los combates donde se encuentran las más puras grandezas. Hablaré de vosotros frecuentemente a los demás; pero quiero una vez, antes de cerrar este libro, hablaros de vosotros mismos y de una vida y de una muerte que tuvieron a mis ojos un gran carácter de fuerza y de candor.

La vida y la muerte del capitán Renaud o el bastón de junco

Capítulo II

Una noche memorable.

La noche del 27 de julio de 1830 fue silenciosa y solemne. Su recuerdo está para mí más presente que el de algunos cuadros más terribles que el destino me ha puesto ante los ojos. La calma de la tierra y del mar ante el huracán no tiene tanta majestad como la que tenía París ante la Revolución. Los bulevares estaban desiertos. Yo caminaba solo, en la madrugada, a lo largo de esos bulevares, mirando y escuchando ávidamente. El cielo puro extendía sobre la tierra el blanco resplandor de sus estrellas; pero las casas estaban obscuras, cerradas y como muertas. Todos los reverberos de las calles estaban rotos. Algunos grupos de obreros se reunían al pie de los árboles escuchando a un orador misterioso que les deslizaba palabras secretas en voz baja. Después se separaban corriendo y se lanzaban por calles estrechas y negras. Se arrimaban a algunas puertecillas excusadas que se abrían como trampas y se volvían a cerrar tras ellos. Entonces nada se movía ya y la ciudad parecía no
tener más que habitantes muertos y casas apestadas.

De trecho en trecho se encontraba una masa sombría, inerte, que no se reconocía más que tocándola; era un batallón de la Guardia, de pie, sin movimiento, sin voz. Más lejos, una batería coronada por sus mechas encendidas como por dos estrellas.

Se podía pasar impunemente ante aquellos cuerpos imponentes y sombríos, dar vueltas a su alrededor, irse, volver, sin oír una pregunta, una injuria o una palabra. Eran inofensivos; sin cólera, sin odio; estaban resignados y esperaban.

Cuando me aproximaba a uno de los batallones más numerosos se adelantó hacia mí un oficial con extremada cortesía y me preguntó si las llamas que se veían a lo lejos iluminando la puerta de Saint-Denis procedían de un incendio; iba a adelantarse con su compañía para asegurarse de ello. Le respondí que salían de algunos grandes árboles que los comerciantes hacían derribar e incendiar, aprovechándose de la confusión, para destruir aquellos viejos olmos que ocultaban sus tiendas. Entonces, sentándose en uno de los bancos de piedra del bulevar, comenzó a trazar líneas, y círculos en la arena con un bastón de junco. Por este hecho le reconocí, mientras que él me reconocía mi rostro. Como yo permaneciese de pie ante él, me estrechó la mano y me rogó que me sentase a su lado.

El capitán Renaud era un hombre de sentido recto y severo y de espíritu muy cultivado, como muchos de los que encerraba la Guardia en aquella época. Su carácter y sus costumbres nos eran muy conocidos, y los que lean estos recuerdos sabrán en qué rostro serio deben colocar su nombre de guerra, dado por los soldados, adoptado por los oficiales y recibido indiferentemente por el hombre. Como las viejas familias, los viejos regimientos, conservados intactos por la paz, adquieren costumbres familiares e inventan nombres característicos para sus hijos. Una antigua herida recibida en la pierna derecha motivaba aquella costumbre del capitán de apoyarse siempre

en aquel bastón de junco, cuyo puño era muy singular y llamaba la atención de todos los que lo veían por primera vez. Lo llevaba a todas partes y casi siempre en la mano. Por lo demás, no ponía ninguna afectación en esta costumbre; sus maneras eran demasiado sencillas y serias. Sin embargo, se comprendía que aquello le era
muy querido. Era muy honrado en la Guardia. Sin ambiciones, y no queriendo ser más de lo que era, capitán de granaderos, se pasaba la vida leyendo y no hablaba sino lo menos posible y por monosílabos. Muy alto, muy pálido y de rostro melancólico, tenía en la frente, entre las cejas, una pequeña cicatriz bastante profunda, que, con frecuencia, de azul que era, se volvía negra y daba a veces un aspecto huraño a su rostro, habitualmente frío y apacible.

Los soldados le profesaban gran cariño, y, sobre todo, en la guerra de España se observó con cuánta alegría marchaban los destacamentos cuando iban mandados por el Bastón de Junco. Era, en verdad, el Bastón de Junco quien los mandaba, pues el capitán Renaud no ponía nunca la mano en la espada sino cuando, a la cabeza de los tiradores, se aproximaba bastante al enemigo para correr la suerte de batirse cuerpo a cuerpo con él.

No era solamente un hombre experimentado en la guerra; tenía además un conocimiento tan verdadero de los más grandes asuntos políticos de Europa bajo el Imperio, que no sabía nadie cómo explicárselo; y unas veces se le atribuía a profundos estudios, otras a importantes relaciones muy antiguas, y que su perpetua reserva impedía conocer.

Por lo demás, el carácter dominante de los hombres de hoy es esa misma reserva, y aquél no hacía más que llevar hasta el extremo el rasgo general. Ahora una apariencia de helada cortesía cubre a la vez carácter y acciones. No creo que muchos podamos reconocernos en los retratos desvaídos que se hacen de nosotros. La afectación es ridícula en Francia más que en cualquier otra parte, y, sin duda por eso, lejos de ostentar en sus rasgos y en su lenguaje el exceso de fuerza que dan las pasiones, cada uno estudia el modo de encerrar en sí las emociones violentas, las penas profundas y los impulsos involuntarios. Yo no pienso que la civilización lo ha enervado todo; veo que todo lo ha enmascarado. Confieso que esto es un bien y me agrada el carácter contenido de nuestra época. En esta frialdad aparente hay pudor, y los sentimientos verdaderos tienen necesidad de él. Encierra además desdén, buena moneda para pagar las cosas humanas. Hemos perdido ya muchos amigos, cuya memoria vive
entre nosotros; los recordaréis vosotros, ¡mis queridos compañeros de armas! Unos han muerto en la guerra, otros en duelo, otros se han suicidado; todos hombres de honor y de firme carácter, de pasiones fuertes, y, sin embargo, de apariencia sencilla, fría y reservada. La ambición, el amor, el juego, el odio, los celos, trabajaban en ellos sordamente; pero ellos apenas hablaban y desviaban toda conversación demasiado directa que pudiese tocar el punto sangrante de su corazón. Jamás se los veía tratar de hacerse notar en los salones por una trágica actitud, y si alguna mujer joven, al salir de la lectura de una novela, los hubiese visto completamente sumisos y disciplinados a los saludos de costumbre y a las simples conversaciones en voz baja, los hubiera despreciado; y sin embargo, vivieron y murieron, bien lo sabéis, igual que los fuertes que la Naturaleza haya producido jamás. Catón o Bruto, a pesar de vestir toga, no se condujeron mejor. Nuestras pasiones tienen tanta
energía como en cualquier tiempo, pero tan sólo en las huellas de sus fatigas puede conocerlas la mirada de un amigo. Lo exterior, las conversaciones, las maneras, tienen una cierta medida de fría dignidad que es común a todos y de la que no se eximen más que algunos niños que se quieren crecer y hacer valer a todo trance. Ahora la suprema ley de las costumbres es la conveniencia.

No hay ninguna profesión en la que la frialdad de las formas del lenguaje y de las costumbres contraste más vivamente con la actividad de la vida que la profesión de las armas. En ella se odia la exageración y se desdeña el lenguaje de un hombre que trata de exagerar lo que siente o de enternecer a los demás con su sufrimiento. Yo lo sabía, y me preparaba a dejar bruscamente al capitán Renaud, cuando me cogió del brazo y me retuvo.

-¿Ha visto usted esta mañana la maniobra de los suizos? -me dijo-; era muy curiosa. Han hecho el fuego de calzada avanzando con una precisión perfecta. Desde que sirvo no lo había visto hacer; es una maniobra de aparato y de ópera; pero en las calles de una gran ciudad puede tener su valor, con tal de que las secciones de derecha a izquierda se formen de prisa delante del pelotón que acaba de hacer fuego.

Al mismo tiempo continuaba trazando líneas en la tierra con el extremo del bastón; en seguida se levantó lentamente, y como echase a andar a lo largo del bulevar, con intención de alejarse del grupo de oficiales y soldados, le seguí, y continuó hablándome con una especie de exaltación nerviosa y como involuntaria que me cautivó, y que yo nunca hubiese esperado de él, que era lo que se ha convenido en llamar un hombre frío.

Empezó por una sencilla pregunta, cogiéndose a un botón de mi traje:

-¿Me perdonará usted -me dijo- que le ruegue me envíe su gola de la Guardia Real, si la conserva usted? Me he dejado la mía en casa y no puedo enviar a buscarla ni ir yo mismo por ella, porque nos matan en las calles como a perros rabiosos; pero después de tres o cuatro años que ha dejado usted el Ejército, quizá no la conserve ya. Yo también había presentado mi dimisión hace quince días, porque estoy muy cansado del Ejército; pero anteayer, cuando vi el edicto, dije: "Vamos a coger las armas". Hice un paquete con mi uniforme, con mis charreteras y mi gorro de pelo, y me fui al cuartel a reunirme de nuevo con esas buenas gentes, a quienes se va a hacer matar por todas las esquinas, y que, ciertamente, hubiesen pensado en el fondo del corazón que les abandonaba de mala manera y en un momento crítico; eso hubiera ido contra el honor, ¿no es verdad?; enteramente contra el honor.

-¿Conocía usted el edicto -le dije- en el momento de su dimisión?

-¡A fe mía que no! Ni siquiera lo he leído todavía.

-Pues entonces, ¿qué se reprocha usted?

-Nada más que las apariencias, y no he querido que ni aun las apariencias estuviesen contra mí.

-Es en verdad admirable -dije.

-¡Admirable! ¡Admirable! -dijo el capitán Renaud andando más de prisa-; es la palabra actual: ¡qué palabra tan pueril! Detesto la admiración: es el principio de muchas malas acciones. Se admira muy barato ahora y a todo el mundo; debemos guardarnos de admirar ligeramente. La admiración es corrompida y corruptora. Se debe obrar bien para sí mismo y no para los demás. Por otra parte, yo tengo acerca de eso mis ideas -acabó bruscamente y se dispuso a abandonarme.

-Hay algo tan hermoso como un grande hombre -le dije-: un hombre de honor.

Me cogió la mano afectuosamente. "Esa opinión es común en nosotros -me dijo con viveza-: yo la he puesto en práctica toda mi vida, pero me ha costado caro. No es tan fácil como se cree".

Al llegar aquí, el subteniente de su compañía vino a pedirle un cigarro. Sacó varios del bolsillo y se los dió sin hablar; los oficiales se pusieron a fumar, paseándose por la calle, en un silencio y una calma que el recuerdo de las circunstancias presentes no interrumpía; ninguno se dignaba hablar de los peligros del día ni de su deber, y conocían a fondo el uno y el otro.

El capitán Renaud volvió a mí.

-Hace buen tiempo -me dijo señalando al cielo con su bastón de junco-; no sé cuándo dejaré de ver todas las noches las mismas estrellas; llegué una vez a imaginarme que vería las del mar del Sur; pero estaba destinado a no cambiar de hemisferio. ¡No importa! El tiempo es soberbio; los parisienses duermen o fingen dormir. Ninguno de nosotros ha comido ni bebido desde hace veinticuatro horas; esto pone muy claras las ideas. Recuerdo que un día, yendo a España, me preguntó usted la causa de mis pocos ascensos; no tuve tiempo de contársela, pero esta noche siento en mí la tentación de volver sobre mi vida, que repasaré en la memoria. Recuerdo que a usted le agradan los relatos, y en su vida retirada le gustará acordarse de nosotros. Si quiere usted sentarse conmigo en aquel parapeto del bulevar, conversaremos allí muy tranquilamente, pues me parece que hemos cesado por esta vez de pegarnos a las ventanas y a los tragaluces de las cuevas. No le contaré a usted más que algunas
épocas de mi historia, y no haré más que seguir mi capricho. He visto y he leído mucho, pero creo que no sabría escribir. Gracias a Dios, ése no es mi camino, y nunca he tratado de seguirlo. Pero, en cambio, sé vivir, y he vivido conforme a la resolución que había tomado -desde que tuve el valor de tomarla-, y, en verdad, ya es algo. Sentémonos.

Le seguí lentamente y atravesamos el batallón para pasar a la izquierda de sus magníficos granaderos. Estaban de pie, graves, con la barba apoyada sobre el cañón de sus fusiles. Algunos jóvenes, más fatigados de la jornada que los otros, se habían sentado sobre las mochilas. Todos estaban callados y se ocupaban fríamente en repasar su vestimenta, haciéndola más correcta. Nada anunciaba la inquietud o el descontento. Estaban en sus filas como después de un día de revista, esperando las órdenes.

Una vez sentados, nuestro viejo camarada tomó la palabra, y, a su modo, me contó tres grandes épocas que me dieron la clave de su vida y me explicaron la rareza de sus costumbres y lo que había de sombrío en su carácter. Nada de lo que me dijo se ha borrado de mi memoria, y lo explicaré, casi palabra por palabra.

Capítulo III

Malta.

-Yo no soy nadie -dijo primeramente-, y en la actualidad es una dicha para mí pensar que es así; pero si hubiese sido alguien, podría decir, como Luis XIV: Me ha gustado demasiado la guerra. ¿Qué quiere usted? Bonaparte me había embriagado desde la infancia como a los demás, y su gloria se me subía a la cabeza tan violentamente, que no tenía lugar en el cerebro para otra idea. Mi padre, antiguo oficial superior, siempre en los campos, me era completamente desconocido, cuando un día tuvo el capricho de llevarme con él a Egipto. Tenía yo entonces doce años, me acuerdo todavía de aquel tiempo como si estuviese en él, de los sentimientos de todo el Ejército y de los que tomaban ya posesión de mi alma. Dos espíritus henchían las velas de nuestros barcos: el espíritu de gloria y el espíritu de piratería. Mi padre no escuchaba al segundo más que al viento noroeste que nos conducía; pero el primero zumbaba tan fuerte en mis oídos, que me volvió sordo durante mucho tiempo a todos los
ruidos del mundo, excepto a la música de Carlos XII: el cañón, El cañón me parecía la voz de Bonaparte, y, aun cuando era muy niño, cuando el cañón gruñía me ponía rojo de placer, saltaba de alegría, palmoteaba y le respondía con grandes gritos. Estas primeras emociones prepararon el entusiasmo exagerado que fue el objeto y la locura de mi vida. Un encuentro, memorable para mí, decidió esta especie de admiración fatal, esta adoración insensata, a la que quise sacrificar demasiado.

La escuadra acababa de aparejar desde el 30 de forestal del año VI. Yo pasaba el día y la noche en el puente, penetrándome de la felicidad de ver el inmenso mar azul y nuestros barcos. Conté hasta cien buques, y no pude contarlos todos. Nuestra línea militar tenía una legua de extensión, y el semicírculo que formaba el convoy tenía por lo menos seis. Yo no decía nada. Veía pasar a Córcega muy cerca de nosotros, arrastrando a Cerdeña tras de sí, y en seguida llegó Sicilia a nuestra izquierda, pues el Junon, que nos conducía a mi padre y a mí, estaba destinado a señalar la ruta y a formar la vanguardia con tres fragatas. Mi padre me cogía de la mano y me mostraba el Etna humeante y rocas que no he olvidado: la Favania y el monte Eria; Marsala, la antigua Lelibea, pasaba a través de sus vapores; yo tomé sus blancas casas por palomas atravesando una nube; y una mañana, era..., sí, era el 24 de prairial, vi al amanecer llegar ante mí un cuadro que me deslumbró para veinte años.

Malta se erguía con sus fuertes, sus cañones a flor de agua, sus altas murallas, que relucían al herirlas el sol como mármoles recién pulidos, y su hormiguero de galeras muy estrechas corriendo impulsadas por largos remos rojos. Ciento noventa y cuatro buques franceses la envolvían con sus grandes velas y sus pabellones azules, rojos y blancos, que se erizaban en aquel momento en todos los mástiles, mientras que el estandarte de la región bajaba lentamente sobre el Gozo y el fuerte de San Telmo; era la última cruz militante que caía. Entonces la flota disparó quinientos cañonazos.

El buque Oriente se enfrentaba con nosotros, solo, aparte, grande e inmóvil. Ante él comenzaron a pasar lentamente, uno después de otro, todos los buques de guerra y vi desde lejos a Desaix saludar a Bonaparte. Subimos cerca de él a bordo del Oriente. Al fin, por primera vez vi al general.

Estaba de pie, cerca de la borda, conversando con Casablanca, capitán del barco -¡pobre Oriente!-, y jugaba con los cabellos de un niño de diez años, hijo del capitán. Inmediatamente tuve celos de aquel niño, y me dió un salto el corazón al ver que tocaba el sable del general. Mi padre se adelantó hacia Bonaparte y le habló largo rato. Yo no le veía todavía el rostro. De repente se volvió y me miró; me estremecí de pies a cabeza a la vista de aquella frente amarilla rodeada de largos cabellos que caían, como si saliesen del mar, completamente mojados; de aquellos grandes ojos grises, de aquellas delgadas mejillas y de aquel labio hundido sobre el agudo mentón. Acababa de hablar de mí, pues decía:

-Escucha, valiente: puesto que lo quieres, vendrás a Egipto, y el general Vanbois se arreglará sin ti con sus cuatro mil hombres; pero no me gusta que se lleve a los niños; no se lo he permitido más que a Casablanca, y he hecho mal. A éste lo vas a enviar de nuevo a Francia; quiero que se haga fuerte en Matemáticas, y si a ti te ocurre algo allí abajo yo te respondo de él, me encargo de él y le haré un buen soldado.

Al mismo tiempo se inclinó, y cogiéndome por debajo de los brazos me levantó hasta su boca y me besó en la frente. La cabeza me dio vueltas; comprendí que se adueñaba de mí y que arrebataba mi alma a mi padre, a quien, por lo demás, apenas si yo conocía, puesto que vivía eternamente en el Ejército. Creí experimentar el asombro de Moisés pastor al ver a Dios en la zarza. Bonaparte me había levantado libre, y cuando sus brazos volvieron a dejarme con dulzura sobre el puente dejaban allí un esclavo más.

La víspera me hubiese arrojado al mar si me hubiesen arrastrado al Ejército; pero me dejé llevar cuando quisieron. Me separé de mi padre con indiferencia, y ¡fue para siempre! ¡Pero somos tan

malos desde la infancia y, hombres o niños, basta tan poca cosa para quitarnos los buenos sentimientos naturales! Mi padre no era ya mi dueño porque yo había visto al suyo, y de éste solo me parecía emanar toda la autoridad de la tierra. ¡Oh sueños de autoridad y esclavitud! ¡Oh pensamientos corruptores del poder, buenos para seducir a los niños! ¡Falsos entusiasmos, venenos sutiles!, ¿qué antídoto se podrá encontrar jamás contra vosotros? Yo estaba aturdido, embriagado. ¡Quería trabajar, y trabajé hasta volverme loco! Calculaba noche y día, y tomé el uniforme, el saber y, en mi rostro, el color amarillo de la escuela. De vez en cuando el cañón me interrumpía, y aquella voz de semidioses me hacía saber la conquista de Egipto, Marengo, el 18 de brumario, el Imperio... Y el emperador
cumplió su palabra. En cuanto a mi padre, no sabía lo que había sido de él, cuando un día recibí esta carta.

La llevo siempre en esta vieja cartera, que antes era roja, y la leo a menudo para convencerme bien de la inutilidad de las advertencias que da una generación a la que sigue y reflexionar sobre la absurda obstinación de mis ilusiones.

Dicho esto, el capitán, abriendo su uniforme, sacó del pecho primero el pañuelo y después una carterita que abrió con cuidado. Entramos en un café iluminado aún y allí me leyó estos fragmentos, que han quedado entre mis manos del modo que pronto se sabrá.

Capítulo IV

Carta sencilla

A bordo del lareo inglés Le Culloden,
ante Rochefort, 1804.
Sent to France, with admiral
Collingwood's permission.

"Es inútil, hijo mío, que sepas cómo llega a ti esta carta y por qué medios he podido conocer tu conducta y tu posición actual. Bástete saber que estoy contento de ti, pero que, sin duda, no te volveré a ver jamás. Es probable que esto te inquiete poco. Tú no has conocido a tu padre más que en la edad en que la memoria no ha nacido todavía y en que el corazón no se ha abierto aún. Se abre en nosotros después de lo que generalmente se piensa, y a menudo me he asombrado de que sea así; pero qué le vamos a hacer. Me parece que no eres peor que cualquier otro, y es preciso que me conforme. Todo lo que tengo que decirte es que estoy prisionero de los ingleses desde el 14 termidor del año VI -o desde el 2 de agosto de 1798, antiguo estilo, que dicen vuelve hoy a estar de moda-. Había ido a bordo del Oriente para tratar de persuadir a aquel buen Brueys de que se diese a la vela para Corfú. Bonaparte me había enviado ya a su pobre ayudante de campo Julián, que cometió la tontería de
dejar que los árabes le hiciesen prisionero. Yo llegué, pero inútilmente. Brueys estaba tan obcecado como una mula. Decía que iba a buscar el canal de Alejandría para dar entrada a sus barcos; pero añadió algunas palabras bastante orgullosas, que me hicieron ver claramente que en el fondo estaba algo celoso del ejército de tierra. "¿Nos toman por marinos de agua dulce -me dijo- y creen que tenemos miedo a los ingleses?" Más hubiese valido para Francia que hubiese tenido miedo. Pero si cometió faltas, las ha expiado gloriosamente, y por mi parte puedo decir que expío fastidiosamente la que cometí permaneciendo a bordo de su buque cuando le atacaron. Brueys fue herido primeramente en la cabeza y en una mano. Continuó combatiendo hasta el momento en que una bala le arrancó las entrañas. Hizo que le metiesen en un saco de salvado, y murió sobre su banco de cuarto. Nosotros vimos claramente que íbamos a volar hacia las diez de la noche. Lo que quedaba de la tripulación bajó a las
chalupas y se salvó, excepto Casablanca, que, como es natural, se quedó el último; pero su hijo, un guapo muchacho a quien tú has visto una vez, vino a mi encuentro y me dijo: "¡Ciudadano: ¿qué pide de mí el honor?" ¡Pobre niño! ¡Según creo, tenía diez años y hablaba de honor en un momento tal! Le tomé sobre las rodillas en la canoa y le evité que viese volar a su padre con el pobre Oriente, que se esparció en el aire como una gavilla ardiendo. Nosotros no perecimos, pero caímos prisioneros, que es en verdad más doloroso, y yo vine a Dóver guardado por un buen capitán inglés llamado Collingwood, que manda ahora el Culloden. Es un hombre atento si los hay, que desde1761 que sirve en la Marina no ha abandonado el mar más que por espacio de dos años, para casarse y dar al mundo sus dos hijos. Esos niños, de quienes habla sin cesar, no le conocen, y su mujer no conoce casi más que por carta su buen carácter. Pero bien comprendo que el dolor de esta derrota de Abukir ha abreviado

mis días, que han sido demasiado largos, puesto que he visto un desastre tal y la muerte de mis gloriosos amigos. Mi avanzada edad ha impresionado aquí a todo el mundo; y como el clima de Inglaterra me hace toser mucho y ha renovado todas mis heridas, hasta el punto de privarme enteramente del uso de un brazo, el buen capitán Collingwood ha pedido y obtenido para mí -lo que no hubiese podido obtener para sí mismo, a quien está prohibida la tierra- la gracia de ser trasladado a Sicilia, bajo un sol más cálido y un cielo más puro. Creo que allí acabaré, pues setenta y ocho años, siete heridas, penas profundas y el cautiverio son enfermedades incurables. No tenía que dejarte más que mi espada, ¡pobre niño!, y ahora no tengo ni aun eso, pues un prisionero no tiene espada. Pero tengo, por lo menos, un consejo que darte: y es que desconfíes de tu entusiasmo por los hombres que se elevan rápidamente, y sobre todo por Bonaparte. Tal como te conozco, serás un Seide, y es preciso
preservarse del seidismo cuando se es francés, es decir, muy susceptible de ser alcanzado por ese mal contagioso. Es una cosa maravillosa la cantidad de pequeños y grandes tiranos que ha producido. Nos gustan los fanfarrones extremadamente y nos entregamos a ellos tan de corazón, que no tardamos en mordernos los puños. El origen de ese defecto es una gran necesidad de acción y una gran pereza de reflexión. Resulta que nos gusta infinitamente más darnos en cuerpo y alma a aquel que se encarga de pensar por nosotros y de ser responsable, a riesgo de reírnos luego de él y de nosotros.

Bonaparte es un buen muchacho, pero es verdaderamente demasiado charlatán. Temo que llegue a ser entre nosotros fundador de un nuevo género de prestidigitación; ya tenemos bastantes en Francia. El charlatanismo es insolente y corruptor, y ha dado tales ejemplos en nuestro siglo y ha armado tanto ruido de tambor y baquetas en la plaza pública, que se ha introducido en toda profesión, y no hay un hombre, por pequeño que sea, a quien no haya engreído. Es incalculable el número de ranas que revientan. Yo deseo vivamente que mi hijo no sea una de ellas.

Estoy satisfecho de que haya cumplido la palabra que me dio encargándose de ti, como él dice; pero no te fíes demasiado. Poco tiempo después de mi triste salida de Egipto, he aquí la escena que me contaron, y que pasó en cierta comida; quiero referirla, a fin de que pienses en ella con frecuencia.

El 1 de vendimiario del año VII, estando en El Cairo, Bonaparte, miembro del Instituto, ordenó una fiesta cívica por el aniversario del establecimiento de la República. La guarnición de Alejandría celebró la fiesta alrededor de la columna de Pompeya, en la que se plantó la bandera tricolor; el águila de Cleopatra fue iluminada bastante mal, y las tropas del Alto Egipto celebraron la fiesta lo mejor que pudieron, entre los pilones, las columnas, las cariátides de Tebas, sobre las rodillas del coloso de Memnón, a los pies de las figuras de Tama y Chama. El primer cuerpo de ejército hizo en El Cairo sus maniobras, sus carreras y sus fuegos artificiales. El general en jefe había invitado a comer a todo el Estado Mayor, a los ordenadores, a los sabios, al kiaya del bajá, al emir, a los miembros del diván y a los agás, alrededor de una mesa de quinientos cubiertos dispuesta en la sala baja de la casa que ocupaba en la plaza de El Bequier. el Gorro frigio y la Media Luna se
entrelazaban con amor; los colores turcos y franceses formaban una cuna y un tapiz muy agradables, sobre los que se casaban el Corán y la tabla de los Derechos del hombre. Luego que los convidados hubieron comido bien, con los dedos, pollos y arroz sazonado con azafrán, sandías y frutas, Bonaparte, que estaba callado, echó una ojeada muy rápida sobre todos aquéllos. El buen Kléber, que estaba tumbado junto a él, porque no podía doblar a lo turco sus largas piernas, dio un fuerte codazo a Abdallah-Menón, vecino, y le dijo con acento medio alemán:

-¡Mira! Alí-Bonaparte va a hacernos una de las suyas.

Le llamaba así porque en la fiesta de Mahoma el general se había divertido poniéndose el traje oriental, y en el momento en que se había declarado protector de todas las religiones le habían concedido pomposamente el nombre de yerno del Profeta y le habían llamado Alí-Bonaparte.

No había acabado Kléber de hablar, y todavía se pasaba la mano por sus largos cabellos rubios, cuando el pequeño Bonaparte ya estaba de pie, y aproximando el vaso a su delgado mentón y a su gruesa corbata, dijo con voz breve, clara y cortante:

-¡Bebamos por el año trescientos de la República francesa!

Kléber se echó a reír en el hombro de Menón, hasta el punto de hacerle derramar su vaso encima de un viejo agá, y Bonaparte miró a los dos de soslayo, frunciendo las cejas.

Ciertamente, hijo mío, tenía razón, porque en presencia de un general en Jefe, un general de división no debe portarse indecorosamente, aun cuando fuese un buen mozo como Kléber; pero a

ellos no les faltaba razón tampoco, puesto que Bonaparte a estas horas se llama el emperador y tú eres su paje."

-En efecto -dijo el capitán Renaud recobrando de mis manos la carta-; acababa yo de ser nombrado paje del emperador en 1804. ¡Oh, qué terrible año aquél! ¡De qué acontecimientos estaba cargado cuando llegó a nosotros y cómo le hubiese estudiado con atención si entonces hubiera sabido estudiar algo! Pero no tenía ojos para ver ni oídos para escuchar otras cosas que las acciones del emperador, la voz del emperador, los gestos del emperador, los pasos del emperador. Su proximidad me embriagaba, su presencia me magnetizaba. La gloria de estar ligado a aquel hombre me parecía la cosa más grande que existía en el mundo, y nunca un amante sintió el ascendiente de su amada con emociones más vivas y más aniquiladoras que las que su vista producían en mí cada día. La admiración de un jefe militar se convierte en pasión, en fanatismo, en frenesí, que hace de nosotros esclavos furiosos, ciegos. Esta pobre carta que acabo de dar a leer a usted no tuvo en mi espíritu otro lugar que el que
tiene en los escolares lo que ellos llaman un sermón, y lo único que sentí fue el alivio impío de los muchachos que se encuentran libertados de la autoridad natural y se creen libres porque han escogido la cadena que el entusiasmo general les ha hecho remachar a su cuello. Pero un resto de buenos sentimientos nativos me hizo conservar este escrito sagrado, y su autoridad sobre mí ha crecido a medida que disminuían mis sueños de heroica sujeción. La he llevado siempre sobre el corazón y ha acabado por echar en él raíces invisibles tan pronto como el buen sentido ha despejado mi vida de las nubes que la cubrían entonces. No he podido esta noche por menos de leerla con usted, y me da compasión considerar cuán lenta ha sido la curva que mis ideas han seguido para llegar a la base más sólida y más sensible de la conducta de un hombre. Usted verá a cuán poco se reduce; pero, en verdad, creo que basta para la vida de un hombre honrado, y me ha sido preciso mucho tiempo para llegar a
encontrar la fuente de la verdadera grandeza que puede haber en la profesión casi bárbara de las armas.

Aquí el capitán Renaud fue interrumpido por un viejo sargento de granaderos, que vino a colocarse a la puerta del café, llevando el arma como un suboficial y sacando una carta, escrita en papel gris, colocada en el cinto del fusil. El capitán se levantó apaciblemente y abrió la orden que recibía.

-Di a Bejaud que copie esto en el libro de órdenes -dijo al sargento.

-El sargento mayor no ha vuelto del arsenal -dijo el suboficial con voz dulce, como la de una muchacha, y bajando los ojos, sin dignarse siquiera decir cómo había sido muerto su camarada.

-El furriel le reemplazará -dijo el capitán sin preguntar nada, y firmó la orden sobre el libro del sargento, que le sirvió de pupitre.

Tosió un momento y continuó con tranquilidad.

Capítulo V

Diálogo desconocido.

La carta de mi pobre padre y su muerte, que supe poco tiempo después, produjeron en mí, embriagado como estaba y todo aturdido por el ruido de mis espuelas, una impresión bastante fuerte para ocasionar una gran conmoción en mi ciego ardor, y comencé a examinar más de cerca, y con más calma lo que había de sobrenatural en la magnificencia que me embriagaba. Me pregunté por primera vez en qué consistía el ascendiente que dejábamos tomar sobre nosotros a los hombres de acción revestidos de un poder absoluto, y me atreví a intentar algunos esfuerzos interiores para trazar límites en mi pensamiento a aquella donación voluntaria de tantos hombres a uno solo. Aquella primera sacudida me hizo entreabrir los ojos, y tuve la audacia de mirar de frente al águila deslumbradora que me había arrebatado siendo muy niño, y cuyas uñas me oprimían la cintura.

No tardé en encontrar ocasiones para examinar más de cerca y para espiar el espíritu del gran hombre en los actos obscuros de su vida privada.

Se habían atrevido a crear pajes, como ya le he dicho a usted; pero llevábamos el uniforme de oficiales, esperando la librea verde y calzón rojo que debíamos tomar en la consagración. Servíamos de escuderos, de secretarios y de ayudantes de campo hasta entonces, según la voluntad del dueño, que tomaba lo que encontraba bajo su mano. Se complacía en poblar sus antecámaras, y como la necesidad de dominar le seguía por todas partes, no podía menos de ejercerla en las más pequeñas cosas y atormentaba a los que le rodeaban, por el infatigable

manejo de una voluntad siempre activa. Se divertía con mi timidez, jugaba con mis terrores y mis respetos. A veces me llamaba bruscamente, y, viéndome entrar pálido y balbuciente, se divertía haciéndome hablar mucho tiempo para ver mi aturdimiento y turbar mis ideas. Otras, mientras escribía lo que él me dictaba, me tiraba de la oreja al mismo tiempo, a su modo, y me hacía una pregunta imprevista sobre cualquier vulgar conocimiento, como
Geografía o Álgebra, poniéndome el más sencillo problema de niño; entonces parecía que el rayo caía sobre mi cabeza. Sabía mil veces lo que me preguntaba, sabía más de lo que él creía; sabía con frecuencia hasta más que él, pero su vista me paralizaba. Cuando estaba fuera de la habitación podía respirar; la sangre comenzaba a circular por mis venas, me volvía la memoria y con ella una vergüenza indecible; la rabia se apoderaba de mí, escribía lo que debía responderle y después me revolcaba por la alfombra, lloraba, sentía deseos de matarme.

-¡Pues, qué! -me decía-. ¿Hay, pues, cabezas lo bastante fuertes para estar seguras de todo y no vacilar ante nadie? ¡Hombres que se distraen por la acción sobre toda cosa, y cuya seguridad aniquila a los demás, haciéndoles pensar que la llave de todo saber y de todo poder, llave que no se cesa de buscar, está en su bolsillo y que no tienen más que abrirlo para sacar de él luz y autoridad infalibles! Comprendía, sin embargo, que aquélla era una fuerza falsa y usurpada. Me rebelaba y gritaba: "¡Miente!" Su actitud, su voz, su gesto, no son más que una pantomima de actor, una miserable ostentación de soberanía, cuya vanidad debe conocer. ¡No es posible que crea en sí mismo tan sinceramente! Nos prohibe a todos levantar el velo; pero él se ve desnudo por dentro. ¿Y qué es lo que ve? ¡Un pobre ignorante como todos nosotros, y bajo todo eso, la débil criatura! Sin embargo, yo no sabía cómo ver el fondo de aquella alma disfrazada. El poder y la gloria le defendían bajo todos
conceptos; yo daba vueltas a su alrededor sin lograr sorprender nada en él, y aquel puercoespín, siempre armado, se revolcaba ante mí no ofreciendo por todos lados más que puntas aceradas. Un día, sin embargo, la casualidad, dueña de todos, las entreabrió, y a través de las picas y los dardos hizo penetrar un momento la luz. Un día, quizás el único de su vida, encontró alguien más fuerte que él y retrocedió un instante ante un ascendiente mayor que el suyo. Yo fui testigo de ello y me sentí vengado.Verá usted cómo ocurrió:

Estábamos en Fontainebleau. El Papa acababa de llegar. El emperador le había esperado impacientemente para la consagración y le había recibido en coche, subiendo al mismo tiempo uno por cada lado, con una etiqueta en apariencia descuidada, pero calculada profundamente para no ceder ni tomar el paso: astucia italiana. Volvía al castillo y allí todo era ruido; yo había dejado a varios oficiales en la habitación que precedía a la del emperador y me había quedado solo en la suya. Examinaba una larga mesa que tenía en lugar de mármol mosaicos romanos y que estaba cargada de un enorme montón de memoriales. Había visto a menudo a Bonaparte entrar allí y hacerles sufrir una extraña prueba. Nunca los ponía en orden ni al azar; pero cuando su número le irritaba pasaba la mano por encima de la mesa de izquierda a derecha y de derecha a izquierda como un segador, y los dispersaba hasta que el número quedaba reducido a cinco o seis, que abría. Esa especie de juego desdeñoso me había
emocionado singularmente. Todos aquellos papeles de luto y de tristeza rechazados y tirados por el suelo como arrebatados por un viento colérico; aquellas súplicas inútiles de viudas y de huérfanos, que no tenían más éxito que ser barridas por el sombrero consular, del mismo modo que las hojas voladizas; todos aquellos pliegos dolientes, humedecidos por las lágrimas, arrastrándose al azar bajo las botas del emperador, y sobre los que éste andaba como sobre sus muertos del campo de batalla, me representaban el destino actual de Francia como una lotería siniestra; y por grande que fuese la mano indiferente y ruda que sacaba los lotes, pensaba que no era justo disponer así, al capricho de sus puñetazos, de tantas fortunas obscuras que hubiesen sido un día quizá tan grandes como la suya si les hubiese sido dado un punto de apoyo. Sentí que mi corazón latía y se rebelaba contra Bonaparte, pero vergonzosamente, como el corazón de un esclavo que era en realidad. Examinaba aquellas
cartas abandonadas; gritos de dolor no escuchados se elevaban de sus profundos pliegos, y, cogiéndolas para leerlas y tirándolas de nuevo, yo mismo me hacía juez entre aquellos desgraciados y el dueño que ellos se habían dado y que iba aquel día a sentarse sobre sus cabezas más sólidamente que nunca. Tenía en la mano una de aquellas peticiones cuando el ruido de tambores me hizo saber la súbita llegada del emperador. Usted sabe que lo mismo que se ve la luz del cañón antes de oír su detonación, se le veía siempre, al mismo tiempo que oía uno el ruido de su proximidad, ¡tan rápido era su modo de andar y tanta prisa parecía tener de vivir y de echar sus acciones unas sobre otras! Cuando entraba a caballo en el patio de un palacio, a sus guías les costaba trabajo seguirle, y el centinela no había tenido tiempo de coger las armas

cuando él ya había bajado del caballo y subía la escalera. Aquella vez había dejado el coche del Papa para volver solo delante y al galope. Oí sonar sus
espuelas al mismo tiempo que el tambor. Apenas tuve tiempo de lanzarme a una alcoba en la que se ostentaba un gran lecho que no servía a nadie, fortificado por una balaustrada de príncipe y felizmente cerrada a medias solamente por cortinones sembrados de abejas.

El emperador estaba muy agitado; andaba solo en la habitación, como quien espera con impaciencia, y en un instante anduvo tres veces toda su longitud; después se adelantó hacia la ventana a tamborilear en ella una marcha con las uñas. Un coche rodó por el patio y él paró la marcha, dio dos o tres pataditas como impacientado a la vista de alguna cosa que se hacía con lentitud, fue bruscamente a la puerta y abrió al Papa.

Pío VII entró solo. Bonaparte se apresuró a cerrar la puerta tras él con una prontitud de carcelero. Yo sentí un gran terror, lo confieso, viéndome en tercera persona entre aquella gente. Sin embargo, permanecí sin voz y sin movimientos, mirando y escuchando con todo el poder de mi espíritu.

El Papa era alto; tenía el rostro alargado, amarillo, en el que se pintaba el sufrimiento, pero lleno de una nobleza santa y de una bondad sin límites. Sus ojos negros eran grandes y bellos; su boca estaba entreabierta por una sonrisa bienhechora, a la que su saliente barbilla daba una expresión de finura muy espiritual y muy viva, sonrisa que no tenía nada de la sequedad política y todo de la bondad cristiana. Un solideo blanco cubría sus largos cabellos, negros pero surcados por anchos mechones plateados. Llevaba negligentemente sobre los hombros encorvados una larga muceta de terciopelo rojo, y la sotana arrastrando hasta los pies. Entró lentamente, con el paso tranquilo y prudente de una mujer de edad. Fue a sentarse, con los ojos bajos, en uno de los sillones romanos dorados y cargados de águilas, y esperó lo que iba a decirle el otro italiano.

¡Oh, amigo mío, qué escena! ¡Qué escena! Todavía la veo. No fue el genio del hombre lo que me mostró, sino su carácter; y si su vasto espíritu no se desenvolvió en ella, por lo menos su corazón estalló. Bonaparte no era entonces como usted le ha visto después; no tenía ese vientre de banquero, ese rostro mofletudo y enfermo, esas piernas de gotoso, toda esa enfermiza robustez que el arte ha cogido desgraciadamente para hacer de él un tipo, según el lenguaje actual, y que ha dejado de él a la muchedumbre yo no sé qué forma popular y grotesca que aplican a los juguetes de los niños y le dejará quizá un día fabuloso e imposible como el informe Polichinela. Entonces no era así, amigo mío, sino nervioso y flexible, listo, vivo y esbelto, convulsivo en sus gestos, gracioso en algunos momentos, afectado en sus maneras, con el pecho hundido y tal aun como yo le he visto en Malta, con el rostro melancólico y delgado.

No cesó de andar por la habitación cuando el Papa hubo entrado; comenzó a dar vueltas alrededor del sillón como un prudente cazador, y deteniéndose de repente frente a él en la actitud rígida e inmóvil de un caporal, siguió el hilo de la conversación comenzada en el coche, interrumpida por la llegada, y que estaba impaciente por continuar.

-Os lo repito, Santo Padre: yo no soy un espíritu fuerte y no me gustan los razonadores ni los ideólogos. Os aseguro que, a pesar de mis viejos republicanos, iré a la misa.

Lanzó bruscamente al Papa estas últimas palabras como un golpe de incensario echado al rostro y se detuvo para esperar los efectos que causara, pensando que las circunstancias un poco impías que habían precedido a la entrevista debían dar a aquella confesión súbita y clara un valor extraordinario. El Papa bajó los ojos y colocó las manos sobre las cabezas de águila que formaban los brazos del sillón. Pareció por esta actitud de estatua romana que decía claramente: "Me resigno por anticipado a escuchar todas las cosas profanas que le parezca bien hacerme oír".

Bonaparte dio la vuelta a la habitación alrededor del sillón, que se encontraba en medio, y vi en la mirada que lanzó de soslayo al anciano Pontífice que no estaba contento ni de sí mismo ni de su adversario y que se reprochaba de haber reanudado demasiado pronto la conversación interrumpida. Así, pues, se puso a hablar con más ilación, andando circularmente y lanzando a hurtadillas miradas penetrantes a los espejos de la habitación, donde se reflejaba el rostro grave del Santo Padre, y mirándole de perfil cuando pasaba por su lado, pero jamás de frente, por miedo a parecer demasiado inquieto por la impresión que sus palabras pudiesen producir.

-Hay algo -dijo- que lo tengo clavado en el corazón, Santo Padre, y es que consentís en la consagración, del mismo modo que la otra vez consentísteis en el Concordato, como si estuvieseis forzado a ello. Tenéis ante mí el respeto de un mártir, estáis ahí como resignado, como ofreciendo al cielo vuestros dolores, y, en verdad, ésa no es vuestra situación, no estáis prisionero ¡no, por Dios!, sois libre como el aire.

Pío VII sonrió con tristeza y le miró de frente. Comprendía lo que había de prodigioso en las exigencias de aquel carácter despótico, a quien, como a todos los espíritus de esa clase, no le

bastaba hacerse obedecer, si obedeciéndole no se demostraba además haber deseado ardientemente lo que ordenaba.

-Sí -continuó Bonaparte con más fuerza-, perfectamente libre; podéis volver a Roma, tenéis el camino abierto y nadie os detiene.

El Papa suspiró y levantó la mano derecha y los ojos al cielo, sin responder. En seguida dejó caer de nuevo con mucha lentitud su arrugada frente y se puso a examinar la cruz de oro suspendida de su cuello.

Bonaparte continuó dando vueltas más lentamente. Su voz se hizo dulce, y su sonrisa, llena de gracia.

-Santo Padre, si la gravedad de vuestro carácter no me lo impidiera, diría en verdad que sois un poco ingrato. No me parece que os acordéis lo bastante de los buenos servicios que Francia os ha prestado. El cónclave de Venecia, que os eligió Papa, me parece que tiene un poco de aspecto de haber sido inspirado por mi campaña de Italia y por una palabra que yo dije sobre vos.

Austria no os trató bien entonces,y yo me afligí por ello. Vuestra Santidad se vio, según creo, obligado a volver a Roma por mar, a falta de poder pasar por las tierras austríacas.

Se interrumpió para oír la respuesta de su silencioso huésped; pero Pío VII no hizo más que una inclinación de cabeza casi imperceptible y permaneció como sumergido en un abatimiento que no le permitía escuchar.

Entonces Bonaparte arrastró con el pie una silla hasta que estuvo próxima al gran sillón del Papa. Yo me estremecí, porque al ir a buscarla había rozado con la charretera el cortinón de la alcoba en que yo estaba oculto.

-Y en verdad -continuó- que aquello me afligió como católico. Yo no he tenido nunca tiempo de estudiar mucho la Teología, pero conservo todavía una gran fe en el poder de la Iglesia; tiene una vitalidad prodigiosa, Santo Padre (Voltaire lo ha decentado un poco; pero yo no le amo, y voy a aflojar sobre él un viejo oratoriense exclaustrado). Vos os alegráis de ello. Vamos, si quisierais podríamos hacer muchas cosas en lo por venir.

Y adoptó un aspecto de inocencia y de juventud muy cariñoso.

-Yo no sé; aun cuando lo intento, no comprendo bien, en verdad, por qué os causaría repugnancia residir para siempre en París. Yo os dejaría, ¡por mi fe!, las Tullerías si lo quisierais. Encontraríais ya allí vuestra habitación de Monte Cavallo, que os espera. Yo no resido apenas en ella. ¿No veis, Padre, que aquélla es la verdadera capital del mundo? Yo haría todo lo que vos quisierais; empezando porque soy más niño de lo que se me cree. Con tal de que se me dejase la guerra y la cansada política, vos arreglaríais la Iglesia a vuestro gusto. Yo sería vuestro soldado inmediatamente. Sería verdaderamente bello; tendríamos nuestros concilios, como Constantino y Carlomagno; yo los abriría y los cerraría; os pondría en seguida en la mano las verdaderas llaves del mundo, y como Nuestro Señor ha dicho: "He venido con la espada", yo guardaría la espada; os la presentaría para que la bendijeseis solamente después de cada éxito de nuestros ejércitos.

Al terminar estas palabras se inclinó ligeramente.

El Papa, que hasta entonces no había dejado de permanecer sin movimiento, como una estatua egipcia, levantó lentamente la cabeza, bajada a medias, sonrió con melancolía, levantó los ojos en alto y dijo con un suspiro apacible, como si confiase su pensamiento a su ángel guardián, invisible:

-Comediante!

Bonaparte dio un salto en la silla y brincó como un leopardo herido. Una verdadera cólera se apoderó de él, una de sus cóleras amarillas. Echó a andar, primeramente sin hablar, mordiéndose los labios hasta hacerse sangre. Ya no daba vueltas alrededor de su presa con mirada fina y andar cauteloso, sino que se paseaba derecho y firme en todos sentidos de la habitación, bruscamente, pisando con estrépito y haciendo sonar las espuelas. La habitación tembló; las cortinas se estremecieron como los árboles cuando se acerca el trueno: me pareció que iba a ocurrir alguna cosa terrible y grande; los cabellos me hacían mal, e involuntariamente me llevé la mano a ellos. Miré al Papa, que no se movió; solamente oprimió con ambas manos las cabezas de águila de los brazos del sillón:

De repente estalló la bomba:

-¡Comediante! ¡Yo! ¡Ah! Yo os daré comedias que os hagan llorar a todos como mujeres y niños. ¡Comediante! ¡Ah! ¡No estáis en lo cierto si creéis que conmigo se puede hacer alarde de sangre fría insolente! ¡Mi teatro es el mundo; el papel que en él represento es el de dueño y autor; los comediantes sois vosotros, Papa, reyes, pueblo! Y el hilo por el que os muevo es el miedo. ¡Comediante! ¡Ah!, es preciso ser de otra talla muy diferente para atreveros a aplaudirme o silbarme, signor Chiaramonti! ¿Os habéis dado cuenta de que no seríais más que un pobre cura si yo lo quisiese? Francia se reiría en vuestras narices de vos y de vuestra tiara si yo no

conservase mi aspecto serio al saludarnos. Hace cuatro años solamente, nadie se hubiese atrevido a hablar alto de Cristo. ¿Quién, pues, hubiese hablado del Papa? ¡Comediante! ¡Ah, señores, habéis hecho muy pronto hincapié en mi casa! ¡Estáis de mal humor porque no he sido lo bastante tonto para firmar, como Luis XIV, la
desaprobación de las libertades galicanas! Pero a mi no se me caza así como así. Yo soy quien os tengo entre mis manos; yo soy quien os lleva del Norte al Mediodía, como polichinelas; yo soy el que finge contar con vosotros para alguna cosa porque representáis una antigua idea que quiere resucitar, y vosotros no tenéis ingenio para ver eso y hacer como si no os apercibieseis. ¡Pero no! ¡Es preciso decirlo todo! Es preciso meteros las cosas por los ojos para que las comprendáis. ¡Y creéis buenamente que se tiene necesidad de vosotros, y levantáis la cabeza, y os envolvéis en vuestras ropas de mujer! Pues sabed que no me imponen en absoluto, que si continuáis trataré las vuestras como Carlos XII las del gran visir: las rasgaré de un espolazo.

Se calló. Yo no me atrevía a respirar. Saqué un poco la cabeza al no oír ya su voz de trueno, para ver si el pobre anciano estaba muerto de espanto. La misma calma en la actitud, la misma calma en el rostro. Levantó por segunda vez los ojos al cielo, y después de haber lanzado también un suspiro sonrió con amargura y dijo:

-Tragediante!

Bonaparte, en aquel momento estaba en el extremo de la habitación, apoyado en la chimenea de mármol, tan alta como él. Partió como un rayo hacia el anciano: creí que le iba a matar. Pero se paró en seco, cogió de encima de la mesa un vaso de porcelana de Sèvres, que tenía pintado el castillo de Sant-Angelo y el Capitolio, y tirándolo contra los morillos y el mármol de la chimenea lo trituró bajo sus pies. Después se sentó de repente y permaneció en un silencio profundo y en una inmovilidad formidable.

Me tranquilicé; comprendí que había vuelto a él la reflexión y que el cerebro había recobrado el imperio sobre las efervescencias de la sangre. Se puso triste, su voz se tornó sorda y melancólica, y desde su primera palabra comprendí que estaba en lo cierto, y que aquel Proteo, domado por dos palabras, se daba a conocer a sí mismo.

-¡Desgraciada vida! -dijo primeramente.

Después se quedó como en éxtasis, desgarró el borde del sombrero y permaneció sin hablar durante un minuto aún; luego continuó, dirigiéndose a sí mismo, como si despertase:

-¡Es verdad! Trágico o cómico. Todo es papel, todo es disfraz para mí desde hace mucho tiempo y para siempre. ¡Qué cansancio! ¡Qué pequeñez! ¡Posar! ¡Siempre posar! De frente para este partido, de perfil para aquel otro, según su idea. Aparecer ante su vista como ellos quieren que sea y adivinar justamente sus sueños de imbéciles. Colocarlos a todos entre la esperanza y el temor. Alucinarlos con fechas y boletines, con prestigios de distancia y prestigios de nombre; ser su dueño siempre y no saber qué hacer de ellos. ¡Eso es todo, a fe mía! Y después de ese todo, aburrirse tanto como yo me aburro; es demasiado fuerte. Pues en verdad -prosiguió cruzando las piernas y tumbándose en un sillón- me aburro enormemente. Tan pronto como me siento reviento de fastidio. No cazaría tres días en Fontainebleau sin peligro de languidecer. A mí me es preciso andar y hacer que anden los demás. ¿Dónde vamos? ¡Que me ahorquen si lo sé! Os hablo con el corazón en la mano. Yo tengo planes para
la vida de cuarenta emperadores y ejecuto uno cada mañana y otro cada tarde; luego una imaginación infatigable; pero no habré tenido tiempo de llevar la vida de dos cuando ya estaré gastado en cuerpo y alma, pues nuestra pobre lámpara no arde mucho tiempo. Y, francamente, cuando todos mis planes hayan sido ejecutados, no juraré que el mundo se encuentre mucho más dichoso; pero será más bello y una unidad majestuosa reinará en él. Yo no soy un filósofo, y no sé más que de nuestro secretario de Florencia que haya tenido sentido común. No entiendo de nada en ciertas teorías. La vida es demasiado corta para detenerse. Apenas he pensado, ejecuto. Ya se encontrarán bastantes explicaciones de mis actos para agrandarme si prospero y empequeñecerme si caigo. Las paradojas están siempre prontas y abundan en Francia; las hago callar mientras vivo; pero después será cosa de ver. No importa; mi negocio es prosperar, y en eso soy atendido. Yo hago mi Ilíada en acción y la hago todos los
días.

Dicho esto se levantó con alegre prontitud, en la que había algo de alerta y de viveza; estaba natural y verdadero en aquel momento; no pensaba en sobresalir como lo hizo después en sus diálogos de Santa Elena; no pensaba en idealizarse y no componía su persona de modo que realizase las más bellas concepciones filosóficas; era él mismo exteriorizado. Se llegó de nuevo hasta donde estaba el Santo Padre, que no había hecho un movimiento, y se paseó por delante de él. Allí, enardeciéndose, riendo a medias con ironía, recitó poco más o menos lo que sigue, entre

trivial y gracioso, según su costumbre, hablando con una volubilidad inconcebible, expresión rápida de aquel genio fácil y pronto que lo adivinaba todo a la vez, sin estudio:

-El nacimiento es todo -dijo-; los que vienen al mundo pobres y desnudos no son nunca otra cosa que desesperados. Eso se convierte en acción o en suicidio, según el carácter de las gentes. Cuando tienen, como yo, valor para poner mano en todo, se convierten en diablos. ¿Qué queréis? Es preciso vivir. Es preciso encontrar su puesto y hacer su agujero. Yo he hecho el mío como una bala de cañón. Tanto peor para los que estaban delante de mí. Los unos se contentan con poco y los otros no se contentan jamás. ¿Qué le vamos a hacer? Cada uno come según su apetito, ¡y yo tenía gran hambre! Mirad, Santo Padre: en Tolón yo no tenía con qué comprar un par de charreteras, y en su lugar tenía una madre y no sé cuántos hermanos sobre los hombros. Todo esto está colocado en la actualidad de un modo bastante conveniente, según creo. Josefina se había casado conmigo como por piedad, y vamos a coronarla en las barbas de Raguideau, su notario, que dijo que yo no tenía más que la capa y la
espada. No se engañaba, ¡a fe mía! Manto imperial, corona, ¿qué es todo esto? ¿Es mío? ¡Disfraz! ¡Disfraz de actor! Voy a ponérmelo para una hora y ya tendré bastante. En seguida recobraré mi trajecillo de oficial y montaré a caballo; ¡toda la vida a caballo! No estaré sentado un día sin que corra el riesgo de que me tiren abajo del sillón. ¿Es esto digno de envidiar? ¿Eh? Os lo aseguro, Santo Padre, en el mundo no hay más que dos clases de hombres: los que tienen y los que ganan. Los primeros se acuestan; los otros se mueren. Como yo lo he comprendido a tiempo y con oportunidad, iré lejos; eso es todo. No hay más que dos que hayan llegado comenzando a los cuarenta años: Cronwell y Juan Jacobo; si le hubieseis dado al uno una heredad y al otro mil doscientos francos y su sirvienta, no hubiesen ni predicado, ni ordenado, ni escrito. Hay obreros en construcciones, en colores, en formas y en sus frases; yo soy obrero en batallas. Ése es mi estado. A los treinta y cinco años he
fabricado dieciocho que se llaman victorias. Es preciso que se me pague mi obra. Y pagarla con un trono no es demasiado caro. Por otra parte, yo trabajaré siempre. Vos veréis otras muchas victorias... Veréis a todas las dinastías datar de la mía, aun cuando soy un advenedizo y elegido. Elegido como vos, Santo Padre, y sacado de la muchedumbre. En ese punto podemos darnos las manos.

Y, aproximándose, tendió su mano, blanca y brusca, hacia la mano descarnada y tímida del buen Papa,, que, quizás enternecido por el tono de bondad de aquel último movimiento del emperador, quizá por un retorno secreto sobre su propio destino y un triste pensamiento sobre el porvenir de las sociedades cristianas, le dio dulcemente la punta de los dedos, temblorosos aún, con el aspecto de la abuela que se reconcilia con un niño a quien había tenido la pena de reñir demasiado fuerte. Entretanto, movió la cabeza con tristeza y vi rodar de sus bellos ojos una lágrima, que se deslizó rápidamente por su lívida y seca mejilla. Me pareció el último adiós del cristianismo moribundo, que abandonaba la tierra al egoísmo y al azar.

Bonaparte echó una mirada furtiva a aquella lágrima arrancada a aquel pobre corazón, y hasta sorprendí en uno de los extremos de su boca un movimiento rápido que se asemejaba a una sonrisa de triunfo. En aquel momento, aquella naturaleza todopoderosa me pareció menos elevada y menos exquisita que la de su santo adversario; esto me hizo enrojecer, tras los cortinones, por todos mis entusiasmos pasados; sentí una tristeza completamente nueva al descubrir cómo la más alta grandeza política podía hacerse pequeña en sus frías astucias de vanidad, sus lazos miserables y sus bajezas de taimado. Vi que no había querido nada de su prisionero y que sentía una tácita alegría por no haber fracasado en aquella entrevista y, habiéndose dejado sorprender por la emoción de la cólera, hacer doblegar al cautivo bajo la emoción de la fatiga, del temor y de todas las debilidades que producen un estremecimiento inexplicable en el ánimo de un anciano. Había querido que fuese suyo el último
triunfo, y salió sin añadir una palabra, tan bruscamente como había entrado. No vi si había saludado al Papa. Creo que no.

Capítulo VI

Un hombre de mar.

Tan pronto como el emperador salió de la habitación, dos eclesiásticos se llegaron al Santo Padre y se lo llevaron sosteniéndole por debajo de los brazos, aterrado, emocionado y tembloroso.

Yo permanecí hasta que se hizo de noche en la alcoba desde donde había escuchado esta conversación. Mis ideas se confundían, y no era el terror de la escena lo que me dominaba. Estaba abrumado por lo que había visto; y sabiendo entonces a qué bajos cálculos podía hacer descender al genio la ambición personal, odiaba aquella pasión que acababa de empequeñecer a mi vista al más brillante de los dominadores, al que dará quizá su nombre al siglo, por haberle detenido diez años en su marcha. Comprendí que era una locura entregarse a un hombre, puesto que la autoridad despótica no puede por menos de pervertir a nuestros débiles corazones; pero no sabía a qué idea entregarme en adelante. Ya le he dicho a usted que tenía entonces dieciocho años y no había aún en mí más que un ínstinto vago de la verdad, de lo bueno y de lo bello, pero bastante obstinado para entregarme sin cesar a la investigación. Esto es lo único que estimo en mí.

Juzgué que mi deber era callar lo que había visto; pero tuve ocasión de creer que se habían dado cuenta de mi desaparición, inmediata a la del emperador, pues verá usted lo que me sucedió. No noté en las maneras de aquél ningún cambio con respecto a mí. Sólo pasaba pocos días al lado de él, y el estudio atento que había querido hacer de su carácter fue bruscamente detenido. Una mañana recibí la orden de partir inmediatamente para el campo de Boloña, y, a mi llegada, la orden de embarcar en uno de los barcos planos que se probaban en el mar.

Partí con menos pena que si me hubiesen anunciado el viaje antes de la escena de Fontainebleau. Respiré al alejarme de aquel viejo castillo y de sus bosques, y en aquel alivio involuntario comprendí que mi seidismo estaba mordido en el corazón. Me entristecí al principio por este primer descubrimiento, y temblé por la deslumbradora ilusión que hacía para mí un deber de mi ciega abnegación. El gran egoísta se había mostrado desnudo ante mí; pero a medida que me alejaba de él comenzaba a contemplarle en sus obras, y merced a esta contemplación recobró aún sobre mí una parte del mágico ascendiente por el que había fascinado al mundo. Sin embargo, fue más bien la idea gigantesca de la guerra la que se me apareció en adelante que la del hombre que la representaba de un modo tan temible, y a su vista sentí aumentarse en mí una insensata embriaguez por la gloria de los combates, aturdiéndome con respecto al amo que los ordenaba y mirando con orgullo el trabajo perpetuo de los
hombres, que todos ellos no me parecieron más que sus humildes obreros.

El cuadro era homérico, en efecto, y bueno para cautivar a escolares, por el aturdimiento de las acciones multiplicadas. Algo falso se destacaba en él sin embargo, y se me mostraba vagamente, pero de un modo confuso aún, y yo sentía la necesidad de una vista mejor que la mía, que me hiciese descubrir el fondo de todo aquello. Acababa de aprender a medir al capitán, y me era preciso sondar la guerra. He aquí qué nuevo acontecimiento me dio esta segunda lección, pues he recibido tres rudas enseñanzas en mi vida, y se las refiero a usted después de haberlas meditado todos los días. Sus sacudidas fueron violentas y la última acabó de derribar el ídolo de mi alma.

La aparente demostración de conquista y de desembarco en Inglaterra, la evocación de los recuerdos de Guillermo el Conquistador, el descubrimiento del campo de César en Boloña, la reunión súbita de novecientos barcos en aquel puerto bajo la protección de una flota de quinientas velas, siempre anunciada; el establecimiento de los campos de Dunkerque y de Ostende, de Calais, de Montreuil y de Saint-Omer bajo las órdenes de cuatro mariscales; el trono militar de donde cayeron las primeras estrellas de la Legión de Honor, las revistas, las fiestas, los ataques parciales, todo ese fragor, reducido, según el lenguaje geométrico, a su más sencilla expresión, tuvo tres fines: inquietar a Inglaterra, adormecer a Europa y concentrar y entusiasmar al Ejército.

Conseguidos sobradamente esos tres puntos, Bonaparte dejó caer pieza a pieza la máquina artificial que había hecho funcionar en Boloña. Cuando llegué allí funcionaba en el vacío, como la de Marly. Los generales hacían allí aún los falsos movimientos de un ardor simulado del que no tenían conciencia. Continuaban aún echando a la mar algunos desgraciados barcos desdeñados por los ingleses y echados a pique por ellos de vez en cuanto. Recibí orden de formar parte de una de aquellas embarcaciones desde el día siguiente a mi llegada.

Aquel día estaba en el mar una sola fragata inglesa. Corría bordadas con majestuosa lentitud, iba, venía, viraba, se inclinaba, se volvía a levantar, se miraba, se deslizaba, se detenía, jugaba al sol como un cisne que se baña. El miserable barco plano, de nueva y mala invención, se había arriesgado muy adelante, con otros cuatro barcos semejantes, y estábamos muy orgullosos de nuestra audacia, botados desde por la mañana, cuando descubrimos de repente los apacibles fuegos de la fragata. Sin duda nos hubiesen parecido muy graciosos y poéticos vistos desde tierra firme, o solamente si se hubiese divertido ejecutando sus fuegos entre Inglaterra y nosotros; pero era, por el contrario, entre nosotros y Francia. La costa de Boloña estaba a más de una legua.

Esto nos puso pensativos. Hicimos fuerza con nuestras malas velas y con nuestros peores remos, y, mientras nosotros bregábamos, la apacible fragata continuaba tomando su baño de mar y describiendo mil contornos agradables a
nuestro alrededor, haciendo el manejo, cambiando de mano como un caballo bien amaestrado y dibujando eses y zedas en el agua del modo más amable. Notamos que tuvo la bondad de dejarnos pasar varias veces por delante de ella sin tirar un cañonazo, y hasta, al mismo tiempo, retiró todos los cañones al interior y cerró sus portas. Creí primeramente que era una maniobra muy pacífica, y no comprendía nada de aquella política. Pero un grueso y viejo marino me dio un codazo y me dijo: "Esto va mal". En efecto; después de habernos dejado correr por delante de ella como ratones por delante de un gato, la amable y bella fragata se echó encima de nosotros a todas velas, sin dignarse hacer fuego; chocó contra nosotros por su proa, como un caballo con el pecho; nos hizo trizas, nos aplastó y nos echó a pique, y pasó alegremente por encima de nosotros, dejando que algunas canoas pescasen a los prisioneros, de los que yo hice el número diez, de doscientos hombres que éramos al partir. La
bella fragata se llamaba La Náyade, y, por no perder la costumbre francesa de los juegos de palabras, puede usted comprender que no nos quedamos sin llamarla La Noyade.

Había recibido un baño tan violento, que estuve a punto de que me tirasen al mar como muerto, cuando un oficial que registraba mi cartera encontró en ella la carta de mi padre que acaba usted de leer y la firma de lord Collingwood. Hizo que me procurasen cuidados más atentos, encontraron en mí algunas señales de vida, y cuando recobré el conocimiento me encontraba, no en la graciosa Náyade, sino a bordo de la Victoria (The Victory). Pregunté quién mandaba aquel navío, y me respondieron lacónicamente: "Lord Collingwood". Creí que sería el hijo de aquel que había conocido a mi padre; pero me condujeron a él y salí del error. Era el mismo hombre.

No pude contener mi sorpresa cuando me dijo, con una bondad completamente paternal, que no esperaba ser el guardián del hijo después de haberlo sido del padre, pero que esperaba no portarse entonces peor; que había asistido a los últimos momentos de aquel anciano, y que al saber mi nombre había querido tenerme a bordo de su buque; me hablaba en el más puro francés, con una dulzura melancólica cuya expresión no se me ha ido jamás de la memoria. Me ofreció que permaneciera allí, bajo palabra de no hacer ninguna tentativa de evasión. Yo le di mi palabra de honor sin vacilar, a manera de los jóvenes de dieciocho años, y porque me encontraba mucho mejor a bordo de la Victoria que en cualquier otro pontón. Asombrado de no ver nada que justificase las prevenciones que nos daban contra los ingleses, hice conocimiento bastante fácil con los oficiales del barco, a quienes mi ignorancia del mar y de su lengua divertía mucho, y que se entretuvieron en hacerme conocer lo uno y lo otro,
con una cortesía tanto más grande cuanto que su almirante me trataba como hijo suyo. Sin embargo, una gran tristeza se apoderaba de mí cuando veía lejos las blancas costas de Normandía, y me retiraba para no llorar. Resistía a las ganas que tenía de ello porque era joven y valiente; pero en cuanto mi voluntad no vigilaba ya a mi corazón, en cuanto estaba acostado y dormido, las lágrimas salían de mis ojos contra mi voluntad y me empapaban las mejillas y las sábanas del lecho, hasta el punto de despertarme.

Una noche, sobre todo, se había hecho una nueva presa de un bergantín francés; yo le había visto de lejos naufragar, sin que se hubiese podido salvar un solo hombre de la tripulación, y, a pesar de la gravedad y de la moderación de los oficiales, me había sido preciso oír los gritos y los hurras de los marineros, que veían con alegría desvanecerse la expedición y engullir la mar gota a gota aquel alud, que amenazaba aplastar a su patria. Me había retirado y ocultado todo el día en el cuartito que lord Collingwood había hecho que me diesen cerca de su departamento, como para mejor declarar su protección, y llegada la noche subí solo al puente. Había sentido al enemigo a mi alrededor más que nunca, y me puse a reflexionar sobre mi destino, detenido tan pronto, con gran amargura. Hacía ya un mes que estaba prisionero de guerra, y el almirante Collingwood, que en público me trataba con tanta benevolencia, no me había hablado en particular más que un instante, el mismo día de mi
llegada a bordo de su barco; era bueno, pero frío, y en sus maneras, lo mismo que en las de los oficiales ingleses, había un punto en que todas las efusiones se detenían y donde la política compasada se presentaba como una barrera que interceptaba todos los caminos. Esto hace que pese la vida en países extranjeros. Yo pensaba en ello con una especie de terror considerando la vileza de mi posición, que podía durar hasta el final de la guerra, y veía como inevitable el sacrificio de mi juventud, anonadada en la vergonzosa inutilidad del prisionero. La fragata marchaba rápidamente a todas velas y yo no la sentía andar. Había apoyado ambas manos en un cable y la frente en las manos, e inclinado así miraba el agua del mar. Sus profundidades verdes y sombrías me producían una especie de vértigo, y el silencio de la noche no era interrumpido

más que por gritos ingleses. Esperaba que el navío me llevara muy lejos de Francia y que a la mañana siguiente no vería ya aquellas costas
rectas y blancas cortadas en la buena tierra querida de mi país. Pensaba que de ese modo quedaría libertado del deseo perpetuo que me producía su vista y que no tendría, por lo menos, el suplicio de no poder ni aun pensar en escaparme sin deshonor; suplicio de Tántalo en el que una sed ávida de la patria debía devorarme por mucho tiempo. Me aniquilaba mi soledad y deseaba una próxima ocasión de hacerme matar. Soñaba componiendo mi muerte hábilmente y a la manera grande y noble de los antiguos. Imaginaba un fin heroico y digno de aquellos que habían sido el objeto de tantas conversaciones de pajes y de niños guerreros, el objeto de tanta envidia entre mis compañeros. Estaba en esos sueños, que a los dieciocho años se asemejan más a una continuación de acción y de combate que a una seria meditación, cuando sentí que me tiraban dulcemente del lazo, y, volviéndome, vi de pie detrás de mí al buen almirante Collingwood.

Llevaba en la mano su anteojo de noche y estaba vestido con su gran uniforme, con el rígido aspecto del uniforme inglés. Me puso la mano en el hombro de un modo paternal, y noté un aire de profunda melancolía en sus grandes ojos negros y en su frente. Sus cabellos blancos, medio empolvados, le caían bastante negligentemente sobre las orejas, y a través de la calma inalterable de su voz y de sus maneras había un fondo de tristeza que me impresionó aquella noche sobre todo e hizo que sintiese por él desde aquel momento más respeto y más atención.

-Ya está usted triste, hijo mío -me dijo-. Tengo algunas cosillas que decirle; ¿quiere usted conversar un poco conmigo?

Balbucí algunas vagas palabras de reconocimiento y de cortesía que probablemente no tenían sentido común, puesto que no las escuchó, y se sentó en un banco, teniéndome cogido de la mano. Yo estaba de pie ante él.

-No hace más que un mes que está usted prisionero -comenzó- y yo lo estoy desde hace treinta y tres años. Sí, amigo mío. Soy prisionero del mar, él me guarda por todos lados; siempre olas y olas; no veo ni oigo otra cosa. Mis cabellos han blanqueado bajo su espuma y mi espalda se ha encorvado un poco bajo su humedad. He pasado tan poco tiempo en Inglaterra, que no la conozco más que por el mapa. La patria es un ser ideal a quien no he hecho más que entrever, pero a quien sirvo como un esclavo y que aumenta para mí el rigor a medida que me hago más necesario. Ésta es la suerte común, y hasta debemos desear mucho el tener tales cadenas; pero a veces son muy pesadas.

Se interrumpió un instante, y quedamos callados los dos, pues yo no hubiese osado decir una palabra viendo que él iba a proseguir.

-He reflexionado mucho -me dijo-, y me he interrogado sobre mi deber al traerle a bordo de mi buque. Hubiera podido dejarle conducir a Inglaterra, pero hubiera usted podido caer allí en una miseria de la que siempre le preservaré y en una desesperación de la que también espero salvarle; tenía con su padre de usted una amistad muy verdadera, y ahora le daré una prueba de ella; si me ve, estará contento de mí, ¿no es eso?

El almirante se calló otra vez y me estrechó la mano. A pesar de la noche, se adelantó y me miró atentamente para ver lo que experimentaba a medida que él me hablaba. Pero yo estaba demasiado turbado para responderle, y continuó más rápidamente:

-He escrito ya al Almirantazgo para que al primer cambio sea usted enviado nuevamente a Francia; pero esto puede ir para largo, no se lo oculto; pues, además de que Bonaparte se presta mal a ello, nos hacen pocos prisioneros... Mientras tanto, quiero decirle a usted que le vería con gusto estudiar la lengua de sus enemigos; ya ve usted que nosotros sabemos la suya. Si usted lo quiere, trabajaremos juntos, y le prestaré Shakespeare y el capitán Cook. No se aflija usted, se verá usted libre antes que yo, pues si el emperador no hace las paces, tengo para toda la vida.

Aquel tono de bondad por el que se asociaba a mí y nos hacía camaradas en su prisión flotante hizo que sintiese pena por él; comprendí que en aquella vida sacrificada y aislada tenía necesidad de hacer bien para consolarse secretamente de la rudeza de su misión, siempre belicosa.

-Milord -le dije-, antes de enseñarme las palabras de una lengua nueva, deme a conocer los pensamientos mediante los cuales ha llegado usted a esa calma perfecta, a esa igualdad de alma que se asemeja a la felicidad y oculta un eterno fastidio... Perdóneme usted lo que voy a decirle, pero me temo que esa virtud no sea más que un disimulo perpetuo.

-Se engaña usted grandemente -dijo-; el sentimiento del deber acaba por dominar de tal modo al espíritu, que entra en el carácter y se convierte en uno de sus rasgos principales, lo mismo que una sana alimentación perpetuamente recibida puede cambiar la masa de la sangre y convertirse en uno de los principios de nuestra constitución. Yo he experimentado más que cualquier otro hombre quizá hasta qué punto es fácil llegar a olvidarse completamente. Pero no se puede

despojar al hombre todo entero, y hay cosas que están en el corazón más arraigadas de lo que se quisiera.

Aquí se interrumpió y cogió su largo anteojo. Lo colocó encima de mi hombro para observar una luz lejana que se deslizaba en el horizonte, y comprendiendo al instante lo que era, por el movimiento: "Barcos pescadores" -dijo-, y se colocó a mi lado, sentado en el borde del navío. Yo veía que desde hacía mucho tiempo tenía que decirme alguna cosa que no abordaba.

-No me habla usted nunca de su padre -me dijo de repente-; estoy admirado de que no me pregunte usted acerca de él, acerca de lo que sufrió, de lo que dijo, de sus voluntades.

Y como la noche era muy clara pude ver que atentamente me observaba con sus grandes ojos negros.

-Temía ser indiscreto... -le dije con mucha turbación.

Me oprimió el brazo, como para impedir que continuase hablando.

-No es eso -dijo-; my child, no es eso.

Y movió la cabeza con duda y bondad.

-He encontrado pocas ocasiones de hablar con usted, milord.

-Menos aún -interrumpió-. Me hubiese usted hablado de esto todos los días si hubiese querido.

Noté en su acento agitación y un poco de reproche. Aquello era lo que tenía en el corazón. Aun se me ocurrió otra tonta respuesta para justificarme; pero nada nos hace tan necios como las malas excusas.

-Milord -le dije-, el sentimiento humillante de la cautividad absorbe más de lo que usted puede creerse.

Y recuerdo que al decir esto creí adoptar un aire de dignidad y un continente de Régulo, propios para causarle un gran respeto hacia mí.

-¡Ah! ¡Pobre muchacho! ¡Pobre niño! Poor boy! -me dijo-; no está usted en lo cierto. No desciende usted hasta sí mismo. Busque usted bien y encontrará en si una indiferencia de la que no es usted responsable, sino el destino militar de su pobre padre.

Había abierto el camino a la verdad y le dejé salir.

-Es cierto -dije- que no he conocido a mi padre; apenas le vi una vez en Malta.

-¡Ahí está la verdad! ¡Ahí está lo cruel, amigo mío! Lo mismo dirán un día mis dos hijas. ¡No conocemos a nuestro padre! ¡Eso dirán Sarah y Mary!, y, sin embargo, las amo con un corazón ardiente y tierno; las educo desde lejos, las vigilo desde mi buque, les escribo todos los días, dirijo sus lecturas, sus trabajos; les envío ideas y sentimientos, y recibo en cambio sus confidencias de niños; les riño, me apaciguo, me reconcilio con ellas, ¡sé todo lo que hacen!, sé qué día han ido al templo con sus lindos vestidos. Doy a su madre continuas instrucciones para ellas; preveo por anticipado quién las amará, quién las pedirá, quién se casará con ellas; sus maridos serán mis hijos; hago de ellas dos mujeres piadosas y sencillas; no se puede ser mejor padre de lo que yo soy... ¡Pues bien!; todo esto no es nada, porque no me ven.

Dijo estas últimas palabras con voz emocionada, en el fondo de la cual se adivinaban las lágrimas... Tras un momento de silencio continuó:

-Sí; Sarah no se ha sentado en mis rodillas más que cuando tenía dos años, y no he tenido a Mary en mis brazos sino cuando sus ojos no se habían abierto aún. Sí; es justo que a usted le haya sido indiferente su padre y que yo llegue a serlo algún día para ellas. No se ama a un invisible. ¿Qué es un padre para ellas? Una carta de cada día. Un consejo más o menos frío. No se ama a un consejo, se ama a un ser, y a un ser a quien no se ve no existe y no se le ama, y cuando ha muerto no está más ausente de lo que ya estaba, y no se le llora.

Se ahogaba, y se detuvo. No queriendo ir más lejos en aquel sentimiento de dolor delante de un extraño, se alejó y se paseó un rato a lo largo y a lo ancho del puente. Aquel espectáculo me impresionó profundamente, y sentí remordimientos por no haber comprendido bastante lo que vale un padre, y a aquella noche le debo la primera emoción buena, natural, santa, que haya experimentado mi corazón. En aquellos pesares profundos, en aquella tristeza insuperable en medio del más brillante esplendor militar, comprendí todo lo que había perdido no conociendo el amor del hogar, que podía dejar en un corazón grande tan agudas penas; comprendí todo lo que había de ficticio en nuestra educación bárbara y brutal, en nuestra insaciable necesidad de acción atolondradora; vi, como por una revelación súbita del corazón, que había una vida adorable y sensible, de la que había sido arrancado violentamente; una vida verdadera de amor paternal, en cambio de la cual se nos daba una vida falsa,
toda compuesta de odios y de toda clase de vanidades pueriles; comprendí que no había más que una cosa más bella que la familia y a la que se la pudiese santamente inmolar: la otra familia, la patria. Y mientras el viejo valiente, alejándose de mí, lloraba porque era bueno, yo metí la cabeza entre las manos y lloré por haber sido hasta entonces tan malo.

Después de algunos instantes, el almirante volvió a mí.

-Tengo que decirle a usted -comenzó con tono más firme- que no tardaremos en aproximarnos a Francia. Soy un eterno centinela colocado delante de los puertos de ustedes. No tengo que añadir más que una palabra, y he querido que fuese estando solos: acuérdese usted que está aquí bajo su palabra y que no le vigilaré en absoluto; pero, hijo mío, cuanto más tiempo pase, más fuerte será la prueba. Es usted muy joven aún; si la tentación se hace demasiado grande para que su valor resista a ella, venga usted a buscarme cuando tema sucumbir, y no se oculte de mí; yo le salvaré de una acción deshonrosa que, por desgracia para su nombre, han cometido algunos oficiales. Acuérdese usted de que está permitido romper, si se puede, una cadena de galeote, pero no una palabra de honor.

Y tras estas frases, estrechándome la mano, se marchó.

No sé si se habrá dado usted cuenta, amigo mío, de que las revoluciones que se realizan en nuestra alma dependen a menudo de un día, de una hora, de una conversación memorable e imprevista que nos conmueve y echa en nosotros como gérmenes nuevos que crecen lentamente, y de los que el resto de nuestras acciones es solamente la consecuencia y el natural desenvolvimiento. Tales fueron para mí la mañana de Fontainebleau y la noche del barco inglés. El almirante Collingwood me dejó presa de un nuevo combate. Lo que no era en mí sino un fastidio profundo de la cautividad y una inmensa y juvenil impaciencia por obrar, se convirtió en una necesidad desenfrenada de la patria; al ver el dolor que minaba poco a poco a un hombre siempre separado de la tierra maternal, sentí una gran prisa por conocer y adorar a la mía; inventaba lazos apasionados que no me esperaban, en efecto; me imaginaba una familia y me puse a soñar con parientes a quienes apenas había conocido y a quienes me
reprochaba de no haber querido bastante, mientras que, acostumbrados a no contar conmigo para nada, vivían en su frialdad y su egoísmo, perfectamente indiferentes a mi existencia abandonada y frustrada. De este modo, el mismo bien se tornó en mal mío; así el sabio consejo que el buen almirante había creído deber darme me lo había rodeado por completo de una emoción que le era propia y que hablaba más alto que él; su voz turbada me había impresionado más que la prudencia de sus palabras; y mientras creía apretar mi cadena, había excitado más vivamente en mí el deseo de romperla. Así sucede casi siempre con todos los consejos escritos o hablados. Solamente la experiencia, el razonamiento que producen nuestras propias reflexiones, pueden instruirnos. Vea usted, que las cultiva, la inutilidad de las bellas letras. ¿Para qué sirven ustedes? ¿Qué convierten? ¿Y de quiénes son ustedes comprendidos? Casi siempre hacen ustedes prosperar a la causa contraria a aquella por la que
pleitean. Mire usted: hay uno que hace de Clarisa el más bello poema épico posible sobre la virtud de la mujer; ¿qué sucede? Toman lo contrario y se apasionan por Lovelace, a quien ella aniquila, sin embargo, con su esplendor virginal, que la misma violación no ha empañado; por Lovelace, que se arrastra en vano de rodillas para implorar la gracia de una víctima santa y no puede conmover aquel alma que la caída del cuerpo no ha podido mancillar. Todo se vuelve malo en las enseñanzas. No sirven ustedes más que para mover vicios, que, orgullosos de que ustedes los pinten, acaban por mirarse en el cuadro y encontrarse bellos. Es cierto que a ustedes les da lo mismo; pero mi sencillo y buen Collingwood me había cobrado verdadera amistad y mi conducta no le era indiferente. Encontró primeramente mucho placer viéndome entregado a serios y constantes estudios. En mi moderación actual y en mi silencio encontró también algo que simpatizaba con la gravedad inglesa, y tomó la costumbre de
confiarse a mí en más de una ocasión y encomendarme asuntos que no carecían de importancia. Al cabo de algún tiempo se me consideró como su secretario y pariente, y, por mi parte, hablaba bastante bien el inglés para no parecer ya demasiado extranjero.

Sin embargo, era cruel la vida que llevaba, y encontraba muy largas las jornadas melancólicas del mar. No cesamos por espacio de años enteros de rondar alrededor de Francia, y sin cesar veía dibujarse en el horizonte las costas de esa tierra que Grotins ha llamado el más bello reino, después del reino del cielo; luego volvíamos al mar y no había a mi alrededor por espacio de meses enteros sino nieblas y montañas de agua. Cuando pasaba un navío, cerca o lejos de nosotros, era inglés; ningún otro tenía derecho para entregarse al viento, y el océano no oía palabra que no fuese inglesa. Los mismos ingleses estaban entristecidos por ello y se quejaban de que entonces se hubiese convertido el océano en un desierto en el que se encontraban eternamente, y Europa en una fortaleza que les estaba cerrada. A veces mi cárcel de madera se acercaba tanto a tierra, que yo podía distinguir a hombres y niños que andaban por la orilla. Entonces el corazón me latía violentamente y una rabia
interior me devoraba con tanta violencia, que iba a ocultarme al fondo de la cala para no sucumbir al deseo de echarme a nado; pero cuando volvía al lado del infatigable Collingwood

me avergonzaba de mis debilidades de niño, no podía dejar de admirar cómo a una tristeza tan profunda unía un valor tan activo. Aquel hombre, que desde hacía cuarenta años no conocía más que la guerra y el mar, no cesaba nunca de aplicarse a su estudio como a una ciencia inagotable. Cuando un navío estaba cansado, montaba otro como un jinete implacable; los gastaba y los mataba bajo su mando. Cansó a siete en el tiempo que estuvo conmigo. Se pasaba la noche completamente vestido, sentado encima de los cañones, sin cesar de calcular el arte de tener a su navío inmóvil, en centinela, en el mismo punto del mar, sin echar el ancla, a través de los vientos y las tempestades; ejercitaba sin cesar a su tripulación y velaba por ella y para ella; aquel hombre no había gozado de ninguna riqueza, y mientras
se le nombraba par de Inglaterra, amaba su sopera de estaño como un marinero; después, una vez bajado a su cuarto, se convertía en padre de familia y escribía a sus hijas aconsejándoles que no fuesen solamente bellas damas, que leyesen, no novelas, sino historias de viajes, ensayos, y a Shakespeare tanto como quisiesen (as often as they please); escribía: "Combatimos el día del nacimiento de mi pequeña Sarah", después de la batalla de Trafalgar, que tuve el dolor de verles ganar, y cuyo plan había trazado él con su amigo Nelson, a quien sucedió. A veces sentía que su salud se debilitaba y pedía gracia a Inglaterra; pero la inexorable le respondía: Permanezca usted en el mar, y le enviaba una dignidad o una medalla de oro por cada bella acción, y su pecho estaba cargado de ellas. Escribía también: "Desde que abandoné mi país no he pasado diez días en un puerto; mis ojos se debilitan; cuando pueda ver a mis hijas, el mar me habrá dejado ciego. Lamento que entre tantos oficiales
sea tan difícil encontrar quien me substituya aventajándome en habilidad"; Inglaterra respondía: Permanecerá usted en el mar, siempre en el mar. Y en él permaneció hasta la muerte.

Aquella vida romana e imponente me aniquilaba por su elevación y me impresionaba por su sencillez cuando le había contemplado un día solamente en su resignación grave y reflexiva. Me despreciaba yo mismo grandemente a mí, que, sin ser nada como ciudadano, nada como padre, ni como hijo, ni como hermano, ni hombre de familia, ni hombre público, me quejaba cuando no se quejaba él. No se había dejado adivinar más que una vez contra su voluntad, y yo, niño inútil, hormiga entre las hormigas que pisoteaba el sultán de Francia, me reprochaba mi deseo secreto de volver, de entregarme al azar de sus caprichos y convertirme de nuevo en uno de los granos de ese polvo que amasaba con sangre. La vista de aquel verdadero ciudadano sacrificado, no como yo lo había estado, a un hombre, sino a la patria y al deber, fue para mí un feliz encuentro, pues aprendí en aquella escuela severa cuál es la verdadera grandeza que debemos buscar en las armas, y comprendida así, cuánto eleva nuestra
profesión por encima de todas las demás y cuán digna de admiración deja la memoria de algunos de nosotros, cualquiera que sea el porvenir de la guerra y de los ejércitos. Jamás ningún hombre poseyó en más alto grado esa paz interior que nace del sentimiento del deber sagrado y de la modesta indiferencia de un soldado a quien le importa poco que su nombre sea célebre con tal de que la cosa pública prospere. Un día le vi escribir: "Mantener la independencia de mi país es la primera voluntad de mi vida, y prefiero que mi cuerpo esté añadido a la muralla de la patria que arrastrado en una pompa inútil a través de una multitud ociosa. Mi vida y mis fuerzas están consagradas a Inglaterra. No hable usted de mi última herida; creería que me glorifico por mis peligros". Su tristeza era profunda, pero estaba llena de grandeza; no impedía su actividad perpetua, y él me dio la medida de lo que debe ser el hombre de guerra inteligente, debiendo ejercitarse, no en la ambición, sino en el
arte: en el arte de la guerra, juzgándolo, sobre todo, muy alto y despreciándolo muchas veces, como aquel Montecuculli que, habiendo sido muerto Turena, se retiró sin dignarse empeñar más la partida contra un jugador ordinario. Pero yo era demasiado joven aún para comprender todos los méritos de aquel carácter, y lo que más me dominaba era la ambición de tener en mi país un rango parecido al suyo. Cuando veía a los reyes del Mediodía pedirle su protección, y al mismo Napoleón emocionarse con la esperanza de que Collingwood estaba en los mares de la India, llegaba hasta llamar con todos mis votos la ocasión de escaparme, y llevaba la prisa de la ambición que alimentaba siempre hasta estar a punto de faltar a mi palabra. Sí; hasta ese extremo llegué.

Un día, el barco Océano que nos conducía, hizo estada en Gibraltar. Bajé a tierra con el almirante y, paseándome solo por la ciudad, me encontré con un oficial del 7º de húsares que había sido hecho prisionero en la campaña de España y conducido a Gibraltar con cuatro de sus camaradas. Tenían la ciudad por prisión, pero estaban vigilados de cerca. Había conocido a este oficial en Francia. Nos encontramos con placer en una situación poco más o menos semejante. Hacía tanto tiempo que un francés no me había hablado en francés, que lo encontré elocuente, aun cuando fuese perfectamente tonto, y al cabo de un cuarto de hora nos confiamos el uno al

otro en lo referente a nuestra posición. Me dijo en seguida francamente que iba a escaparse con sus camaradas; que habían encontrado una ocasión excelente y que no se lo haría decir dos veces para seguirles. Me incitó mucho a que hiciese otro tanto. Yo le respondí que era muy feliz por estar vigilado; pero que yo, que no lo estaba, no
podía evadirme sin deshonor; que él, sus compañeros y yo no estábamos en el mismo caso. Esto le pareció demasiado sutil.

-A fe mía que yo no soy casuista -me dijo-, y si quieres te enviaré un obispo para que te diga su opinión. Pero en tu lugar yo me marcharía. No veo más que dos cosas: ser libre o no serlo. ¿Sabes bien que tu carrera está malograda al cabo de cinco años que te arrastras en ese zueco inglés? Los tenientes de tu tiempo son ya coroneles.

Dicho esto, llegaron sus compañeros y me arrastraron a una casa de bastante mal aspecto, donde bebían vino de Jerez, y allí me citaron a tantos capitanes convertidos en generales y a tantos subtenientes hechos virreyes, que me dió vueltas la cabeza y les prometí encontrarme dos días después, a medianoche, en el mismo lugar. Una pequeña canoa, alquilada a unos honrados contrabandistas, debía recogernos allí y conducirnos a bordo de un barco francés encargado de conducir a Tolón los heridos de nuestro ejército. La invención me pareció admirable, y mis compañeros, que me habían hecho beber muchas copas para acallar mi conciencia, terminaron sus discursos con un argumento victorioso: juraron por su cabeza que se podían tener, en rigor, algunos miramientos con un hombre honrado que nos hubiese tratado bien, pero que todo les confirmaba en la certidumbre de que un inglés no era un hombre.

Volví bastante pensativo a bordo del Océano, y cuando hube dormido y vi claramente mi posición, al despertarme, me pregunté si mis compañeros no se habían burlado de mí. Sin embargo, el deseo de la libertad y una ambición siempre punzante y excitada desde mi infancia me impulsaba a la evasión, a pesar de la vergüenza que experimentaba por faltar a mi juramento. Pasé un día entero al lado del almirante, sin atreverme a mirarle de frente y estudiando el modo de encontrarle inferior y de inteligencia estrecha. Hablé en la mesa muy alto, con arrogancia, de la grandeza de Napoleón; me exalté, alabé su ingenio universal, que adivinaba las leyes haciendo los códigos y el porvenir provocando los acontecimientos. Apoyé con insolencia la superioridad de aquel genio, comparado con el mediocre talento de los hombres de táctica y de maniobra. Esperaba que me contradijesen; pero, contra mi esperanza, encontré en los oficiales ingleses más admiración aún de la que yo podía demostrar por su
implacable enemigo. Lord Collingwood, sobre todo, saliendo de su triste silencio y de sus continuas meditaciones, le alabó en términos tan justos, tan enérgicos, tan precisos, haciendo considerar a la vez a sus oficiales la grandeza de las previsiones del emperador, la prontitud mágica de su ejecución, la firmeza de sus órdenes, la certidumbre de su juicio, su penetración en las negociaciones, su acierto de ideas en los consejos, su grandeza en las batallas, su calma en los peligros, su constancia en la preparación de las empresas, su arrogancia en la actitud dada a Francia y, en fin, todas las cualidades que componen al gran hombre, que me pregunté si la Historia podría añadir algo a este elogio, y quedé echado por tierra, puesto que mi propósito había sido irritarme con el almirante, esperando oírle proferir acusaciones injustas.

Hubiese querido, malintencionado, ponerle en el disparadero y que una palabra inconsciente o insultante por su parte pudiese justificar la deslealtad que yo meditaba. Pero parecía haber tomado a destajo, por el contrario, el redoblar sus bondades y su solicitud, haciendo suponer a los demás que yo tenía alguna nueva pena de la que era justo consolarme, y estuvieron todos conmigo más atentos y más indulgentes que nunca. Esto me puso de mal humor y abandoné la mesa.

El almirante me condujo de nuevo a Gibraltar al día siguiente, por mi desgracia. Debíamos pasar allí ocho días. Llegó la noche de la evasión. Mi cabeza hervía y yo deliraba sin cesar. Me daba a mí mismo especiales motivos y me aturdía acerca de su falsedad; se libraba en mí un combate violento; pero mientras mi alma se retorcía y se revolcaba sobre sí misma, mi cuerpo, como si hubiese sido árbitro entre la ambición y el honor, seguía, él solo, el camino de la huida.

Sin darme yo mismo cuenta de ello, había hecho un paquete con mi ropa, e iba a trasladarme desde la casa en que estábamos en Gibraltar a la de la cita, cuando de repente me detuve y comprendí que aquello era imposible. Hay en las acciones vergonzosas algo emponzoñado, que se hace sentir en los labios de un hombre de corazón tan pronto como toca los bordes del vaso de perdición. No puede gustar de él sin estar presto a morir al hacerlo. Cuando vi lo que iba a hacer y que iba a faltar a mi palabra, se apoderó de mí un terror tal, que creí haberme vuelto loco. Corrí a la orilla y huí de la casa fatal como de un hospital de pestíferos, sin atreverme a volver la cabeza para mirarla. Me eché a nado y abordé en la noche el Océano, nuestro barco, mi flotante prisión. Subí a él con arrebato, asiéndome fuertemente de su cables, y cuando hube llegado al

puente me cogí al palo mayor, me agarré a él con pasión, como a un asilo que me garantizaba contra el deshonor, y al mismo instante,
rasgándome el corazón de sentimiento de la grandeza de mi sacrificio, caí de rodillas y, apoyando la frente en los cercos de hierro del palo mayor, comencé a fundirme en lágrimas como un niño. El capitán del Océano, viéndome en aquel estado, me creyó o fingió creerme enfermo, y me hizo llevar a mi habitación. Le supliqué a grandes gritos que me pusiese un centinela a la puerta para que me impidiese salir. Me encerraron, y respiré, libertado al fin del suplicio de ser mi propio carcelero. Al día siguiente, al ser de día, me vi en plena mar, y gocé de un poco más de calma al perder de vista la tierra, objeto de toda tentación. Pensaba en ella con más resignación, cuando mi puertecita se abrió y entró el buen almirante solo.

-Vengo a decirle a usted adiós -comenzó, con un aspecto menos grave-; mañana por la mañana partirá usted para Francia.

-¡Oh! ¡Dios mío! ¿Me anuncia usted eso para probarme, milord?

-Sería un juego muy cruel, hijo mío -respondió-; yo he cometido para con usted una gran falta. Hubiera debido dejarle en prisión en el Northumberland, en plena tierra, y devolverle su palabra. Hubiera usted podido conspirar sin remordimiento contra sus guardianes y usar la habilidad sin escrúpulo para escaparse. Ha sufrido usted más por tener más libertad, pero ¡gracias a Dios!, ha resistido usted ayer a una ocasión que le deshonraba. Hubiese sido encallar en el puerto, pues hace quince días que negociaba yo el cambio de usted, que el almirante Rosily acaba de concluir. Ayer temblé por usted, pues sabía el proyecto de sus camaradas. Les he dejado escapar, temiendo que al detenerlos se le detuviese a usted. ¿Y qué hubiéramos hecho para ocultarlo? Habría estado usted perdido, hijo mío, y, créame, se hubiese visto además mal recibido por los viejos bravos de Napoleón. Tienen el derecho de ser exigentes en honor.

Estaba tan turbado, que no sabía cómo demostrarle agradecimiento; lo comprendió y apresurándose acortar las torpes frases con que trataba de balbucir lo que sentía:

-Vamos, vamos -me dijo-; nada de eso que nosotros llamamos french compliments: estamos contentos el uno del otro, eso es todo; y, según creo, tienen ustedes un proverbio que dice: No hay prisión bonita. Déjeme usted morir en la mía, amigo mío; me ha sido preciso acostumbrarme a ella. Pero esto no durará mucho tiempo; siento que mis piernas flaquean y tiemblan bajo mi peso. Por cuarta vez he pedido el descanso a lord Mulgrave y me lo ha vuelto a negar; me escribe que no sabe cómo reemplazarme. Cuando me muera será preciso encontrar alguno, sin embargo, y no hará mal en tomar sus precauciones. Yo voy a permanecer de centinela en el Mediterráneo; pero usted, my child, no pierda tiempo. Aquí está un sloop que debe conducirle. No tengo que recomendarle más que una cosa: que se sacrifique usted a un principio más bien que a un hombre. El amor a la patria es bastante grande para llenar todo un corazón y ocupar toda una inteligencia.

-¡Ay! -dije-, milord; hay tiempos en los que no se sabe claramente qué es lo que quiere la patria. Voy a preguntárselo a la mía.

Nos dijimos una vez más adiós, y, con el corazón oprimido, me separé de aquel digno hombre, cuya muerte supe poco tiempo después. Murió en plena mar, como había vivido por espacio de cuarenta y nueve años, sin quejarse ni glorificarse y sin haber vuelto a ver a sus dos hijas. Solo y sombrío como uno de esos viejos dogos de Ossián que guardan eternamente las costas de Inglaterra entre las olas y las nieblas.

Había aprendido en su escuela todo lo que los destierros de la guerra pueden hacer sufrir y todo lo que el sentimiento del deber puede dominar en un alma grande; bien penetrado de aquel ejemplo y habiéndome hecho más serio por mis sufrimientos y el espectáculo de los suyos, vine a París a presentarme, con la experiencia de una prisión, al dueño todopoderoso de quien me había separado.

Capítulo VII

Recepción.

Aquí, habiéndose interrumpido el capitán Renaud, miré la hora de mi reloj. Eran las dos de la madrugada. Se levantó y anduvimos entre medio de los granaderos. Un silencio profundo reinaba por todas partes. Muchos se habían sentado en las mochilas y se habían quedado dormidos. Nos colocamos a algunos pasos de allí, en el parapeto, y continuó su relato, después de haber encendido el cigarro en la pipa de un soldado. No había una casa que diese señales de vida.

Tan pronto como llegué a París quise ver al emperador. Tuve ocasión de ello en el espectáculo de la Corte adonde me condujo uno de mis antiguos camaradas, convertido ya en coronel. Era allá abajo, en las Tullerías. Nos colocamos en un pequeño palco frente al palco imperial y esperamos. En la sala no estaban aún más que los reyes. Cada uno de ellos, sentado en un palco de los primeros, tenía a su alrededor a su corte, y delante, en las galerías, a sus ayudantes de campo y sus generales familiares. Los reyes de Westfalia, de Sajonia y de Wurtemberg, todos los príncipes de la Confederación del Rin, estaban colocados en la misma línea. Cerca de ellos, de pie, hablando alto y de prisa, Murat, rey de Nápoles, sacudiendo sus negros cabellos, rizados como la melena de un león, y lanzando fieras miradas. Más arriba, el rey de España, y solo, aparte, el embajador de Rusia, el príncipe Kurakin, cargado de charreteras de diamantes. En el parterre, la muchedumbre de generales, duques,
príncipes, coroneles y senadores. Arriba, por todos lados, los brazos desnudos y los hombros descubiertos de las mujeres de la Corte.

El palco coronado por el águila estaba vacío aún; nosotros mirábamos sin cesar. Después de un corto intervalo, los reyes se levantaron y se quedaron de pie. El emperador, solo, entró en su palco andando de prisa, se tiró en seguida en el sillón y echó una ojeada a los palcos de enfrente; después, acordándose de que la sala entera estaba de pie y esperaba una mirada, movió la cabeza dos veces bruscamente, de mala gana, se volvió rápidamente y dejó sentarse a las reinas y a los reyes. Sus chambelanes, vestidos de rojo, estaban de pie detrás de él. Les hablaba sin mirarles, y de vez en cuando extendía la mano para recibir una caja de oro que uno de ellos le daba y volvía a tomar. Crescentini cantaba Les Horaces con una voz de serafín que salía de un rostro chico y arrugado. La orquesta era dulce y débil por orden del emperador, queriendo quizá, como los lacedemonios, ser apaciguado más bien que excitado por la música. Miró delante de él y con mucha frecuencia hacia mi lado.

Reconocí sus grandes ojos, de un gris verdoso; pero no me gustaba la gordura amarilla que había devorado sus rasgos severos. Se puso la mano izquierda encima del ojo izquierdo para ver mejor, según su costumbre, y comprendí que me había reconocido. Se volvió bruscamente; no miró ya más que a la escena y salió pronto. Yo ya estaba por donde él había de pasar. Venía de prisa por el corredor, y sus piernas gruesas, encerradas en medias de seda blancas, y su talle hinchado bajo su traje verde, me le hacían casi imposible de conocer. Se detuvo en seco delante de mí, y hablando al coronel que me presentaba, en lugar de dirigirme directamente la palabra:

-¿Por qué no le he visto en ninguna parte? ¿Teniente aún?

-Estaba prisionero desde 1804.

-¿Por qué no se ha escapado?

-Estaba bajo mi palabra -dije a media voz.

-No me gustan los prisioneros -dijo-. Se hace uno matar antes.

Y me volvió la espalda. Quedamos inmóviles en fila, y cuando todo su séquito hubo desfilado:

-Querido mío -me dijo el coronel-, ya ves que eres un imbécil; has perdido tus ascensos y no se te agradece nada.

Capítulo VIII

El cuerpo de guardia ruso.

-¿Es posible? -dije dando una patada en el suelo-. Cuando oigo semejantes relatos aplaudo que el oficial haya muerto en mí desde hace veinte años. No queda más que el escritor, solitario e independiente, que mira lo que va a venir a ser su libertad y no quiere defenderla contra sus antiguos amigos.

Y creí encontrar en el capitán Renaud rasgos de indignación al recuerdo de lo que me refería; pero sonreía con dulzura y con aire contento.

-Era muy sencillo -continuó-. Aquel coronel era el mejor hombre del mundo; pero hay personas que son, como dice la célebre frase, fanfarrones de crímenes y de rudeza. Quería maltratarme, porque el emperador le había dado el ejemplo. Tosca lisonja de cuerpo de guardia.

Pero, ¡qué dicha fue para mí! Desde aquel día comencé a estimarme interiormente, a tener confianza en mí, a sentir que mi carácter se depuraba, se formaba, se completaba, se afirmaba. Desde aquel día vi claramente que los acontecimientos no son nada, que el hombre interior lo es todo, y me coloqué muy por encima de mis jueces. En fin, sentí mi conciencia y resolví

apoyarme únicamente en ella, y considerar los juicios públicos, las recompensas deslumbradoras, las fortunas rápidas, las reputaciones de boletín, como ridículas fanfarronerías y un juego de azar que no vale la pena de ocuparse de él.

Iba de prisa a la guerra, a sumergirme en las filas desconocidas de la infantería de línea, la infantería de batalla, donde los aldeanos del ejército se hacían segar por miles a la vez, tan parecidos, tan iguales como los trigos de una fértil pradera de la Beauce. Me ocultaba allí como un cartujo en su claustro, Y desde el fondo de aquella muchedumbre armada, marchando a pie como los soldados, llevando la mochila y comiendo su pan, hice las grandes guerras del Imperio en tanto que el Imperio permaneció en pie. ¡Ah! ¡Si supiese usted qué a gusto me encontraba en aquellas fatigas inauditas! ¡Cómo amaba aquella obscuridad y qué alegrías salvajes me proporcionaron las grandes batallas! La belleza de la guerra está en medio de los soldados, en la vida del campo, en el borde de los caminos y del vivaque. Me vengaba de Bonaparte sirviendo a la patria sin tener nada de Napoleón, y cuando pasaba por delante de mi regimiento me ocultaba por temor a algún favor. La experiencia me había
hecho medir las dignidades y el poder en su justo valor; no aspiraba ya más que a tomar de cada conquista de nuestros ejércitos la parte de orgullo que debía corresponderme según mi propio sentimiento; quería ser ciudadano donde aun estaba permitido serlo, y a mi modo. Cuanto más desconocidos pasaban mis servicios, tanto más elevados estaban por encima de sus méritos, y yo no dejaba de tenerlos en la sombra con todas mis fuerzas, temiendo sobre todo que mi nombre fuese demasiado pronunciado. La multitud de los que seguían una marcha contraria a la mía era tan grande, que la obscuridad me fue fácil, y no era aún más que teniente de la Guardia Imperial en 1814, cuando recibí en la frente esta herida que usted ve, y que esta noche me hace sufrir más que de ordinario.

Dicho esto, el capitán Renaud se pasó varias veces la mano por la frente; y como pareciese querer callarse, le insté a que continuase, con bastante insistencia para que cediese.

Apoyó la cabeza en el puño de su bastón de junco, y:

-Es singular -dijo-; no he referido jamás todo esto, y esta noche tengo deseos de hacerlo. ¡Bah! ¡No importa! Me gusta dejarme llevar de este deseo contándoselo a un antiguo camarada. Será para usted un objeto de serias reflexiones cuando no tenga otra cosa mejor que hacer. Me parece que esto no es indigno. Me creerá usted muy débil o muy loco, pero es igual. Hasta el acontecimiento, bastante ordinario para otros, que voy a contarle, y ante cuyo relato retrocedo contra mi voluntad, mi amor por la gloria de las armas se había hecho prudente, grave, abnegado y perfectamente puro, como lo es el sentimiento sencillo y único del deber; pero a partir de aquel día vinieron otras ideas a entristecer más aún mi vida.

Fue en 1814, era el comienzo del año y el final de aquella guerra sombría en la que nuestro pobre Ejército defendía el Imperio y el emperador, y en la que Francia miraba el combate con desaliento. Soissons acababa de rendirse al prusiano Bulow. Los ejércitos de Siberia y el Norte habían hecho allí su unión. Macdonald había salido de Troyes y abandonado las márgenes del Yonne para establecer su línea de defensa de Nogent a Montereau con treinta mil hombres.

Debíamos atacar a Reims, que el emperador quería recobrar. El tiempo era sombrío y la lluvia continua. La víspera habíamos perdido un oficial superior que conducía prisioneros. Los rusos le habían sorprendido y matado en la noche precedente y habían libertado a sus camaradas. Nuestro coronel, que era lo que se llama un hombre duro de pelar, quiso tomar el desquite. Estábamos cerca de Epernay y dimos vuelta a las alturas que le rodeaban. Llegada la noche, y después de haber ocupado el día entero en reponer fuerzas, pasamos cerca de un lindo castillo blanco de torrecitas, llamado Boursault, cuando el coronel me llamó. Me llevó aparte, mientras se formaban los pabellones, y me dijo con su vieja voz enronquecida:

-¿Ve usted allá arriba un hórreo encima de aquella colina cortada a pico, allí donde se pasea aquel gran simple de centinela ruso con su bonete de obispo?

-Sí, sí -dije-; veo perfectamente al granadero y al hórreo.

-Pues bien; usted, que es un veterano, es preciso que sepa que aquél es el punto que han tomado los rusos anteayer y que preocupa al emperador por el momento. Me dice que es la llave de Reims, y bien pudiera ser. En todo caso, vamos a jugar una mala pasada a Woronzoff. A las once de esta noche toma usted doscientos de sus valientes y sorprende al cuerpo de guardia que se ha establecido en ese hórreo. Pero, por miedo a producir alarma, lo tomará usted a la bayoneta.

Cogió y me ofreció una pulgarada de tabaco, y tirando el resto poco a poco, como yo lo hago ahora, me dijo, pronunciando una palabra a cada grano sembrado al viento:

-Ya comprenderá usted que yo estaré detrás y que acudiré con mi columna. Apenas si perderá usted sesenta hombres para apoderarse de las seis piezas que están colocadas ahí... Las volverá usted hacia Reims... A las once..., a las once y media, la posición será nuestra. Y dormiremos

hasta las tres para descansar un poco... del pequeño asunto de Craonne, que no estaba, como aquel que dice, en excelentes condiciones.

-Eso basta -le dije, y me marché con mi segundo teniente a preparar un poco nuestra velada. Lo esencial, como usted ve, era no hacer ruido. Pasé la revista de las armas e hice quitar con los sacatrapos los cartuchos de todas aquellas que estaban cargadas. En seguida me paseé algún tiempo con mis sargentos, esperando la hora. A las diez y media les hice poner el capote encima del uniforme y el fusil oculto bajo el capote; pues a cualquier cosa que se hace en una noche como ésta la bayoneta se ve siempre, y aun cuando aquélla era más sombría que ésta, yo no me fiaba. Había observado los pequeños senderos bordeados de hayas que conducían al cuerpo de guardia ruso, y por ellos hice subir a los más audaces valientes que he mandado nunca. Todavía hay en las filas algunos que se encontraban allí y que lo recuerdan bien. Conocían las costumbres de los rusos y sabían cómo apoderarse de ellos. Los centínelas que encontramos subiendo desaparecieron sin ruido, como cafias que se echan
por tierra con la mano. El que estaba junto a las armas requería más cuidados. Estaba inmóvil, con el arma a los pies y la barba apoyada en el fusil; el pobre diablo se balanceaba como un hombre que se duerme de cansancio y se va a caer. Uno de mis granaderos le cogió en sus brazos, apretándole hasta ahogarle, y otros dos, habiéndole puesto una mordaza, le tiraron a la maleza. Yo llegué lentamente y no pude por menos, lo confieso, de sentir una cierta emoción que no había experimentado jamás en el momento de otros combates. Era la vergüenza de atacar a gentes acostadas. Les veía envueltos en sus capas, alumbrados por una opaca linterna, y el corazón me latió violentamente. Pero de repente, en el momento de obrar, temí que aquello fuese una debilidad semejante a la de los cobardes; tuve miedo de haber sentido una vez el miedo, y, cogiendo el sable que llevaba oculto bajo el brazo, entré el primero bruscamente, dando el ejemplo a mis granaderos. Les hice un gesto que
comprendieron; se arrojaron primeramente sobre las armas y luego sobre los hombres como lobos a un rebaño. ¡Oh, fue una matanza sorda y horrible! La bayoneta perforaba, la culata mataba a golpes, la rodilla ahogaba, la mano estrangulaba. Todos los gritos, apenas lanzados, eran ahogados bajo el pie de nuestros soldados, y ninguna cabeza se levantaba sin recibir el golpe mortal. Al entrar yo había descargado al azar un golpe terrible, delante de mí, sobre algo negro que había atravesado de parte a parte; un viejo oficial, hombre alto y fuerte, con la cabeza cargada de cabellos blancos, se levantó como un fantasma, lanzó un grito terrible al ver lo que yo había hecho, me hirió en la cara de un sablazo violento y cayó muerto al instante bajo las bayonetas. Yo caí sentado a su lado, aturdido por el golpe recibido entre los ojos, y oí debajo la voz moribunda y tierna de un niño que decía: "Papá..."

Entonces comprendí mi obra y miré con prontitud frenética. Vi uno de esos oficiales de catorce años, tan numerosos en los ejércitos rusos que nos invadieron en aquella época, y a quienes se les arrastraba a aquella terrible escuela. Sus largos cabellos rizados le caían sobre el pecho, tan rubios, tan sedosos como los de una mujer, y su cabeza se había inclinado como si no hubiese hecho más que dormirse por segunda vez. Sus labios, rosados como los de un recién nacido, parecían aún engrasados por la leche de la nodriza, y sus grandes ojos azules entreabiertos tenían una belleza cándida, femenina y acariciadora. Le incorporé sobre mis brazos y su mejilla cayó sobre mi mejilla ensangrentada, como si fuera a ocultar la cabeza entre la barba y el hombro de su madre para calentarse. Parecía acurrucarse contra mi pecho para huir de sus asesinos. La ternura filial, la confianza y el reposo se reflejaban en su cara muerta, y parecía decir: Durmamos en paz.

-¿Era esto un enemigo? -exclamé. Y lo que Dios ha puesto de paternal en las entrañas del hombre se emocionó y tembló en mí; le estrechaba contra mi pecho, cuando sentí que apoyaba contra mí la guarnición de mi sable, que atravesaba su corazón y que había matado a aquel ángel dormido. Quise inclinar mi cabeza sobre su cabeza; pero mi sangre la cubrió de grandes manchas; sentí la herida en la frente y me acordé de que me la había hecho su padre. Miré vergonzosamente de lado y no vi más que un montón de cuerpos que mis granaderos cogían por los pies y sacaban fuera, sin cogerles nada más que los cartuchos. En aquel momento el coronel entró, seguido de la columna, cuyo paso y armas oía ya.

-¡Bravo, amigo mío! -me dijo-; ha tomado usted esto listamente. Pero ¿está usted herido?

-Mire usted esto -le dije-; ¿qué diferencia hay entre un asesino y yo?

-¡Ah! ¡Por vida de...! ¿Qué quiere usted? Cosas del oficio.

-Justo -respondí, y me levanté para ir a coger el mando. El niño volvió a caer entre los pliegues de su capa, en la que le envolví, y su manita, ornada de gruesas sortijas, dejó escapar un bastón de junco, que cayó en mi mano como si él me lo hubiese dado. Lo cogí, y resolví que, cualquiera

que fuesen mis peligros en lo venidero, no tendría ninguna otra arma, y no osé arrancar de su pecho mi sable de asesino.

Salí precipitadamente de aquel antro que apestaba a sangre, y cuando me encontré respirando aire puro tuve fuerzas para enjugarme la frente, roja y mojada. Mis granaderos estaban en las filas; cada uno limpiaba fríamente la bayoneta en el césped y colocaba la piedra de chispa en la batería. Mi sargento mayor, seguido del furriel, y con un papel en la mano, pasaba lista, leyendo al resplandor de un cabo de vela plantado en el cañón de su fusil como en un candelabro. Me apoyé contra un árbol y el cirujano mayor vino a vendarme la frente. Una espesa lluvia de marzo caía sobre mi cabeza, haciéndome bien. No pude menos de lanzar un profundo suspiro.

-Estoy cansado de la guerra -dije al cirujano.

-Y yo también -dijo una voz grave que me era conocida.

Me levanté el vendaje que me cubría las cejas y vi, no a Napoleón emperador, sino a Bonaparte soldado. Estaba solo, triste, a pie, delante de mí, con las botas hundidas en el barro, el traje rasgado, el sombrero chorreando la lluvia por los bordes; comprendía que habían llegado sus últimos días y miraba a su alrededor a sus últimos soldados.

Me examinaba atentamente:

-¿Te he visto en algún sitio, veterano? -me dijo.

Por esta última palabra comprendí que con aquello no me decía más que una frase trivial; yo sabía que había envejecido de rostro más que de años, y que fatigas, bigotes y heridas me desfiguraban bastante.

-Yo os he visto a vos en todas partes -respondí.

-¿Quieres ascensos?

-Es muy tarde -dije.

Se cruzó de brazos un momento, sin responder; después:

-Tienes razón. ¡Bah! Dentro de tres días, tú y yo dejaremos el servicio.

Me volvió la espalda y volvió a montar en su caballo, que estaba a algunos pasos. En aquel momento la cabeza de nuestra columna había atacado y nos respondían con obuses. Una granada de ellos cayó ante el frente de mi compañía, y algunos hombres se echaron atrás por un primer movimiento, del que luego se avergonzaron. Bonaparte se adelantó solo sobre la granada, que ardía y humeaba ante su caballo, y le hizo olfatear aquella humareda. Todo calló y quedó sin movimiento; la granada estalló, pero no alcanzó a nadie. Los granaderos comprendieron la terrible lección que les daba; yo comprendí en aquello algo más, no exento de desesperación. Francia le faltaba, y había dudado un momento de sus viejos bravos. Yo me encontré bastante vengado y él demasiado castigado por sus faltas con un abandono tan grande. Me levanté haciendo un esfuerzo, y aproximándome a él le cogí y estreché la mano, que tendía a varios de entre nosotros. No me reconoció; pero aquello fue para mi una tácita
reconciliación entre el más obscuro y el más ilustre de los hombres de nuestro siglo. Se dio la carga, y al día siguiente Reims fue tomado nuevamente por nosotros. Pero algunos días después París lo era por los extranjeros.

El capitán Renaud, después de este relato, estuvo callado un buen rato y permaneció con la cabeza baja, sin que yo quisiese interrumpir su abstracción. Miraba a aquel hombre honrado con veneración y había seguido atentamente, mientras él hablaba, las lentas transformaciones de aquella alma buena y sencilla, siempre rechazada de sí misma en sus donaciones expansivas, siempre aplastada por un ascendiente invisible, pero que había llegado a encontrar el reposo en el más humilde y el más austero deber. Su vida desconocida me parecía un espectáculo interior tan bello como la vida resplandeciente de cualquier hombre de acción. Cada onda del mar añade un velo blanquecino a las bellezas de una perla; cada ola trabaja lentamente para hacerla más perfecta; cada copo de espuma que se balancea entre ella le deja un tinte misterioso medio dorado, medio transparente, de donde solamente se puede adivinar un rayo interior, que parte de su corazón; del mismo modo se había formado aquel
carácter entre vastas confusiones y en el fondo de las más sombrías y perpetuas pruebas. Yo sabía que hasta la muerte del emperador había mirado como un deber el no servir, respetando, a pesar de todas las instancias de sus amigos, lo que él llamaba las conveniencias; y después, libre del lazo de su antigua promesa a un amo que no le conocía ya, había vuelto a mandar en la Guardia Real los restos de su vieja Guardia; y como jamás hablaba de sí mismo, no se había pensado en él y no había tenido ascensos. Se preocupaba poco por ello y tenía la costumbre de decir que, a menos que se fuese general a los veinticinco años, edad en la que se puede poner en obra la obra de la imaginación, valía más quedarse de simple capitán, para servir con los soldados como padre de familia, o prior de un convento.

-Vea usted -me dijo después de aquel momento de reposo-, mire usted a nuestro antiguo granadero Poirier, con sus ojos sombríos y bizcos, con su cabeza calva y sus sablazos en la mejilla; él, a quien los mariscales de Francia se detienen a admirar cuando les presenta las armas a la puerta del rey; vea usted a Beccaria, con su perfil de veterano romano; a Fréchou, con su bigote blanco; ¡vea usted toda esa primera fila decorada, cuyos brazos llevan tres galones! ¿Qué hubiesen dicho esos viejos monjes del antiguo ejército, que no quisieron ser nunca otra cosa que granaderos, si yo les hubiese faltado esta mañana, yo que les mandaba aún hace quince días? Si yo hubiese tomado desde hace varios años costumbres de hogar y de reposo, o cualquier otro estado, hubiese sido diferente; pero ahora no tengo en verdad más mérito que el que ellos tienen. Por otra parte, ya ve usted cómo todo está tranquilo esta noche en París, tranquilo como el aire -añadió levantándose, cosa que imité-. He
aquí el día que llega; no volverán, sin duda, a romper linternas y mañana estaremos de nuevo en el cuartel. Yo, dentro de unos días, me retiraré probablemente a un rinconcito de tierra que tengo en un lugar de Francia, donde hay una torrecita, en la que acabaré de estudiar a Polybio, Turena, Folard y Vauban para entretenerme. Casi todos mis camaradas han perdido su vida en el gran ejército o han muerto después; hace tiempo que no converso con nadie, y usted sabe por qué camino he llegado a odiar la guerra, haciéndola al mismo tiempo con energía.

Dicho esto me sacudió vivamente la mano y se separó de mí, pidiéndome otra vez la gola que le faltaba, si la mía no estaba estropeada y si la encontraba por mi casa. Después me volvió a llamar y me dijo:

-Oiga usted: como no es enteramente imposible que se nos haga fuego aún desde alguna ventana, guárdeme usted, se lo suplico, esta cartera llena de cartas antiguas que sólo a mí me interesan y que quemará usted si no nos volvemos a encontrar. Han venido a nosotros varios de nuestros antiguos camaradas, y les hemos rogado que se retirasen a sus casas. Nosotros no hacemos la guerra civil. Estamos tranquilos, como bomberos cuyo deber es apagar el incendio. Ya se explicarán en seguida; eso no nos interesa.

Y se separó de mí sonriendo.

Capítulo IX

Una bolita.

Quince días después de esta conversación, que la revolución misma no me había hecho olvidar, reflexionaba yo solo sobre el heroísmo modesto y el desinterés, ¡tan raros los dos! Trataba de olvidar la sangre pura que acababa de correr, y volvía a leer en la historia de América cómo en 1783 el ejército angloamericano, completamente victorioso, habiendo depuesto las armas y libertado a la patria, estuvo a punto de rebelarse contra el Congreso que, demasiado pobre para pagarle su sueldo, se preparaba para licenciarle. Wáshington, generalísimo y vencedor, no tenía más que decir una palabra o hacer una señal de cabeza para ser dictador; hizo lo que él sólo tenía el poder de cumplir; licenció al ejército y presentó la dimisión. Yo había dejado el libro y comparaba aquella serena grandeza con nuestras inquietas ambiciones. Estaba triste y recordaba a todas las almas guerreras y puras, sin falsos esplendores, sin charlatanismo, que no han amado el poder y el mando más que por el bien
público, lo han guardado sin orgullo y no han sabido ni volverlo contra la patria, ni convertirlo en oro; pensaba en todos los hombres que han hecho la guerra en la inteligencia de lo que vale; pensaba en el buen Collingwood, tan resignado, y, en fin, en el obscuro capitán Renaud, cuando vi entrar a un hombre de alta estatura, vestido con un largo capote en bastante mal estado. En sus bigotes blancos y en las cicatrices de su rostro cobrizo conocí a uno de los granaderos de la compañía de mi amigo; le pregunté si Renaud estaba vivo aún, y la emoción de aquel buen hombre me hizo ver que le había ocurrido alguna desgracia. Se sentó, se enjugó la frente, y cuando se hubo repuesto, tras algunos cuidados y un poco de tiempo, me dijo lo que le había pasado.

Durante los dos días del 28 y 29 de julio, el capitán Renaud no había hecho otra cosa que marchar en columna a lo largo de las calles a la cabeza de sus granaderos; se colocaba delante de la primera sección de su columna e iba apaciblemente en medio de una granizada de piedras y de tiros que partían de los cafés, de los balcones y de las ventanas. Cuando se detenía era para hacer cerrar las filas, abiertas por los que caían, y para ver si los cabos de escuadra se conservaban a la distancia debida y a la cabeza de sus filas. No había sacado la espada y marchaba con el bastón en la mano. Las órdenes le habían llegado primeramente con exactitud; pero, ya sea que

hubiesen matado a los ayudantes de campo en el camino, o que el Estado Mayor no las hubiese enviado, le dejaron en la noche del 28 al 29 en la plaza de la Bastilla, sin otras instrucciones que la de retirarse a Saint-Cloud, destruyendo las barricadas que encontrasen en el camino, cosa que hizo sin disparar un tiro.

Llegados al puente de Jena, se detuvo para hacer la llamada de su compañía. Le faltaba menos gente que a todas las demás de la Guardia que habían sido destacadas, y sus hombres estaban también menos cansados. Había tenido el arte de hacerles descansar con oportunidad y a la sombra en aquellas ardientes jornadas y de encontrar para ellos en los cuarteles abandonados los alimentos que negaban las casas enemigas; el aspecto de su columna era tal, que había encontrado desiertas todas las barricadas y no había tenido sino el trabajo de derribarlas.

Así, pues, estaba de pie, a la cabeza del puente de Jena, cubierto de polvo y sacudiendo los pies; miraba hacia la barricada, para ver si algo impediría la salida de su destacamento, y designaba a los exploradores que habían de adelantarse. En el Campo de Marte no había más que dos albañiles que parecían dormir, tumbados boca abajo, y un muchachito de alrededor de catorce años que andaba con los pies descalzos y tocaba las castañuelas con dos pedazos de loza de alguna vajilla rota. De vez en cuando las hacía sonar contra el parapeto del puente, y llegó jugando así hasta el límite, hasta donde estaba Renaud. El capitán señalaba en aquel momento con el bastón las alturas de Passy. El niño se aproximó a él, le miró con ojos de asombro, y sacando de la chaqueta una pistola de arzón la cogió con las dos manos y la dirigió hacia el pecho del capitán. Éste desvió el golpe con el bastón, y, habiendo hecho fuego el niño, le dio la bala en lo alto de la cadera. El capitán cayó
sentado, sin decir palabra, y miró con piedad a aquel singular enemigo. Vio a aquel muchachito, que, siempre con el arma entre las manos, permanecía horrorizado de lo que había hecho. Los granaderos estaban en aquel momento tristemente apoyados en sus fusiles, y no se dignaron hacer fuego contra aquel picaruelo. Unos incorporaron al capitán, otros se contentaron con tener cogido por el brazo al niño y llevárselo a quien había herido. Comenzó a deshacerse en llanto, y cuando vio que de la herida del oficial corría la sangre a oleadas por su pantalón blanco, horrorizado de aquella carnicería, se desvaneció. Llevaron al mismo tiempo al hombre y al niño a una casita próxima a Passy, donde estaban todavía los dos. La columna, conducida por el teniente, había proseguido su camino a Saint-Cloud, y cuatro granaderos, después de haber dejado el uniforme, se habían quedado en aquella hospitalaria casa para cuidar a su antiguo comandante. Uno -el que me hablaba- había tomado obra como
armero en París, los otros como maestros de armas, y llevando sus jornales al capitán habían evitado que le faltase ningún cuidado hasta aquel día. Se le había operado; pero la fiebre era ardiente y mala, y como temía un acrecentamiento peligroso, me enviaba a buscar. No había tiempo que perder. Marché inmediatamente con el digno soldado, que me había referido estos detalles con los ojos humedecidos y la voz temblorosa, pero sin murmurar, sin injuriar, sin acusar a nadie, repitiendo solamente: "Es una gran desgracia para nosotros".

El herido había sido llevado a casa de una mujer comerciante en pequeña escala, que era sola y vivía en una tiendecita, y en una calle separada del pueblo, con dos niños de corta edad. No había temido ni un solo momento comprometerse, y nadie había tenido la idea de inquietarla por aquel motivo. Los vecinos, por el contrario, se habían apresurado a ayudarle en los trabajos que el enfermo la ocasionaba. No habiéndole juzgado transportable después de la operación los oficiales de Sanidad a quienes se había llamado, aquella mujer le había cuidado y a menudo había pasado la noche cerca de su lecho. Cuando entré se adelantó a mí con un aire de reconocimiento y de timidez que me dio pena. Comprendí cuántos temores ocultaba a la vez por bondad natural y por caridad. Estaba muy pálida y tenía los ojos rojos y cansados. Iba y venía hacia una trastienda que yo divisaba desde la puerta, y vi en su precipitación que arreglaba la habitación del herido y ponía una especie de coquetería
para que un extraño la encontrara conveniente. Por lo tanto, tuve cuidado de no andar demasiado de prisa, y le di todo el tiempo que necesitó.

-Vea usted, señor, ¡ha sufrido mucho! -me dijo abriendo la puerta.

El capitán Renaud estaba sentado en una camita con cortinas de sarga, colocada en un rincón de la habitación, y varias almohadas sostenían su cuerpo. Estaba delgado como un esqueleto y sus pómulos eran de un rojo ardiente; la herida de la frente estaba negra. Vi que no llegaría muy lejos y su sonrisa me lo dijo también. Me tendió la mano y me hizo seña de que me sentase. A su derecha había un muchachito que tenía un vaso de agua engomada y la removía con la cucharilla. Se levantó y me llevó una silla. Renaud le cogió desde la cama de una oreja y me dijo dulcemente, con voz débil:

-Mire usted, amigo mío, aquí le presento a mi vencedor.

Me encogí de hombros y el pobre niño bajó los ojos ruborizándose. Vi que una gruesa lágrima le corría por la mejilla.

-¡Vamos! ¡Vamos! -le dijo el capitán pasándole la mano por los cabellos-. No es suya la falta. ¡Pobre muchacho! Había encontrado a dos hombres que le habían hecho beber aguardiente, le habían pagado y le habían enviado a que me disparase un pistoletazo. Y lo hizo, lo mismo que hubiese tirado una bolita a la esquina de la linde. ¿No es verdad, Juan?

Y Juan se echó a temblar y adquirió una expresión de dolor tan punzante, que me impresionó. Le miré más de cerca; era un niño muy guapo.

-Era, en efecto, una bolita -me dijo la joven comerciante-. Vea usted.

Y me mostró una bolita de ágata, gruesa como las más bellas balas de plomo y con la que habían cargado la pistola de calibre, que estaba allí.

-No hace falta más que eso para cercenar una pierna a un capitán -me dijo Renaud.

-No debe usted hacerle hablarmucho -me dijo tímidamente la mujer.

Renaud no la escuchaba.

-Sí, querido, no me queda pierna suficiente para hacer tener en ella una pata de palo.

Le estreché la mano sin responder, humillado al ver que para matar a un hombre que tanto había visto y sufrido, cuyo pecho estaba bronceado por veinte campañas y diez heridas, hecho al hielo y al fuego, pasando a la bayoneta y a la lanza, no había hecho falta más que el brinco de una de esas ranas de los arroyos de París que se llaman pilluelos.

Renaud respondió a mi pensamiento. Inclinó la mejilla sobre la almohada, y estrechándome la mano:

-Estábamos en guerra -me dijo-; no es más asesino de lo que yo fui en Reims. Cuando maté al niño ruso, ¿no era yo también un asesino? En la gran guerra de España, los hombres que daban de puñaladas a nuestros centinelas no se creían asesinos, y estando en guerra quizá no lo fuesen. Los católicos y los hugonotes, ¿se asesinaban, o no? ¿De cuántos asesinatos se compone una gran batalla? Ése es uno de los puntos en los que nuestra razón se pierde y no sabe qué decir. La guerra es la que tiene la culpa, y no nosotros. Le aseguro a usted que este buen hombrecito es muy dulce y muy simpático; lee y escribe ya muy bien. Es un niño expósito. Era aprendiz de carpintero. No se ha separado de mi habitación desde hace quince días y me ama mucho; ese pobre muchacho anuncia disposiciones para el cálculo; se puede sacar provecho de él.

Como hablara más penosamente y se aproximara a mi oído, me incliné y me dio un paquetito enrollado, que me rogó examinase a la ligera. Vi un corto testamento, mediante el cual dejaba una especie de alquería miserable que poseía a la pobre comerciante que le había recogido, y después de ella, a Juan, a quien debía hacer educar, bajo condición de que no fuese jamás militar; estipulaba la suma de un reemplazo y daba aquel rinconcito de tierra para asilo a sus cuatro viejos granaderos. Encargaba de todo aquello a un notario de su provincia. Cuando tuve el papel en las manos pareció más tranquilo y presto a amodorrarse. Después se estremeció, y, abriendo de nuevo los ojos, me rogó que tomase y guardase su bastón de junco. En seguida se amodorró otra vez. Su viejo soldado movió la cabeza y le cogió una mano. Yo le cogí la otra, que sentí helada. Dijo que tenía frío en el pie, y Juan acostó y apoyó su pechito de niño en la cama para darle calor. Entonces el capitán Renaud empezó a
tentar las sábanas con las manos, diciendo que no las sentía, cosa que es un signo fatal. Su voz era cavernosa, Se llevó penosamente una mano a la frente, miró atentamente a Juan, y dijo aún:

-¡Es singular! ¡Este niño se parece al niño ruso!

En seguida cerró los ojos, y apretándome la mano con una presencia de espíritu renaciente:

-¡Vea usted! -me dijo-; el cerebro desvaría; esto es el fin.

Su mirada era indiferente y más tranquila. Comprendimos aquella lucha de un espíritu firme, que se rebelaba contra el dolor, y aquel espectáculo, sobre un camastro miserable, estaba para mí lleno de una majestad solemne. Enrojeció de nuevo y dijo muy alto:

-Tenían catorce años... los dos... ¿Quién sabe si no es aquella joven alma vuelta a este otro cuerpo para vengarse?...

En seguida se estremeció, palideció y me miró tranquilamente y con ternura:

-¡Escuche usted!... ¿No podría usted cerrarme la boca? Temo hablar..., se debilita uno... No quisiera hablar más... Tengo sed.

Se le dieron algunas cucharadas y dijo:

-He cumplido con mi deber. Esta idea me hace bien.

Y añadió:

-Si el país se encuentra mejor con todo lo que se ha hecho, nosotros no tenemos nada que decir; pero ya verá usted...

Quedó amodorrado y durmió alrededor de media hora. Pasado este tiempo, una mujer vino a la puerta tímidamente e hizo señas de que estaba allí el cirujano; salí de puntillas para hablarle y entré con él en un jardinillo, y habiéndonos parado cerca de un pozo para interrogarle, oímos un gran grito. Corrimos y pusimos un paño sobre la cabeza de aquel hombre honrado, que ya no existía...

Capítulo X

Conclusión.

La época que me ha dejado estos dispersos recuerdos está cerrada hoy. Su círculo se abrió en 1814, con la batalla de París, y se cerró con los tres días de París, en 1830. Aquel era el tiempo en que, como ya he dicho, el Ejército del Imperio acababa de expirar en el seno del Ejército naciente entonces y muerto hoy. Después de haber bajo varias formas explicado la naturaleza y compadecido la condición del poeta en nuestra sociedad, he querido demostrar aquí la del soldado, otro paria moderno.

Quisiera que este libro fuese para él lo que era para un soldado romano un altar de la Pequeña Fortuna.

Me he complacido en estos relatos porque pongo por encima de todos los sacrificios aquel que no busca el ser mirado. Los más altos sacrificios tienen algo en sí que pretenden la publicidad y que no podemos menos de ver en ellos, a pesar nuestro. En vano se les querría despojar de ese carácter que vive en ellos y equivale a su fuerza y sostén; es el hueso de sus carnes y la médula de sus huesos. Tenía quizás algo del combate y del espectáculo que fortificaba a los mártires; el papel era tan grande en aquella escena, que podía doblar la energía de la santa víctima. Dos ideas sostenían sus brazos por cada lado: la canonización de la tierra y la beatificación del cielo. Que aquellas antiguas inmolaciones a una santa convicción sean por siempre adoradas; pero ¿no merecen ser amados, cuando los adivinamos, esos sacrificios ignorados, que no tratan ni aun de hacerse ver por aquellos que son el objeto del sacrificio; esos sacrificios modestos, silenciosos, sombríos, abandonados, sin
esperanza de ninguna corona humana o divina; esas mudas resignaciones cuyos ejemplos, más multiplicados de lo que se cree, tienen en sí un mérito tan poderoso que no conozco ninguna virtud comparable con ellos?

De intento he tratado de hacer que sevuelvan todas las miradas del Ejército hacia esa grandeza pasiva que descansa toda en la abnegación y la resignación. Jamás puede ser comparable en esplendor a la grandeza de la acción, donde se desenvuelven ampliamente enérgicas facultades; pero será, por mucho tiempo, la única que pudiese pretender el hombre armado, pues está armado casi inútilmente. Las grandezas deslumbradoras de los conquistadores están quizás apagadas para siempre... Su esplendor pasado se debilita, lo repito, a medida que crece en los espíritus el desdén por la guerra y en los corazones el disgusto por sus frías crueldades. Los ejércitos permanentes impiden la libertad de acción a sus dueños. Cada soberano mira tristemente a su ejército; aquel coloso sentado a sus pies inmóvil y mudo le molesta y le atemoriza; no sabe qué hacer de él y teme que se le rebele. Le ve devorado de ardor y sin poder moverse. La necesidad de una circulación imposible no cesa de atormentar
a la sangre de aquel cuerpo, a esa sangre que no se derrama y hierve sin cesar. De vez en cuando, gritos de grandes guerras se alzan y gruñen como un trueno lejano; pero esas nubes impotentes se desvanecen; esas trombas se pierden en granos de arena, en tratados, en protocolos, ¡qué sé yo! La filosofía ha empequeñecido, felizmente, la guerra; las negociaciones la reemplazan; la mecánica acabará de anular sus inventos.

Pero esperando que el mundo, niño todavía, se libre de ese juguete feroz, esperando que esto se cumpla muy lentamente, cosa que me parece infalible, el soldado, el hombre de los ejércitos, tiene necesidad de que se le consuele del rigor de su condición. Comprende que la patria, que le amaba a causa de las glorias con que la coronaba, empieza a desdeñarle por su ociosidad o a odiarle a causa de las guerras civiles en las que se le emplea para castigar a su madre. Ese gladiador, que no tiene ni aun los aplausos del circo, tiene necesidad de tomar confianza en sí mismo, y nosotros tenemos necesidad de compadecerle para hacerle justicia, porque ya lo he dicho: está ciego y mudo; lanzado donde se quiere que vaya, combatiendo hoy tal escarapela, se pregunta si no la pondrá mañana en su sombrero.

¿Qué ideas le sostendrían, a no ser la del deber y la de la palabra jurada? Y en las incertidumbres de su camino, en sus escrúpulos y sus arrepentimientos pasados, ¿qué sentimientos deben inflamarle y pueden exaltarle en nuestros días de frialdad y de desaliento?

¿Qué nos queda de sagrado?

En el naufragio universal de las creencias, ¿qué restos a los que puedan sujetarse aún las manos generosas? Fuera del amor al bienestar y al lujo de un día, nada se ve en la superficie del abismo. Se creería que el egoísmo lo ha sumergido todo; los mismos que tratan de salvar a las almas que se sumergen con valor se sienten expuestos a ser engullidos. Los jefes de los partidos políticos toman hoy el catolicismo como un santo y seña y una bandera; pero ¿qué fe tienen en sus maravillas y cómo siguen la ley en su vida? Los artistas lo ponen en evidencia como una preciosa medalla y se sumergen en sus dogmas como en una fuente épica de poesía; pero ¿cuántos de entre ellos se ponen de rodillas en la iglesia que decoran? Muchos filósofos abrazan su causa y la defienden, como abogados generosos la de un cliente pobre y desamparado; sus escritos y sus palabras les gusta que se impregnen de sus colores y de sus formas; les agrada que sus libros se adornen con sus dorados góticos; su
trabajo entero se complace en serpentear alrededor de la cruz el hábil laberinto de sus argumentos; pero es raro que esa cruz esté a su lado en la soledad. Los hombres de guerra combaten y mueren sin acordarse casi de Dios. Nuestro siglo sabe que es así; quisiera ser de otro modo y no puede. Se observa con mirada melancólica y ningún otro ha comprendido mejor cuán desgraciado es un siglo que se va.

Por estos signos funestos, algunos extranjeros nos han creído caídos en un estado semejante al del Bajo Imperio, y hombres grandes se han preguntado si el carácter nacional no iba a perderse para siempre. Pero los que han sabido vernos más de cerca han observado ese carácter de rigurosa determinación, que sobrevivió en nosotros a todo aquello que el frotamiento de los sofismas ha gastado deplorablemente. Las acciones viriles no han perdido nada en Francia de su antiguo vigor. Una pronta resolución gobierna sacrificios tan grandes, tan enteros como los haya habido jamás. Más fríamente calculados, los combates se ejecutan con una sabia violencia. El menor pensamiento produce actos tan grandes como antiguamente la fe más ferviente. Entre nosotros las creencias son débiles. Pero el hombre es fuerte. Cada plaga encuentra cien Belzunces. La juventud actual no cesa de desafiar a la muerte por deber o por capricho con una sonrisa de espartano, sonrisa tanto más grave cuanto que
ninguno cree en el festín de los dioses.

Sí; yo he creído ver en este sombrío mar un punto que me ha parecido sólido. Le he mirado primero con incertidumbre, y en el primer momento no he creído en él. He temido examinarle, y por mucho tiempo he desviado de él los ojos. Luego, porque me atormentaba el recuerdo de aquella primera vista, he vuelto contra mi voluntad a aquel punto visible, pero incierto. Me he aproximado a él, le he dado la vuelta, he mirado por debajo y por encima, he puesto en él la mano, le he encontrado bastante fuerte para servir de apoyo en la tormenta, y me he tranquilizado.

No es una fe nueva un culto de nueva invención, un pensamiento confuso; es un pensamiento nacido, con nosotros, independiente de los tiempos, de los lugares y hasta de las religiones; un sentimiento orgulloso, inflexible; un instinto de una incomparable belleza, que no ha encontrado más que en los tiempos modernos un nombre digno pero que ya producía sublimes grandezas en la antigüedad y la fecundaba como esos bellos ríos que en su origen y sus primeras vueltas no tienen nombre. Esta fe, que me parece existe en todos aún y que reina como soberana en los ejércitos, es la del HONOR.

No veo que se haya debilitado y que nada la haya gastado. No es un ídolo; es para la mayor parte de los hombres un dios, y un dios alrededor del cual muchos dioses superiores han caído. La caída de todos sus templos no ha movido su estatua.

Mucha vitalidad indefinible anima esta virtud extraña, orgullosa, que se tiene en pie en medio de todos nuestros vicios, y aun aviniéndose con ellos hasta el punto de acrecentarlos en su energía. Mientras que todas las virtudes parecen descender del cielo para darnos la mano y elevarnos, ésta parece emanar de nosotros mismos y tender a subirnos hasta el cielo. Es una virtud toda humana, que se puede creer nacida de la tierra, sin palmas celestes después de la muerte; es la virtud de la vida.

Tal y conforme es, su culto, interpretado de diversas maneras, es siempre incontestado. Es una religión rigurosa, sin símbolo y sin imágenes, sin dogma y sin ceremonias, cuyas leyes no están escritas en ninguna parte. ¿Y cómo se entiende que todos los hombres tengan el sentimiento de su serio poder? Los hombres actuales, los hombres de la hora en que escribo, son escépticos e irónicos para todas las cosas menos para ésta. Todos se ponen serios cuando su nombre se

pronuncia. Esto no es teoría, sino observación. El hombre, al nombre del honor, siente moverse algo en sí que es como una parte de sí mismo, y esa sacudida despierta todas las fuerzas de su orgullo y de su energía primitiva. Una firmeza invencible le sostiene contra todos y contra sí mismo, ante el pensamiento de velar sobre ese tabernáculo puro, que está en su pecho como un segundo corazón donde reside un dios. De ahí le vienen consuelos interiores, tanto más bellos cuanto que él ignora la fuente y la razón
verdaderas; revelaciones súbitas de la Verdad, de lo Bello y de lo Justo: de ahí una luz que va delante de él.

El Honor es la conciencia, pero la conciencia exaltada. Es el respeto a sí mismo y a la belleza de la vida llevado hasta la más pura elevación y hasta la pasión más ardiente. Es cierto que no veo ninguna unidad en su principio, y siempre que se ha intentado definirla se ha perdido uno de los términos; pero no veo que haya más precisión en la definición de Dios. ¿Prueba eso algo contra una existencia que se siente universalmente?

¡Ése es el mayor mérito del Honor, el ser tan poderoso y siempre bello, sea cual fuere su origen!... Ya lleva al hombre a no sobrevivir a una afrenta, ya a sostenerla con un esplendor y una grandeza que reparan y borran la mancha. Otras veces sabe ocultar juntas la injuria y la expiación. En otros tiempos inventa grandes empresas, luchas magníficas y perseverantes, sacrificios inauditos lentamente cumplidos y más bellos por su paciencia y su obscuridad que los impulsos de un entusiasmo súbito o de una violenta indignación; produce actos de beneficencia que la evangélica caridad no sobrepasa nunca; tiene tolerancias maravillosas, delicadas bondades, indulgencias divinas y sublimes perdones. Siempre y en todas partes mantiene en toda su belleza la dignidad personal del hombre.

El Honor es el pudor viril.

La vergüenza de faltar a él es todo para nosotros. ¿Es, pues, la cosa sagrada esa cosa inexplicable?

Vemos que la palabra humana deja de ser la expresión de las ideas solamente; se transforma en la palabra por experiencia, la palabra sagrada entre todas las palabras, como si hubiese nacido con la primera dicha por la lengua del hombre; y como si después de ella no hubiese ya una palabra digna de ser pronunciada, se convierte en la promesa del hombre, bendecida por todos los pueblos; se transforma en el juramento mismo, porque a ella le añadís la palabra: HONOR.

Desde entonces, cada uno tiene su palabra y se liga a ella como a su vida. El jugador estima sagrada la suya y la guarda; en el desorden de las pasiones es dada y recibida, y, por profana que sea, se cumple santamente. Esta palabra es bella en todas partes y en todas partes consagrada. Ese principio, que puede creerse innato, al que no obliga más que el asentimiento interior de todos, ¿no es, sobre todo, de una soberana belleza cuando es practicado por el hombre de guerra?

La palabra, que con demasiada frecuencia no es más que una palabra para el hombre de alta política, se convierte en un hecho terrible para el hombre de armas; lo que el uno dice ligeramente o con perfidia, el otro lo escribe sobre el polvo con su sangre, y por esto es honrado por todos, por encima de todos, y muchos deben bajar los ojos ante él.

¡Ojalá, en esas nuevas fases, la más pura de las religiones no intente negar o ahogar ese sentimiento del honor, que vale en nosotros como una última lámpara en un templo devastado! ¡Que se le apropie más bien y que le una a sus esplendores, colocándolo como un resplandor más sobre su altar, que quiere rejuvenecer! Ésa es una obra divina por hacer. Por mi parte, impresionado por ese signo feliz, no he querido ni podía hacer más que una obra muy humilde y completamente humana y atestiguar sencillamente lo que he creído ver vivo aún entre nosotros. Guardémonos de decir que ese dios antiguo del honor es un falso dios, pues la piedra de su altar es quizá la del dios desconocido. El imán mágico de esa piedra atrae y une los corazones de acero, los corazones de los fuertes. ¡Decid si esto no es cierto vosotros, mis buenos compañeros; vosotros, a quienes he hecho estos relatos, ¡oh nueva legión tebana!; vosotros, cuya cabeza se hizo aplastar sobre esa piedra del juramento; decidlo
vosotros todos, santos y mártires de la religión del HONOR!

Escrito en París, el 20 de agosto de 1835.